

# Cuentos para Pre-exploradores

Exploradores Argentinos de Don Bosco  
M.E.S.





## Índice

La idea de la kermés .....	5
El Rey que buscaba un alma noble .....	5
Los tres árboles .....	5
El alfarero .....	6
El cohete de papel .....	7
La deliciosa música del arpa .....	7
El discípulo honesto.....	8
El zorro y el Oso .....	8
Koonek y Shehuen - Leyenda de la Patagonia .....	8
El carro de leña.....	9
¿Dónde está la injusticia?.....	11
El canto de Lusmore.....	11
Los duendes y el zapatero .....	12
El Rey que aprendió a “Ser Mejor” .....	13
Viva mi amor .....	13
El gran Fergus .....	14
La caja de Pandora.....	15
El Príncipe Feliz.....	16
Concurso de belleza .....	21
Historia en el circo .....	22
El león con su ejército.....	22
El niño súper campeón .....	23
La Araña y el Gusano de seda .....	23
El labrador y el Árbol .....	24
Un gran secreto .....	24
Motivos para amar .....	25
De gatos y de ratas.....	25
Lucha sin desfallecer .....	25
La tortuga y la liebre .....	26
El León y el ratón agradecido.....	26
Fraternidad .....	27
SHAUN-MOR - El embustero .....	27
El nuevo traje del Emperador .....	28
La tienda de mascotas.....	30
Alguien te mira.....	32
Asamblea en la carpintería.....	32
El Cuarto Rey Mago .....	33
El hornero Piucoquén.....	34
La Oración de Piucoquén.....	35
La reunión de las semillas .....	36
Las Ramas.....	36

---

## CUENTOS PARA PRE-EXPLORADORES

---

País de las cucharas largas .....	37
Paz perfecta .....	37
La tristeza y la furia.....	38
No pierdas valor.....	38
Gusiluz.....	38
Dos amigos en un pequeño apuro .....	39
El alegre barrendero .....	39
El Rey desaparecido.....	40
Un cuento para todos .....	41
La deliciosa música del arpa .....	41
La gran visita al último dinosaurio .....	42
Nadie.....	42
El albañil .....	42
Eres una joya única .....	42
El buda de barro .....	43
Sin Amo, Sin Casa, Sin Nombre .....	44
Había dos piedritas azul-celeste.....	46
El árbol protestón.....	47
La flor vanidosa .....	48

## La idea de la kermés

Un día la señorita Elvira, tan buena y educada, les dijo a los chicos, mirando las paredes despintadas del aula:

¿Cómo podemos mejorar la escuela?

Hagamos una rifa – dijo Daniel

¿Y si organizamos una Kermés? – opinó Malena

Sí! – se entusiasmó Juan – pero al que gana, ¿qué le damos? ¿un kilo de felicitaciones?

Hubo risas. Pero la idea de la Kermés fue desparramándose despacito por toda la escuela.

La Kermés en la escuela fue un éxito! – comentaban todos a la salida.

Cada uno se llevaba un recuerdo.

Yo gané un kilo de yerba – dijo la mamá de Gabriela – lástima que no tomo mate.

Se lo cambio – se le acercó una vecina. y le dio encantada un paquete de fideos.

Mientras ellas intercambiaban, un grupo de madres comentaban que nada se hubiera hecho sin la ayuda de la seño; que gracias a Dios es tan compañera y amiga de sus hijos, porque aunque ella sea joven es la segunda madre de cada uno de ellos.

Además el dinero que se reunió en la kermés alcanzó para 10 tarros de pintura.

¡Sólo faltaba ponerse a pintar la escuela!

Al domingo siguiente chicos, papás y mamás con escaleras y pinceles invadieron la escuela. Había especialistas en lijar paredes, en pasar rodillos, en pintar zócalos... ¡Hasta en cebar mate!

La escuela quedó reluciente y en los días siguientes, cada uno recordaba lo que había hecho: - este pedacito lo pinte yo.

## El Rey que buscaba un alma noble

Cuenta la leyenda que, hace muchos años, había una vez un Rey que quería elegir a un joven para el matrimonio de una de sus hijas.

Sin embargo tenía una gran preocupación, era poder designar a alguien que fuera honesto y noble de alma. No era tarea simple la que se proponía, pero decidió continuar con su propósito.

Fue así, que una mañana el Rey llevó una proclama hasta el poblado, convocando a todos los solteros del reino.

Todos los jóvenes asistieron entusiasmados al Castillo, y el rey los reunió y les dijo: "Os voy a dar una semilla diferente a cada uno de vosotros, al cabo de 6 meses deberán traerme en una maceta la planta que haya crecido, y la planta mas bella ganará la mano de mi hija".

Así se hizo, pero hubo un joven que plantó su semilla pero, pese a sus esfuerzos, no logró germinarla.

Mientras tanto, en el poblado todos los demás jóvenes del reino no paraban de hablar y mostrar las hermosas plantas y flores que habían crecido en sus macetas.

Llegaron los seis meses y todos los jóvenes desfilaban hacia el castillo con hermosísimas y exóticas plantas.

El joven estaba demasiado triste pues su semilla nunca germinó. Ni siquiera quería ir al palacio, pero su madre insistía en que debía ir pues era un participante y debía estar allí.

Con la cabeza baja y muy avergonzado, desfiló último hacia el palacio con su maceta vacía. Todos los jóvenes hablaban de sus plantas, y al ver a nuestro amigo se rieron y se burlaron de él, en ese momento el alboroto fue interrumpido por el ingreso del rey, todos hicieron su respectiva reverencia mientras el rey se paseaba entre todas las macetas admirando las plantas.

Finalizada la inspección hizo llamar a su hija, y llamó de entre todos al joven que llevó su maceta vacía.

Atónitos, todos esperaban la explicación de aquella acción.

El rey dijo entonces:

"Este es el nuevo heredero del trono y se casará con mi hija, pues a todos ustedes se les dio una semilla infértil, y todos trataron de engañarme plantando otras plantas, pero este joven tuvo el coraje de presentarse y mostrar su maceta vacía, siendo sincero, real y valiente, cualidades que un futuro rey debe tener y que mi hija merece".

Recuerda: Aristóteles dijo: "el coraje, la humildad y la honestidad son las principales virtudes del hombre, porque logran que todas las demás, sean posibles.

## Los tres árboles

Había una vez tres árboles en una colina de un bosque. Hablaban acerca de sus sueños y esperanzas y el primero dijo:

"Algún día seré cofre de tesoros. Estaré lleno de oros, plata y piedras preciosas. Estaré decorado con labrados artísticos y tallados finos, todos verán mi belleza".

El segundo árbol dijo:

"Algún día seré una poderosa embarcación. Llevaré a los más grandes reyes y reinas a través de los océanos, e iré a todos los rincones del mundo. Todos se sentirán seguros por mi fortaleza, fuerza y mi poderoso casco".

Finalmente el tercer árbol dijo:

"Yo quiero crecer para ser el más recto y grande de todos los árboles en el bosque. La gente me verá en la cima de la colina, mirará mis poderosas ramas y pensarán en el Dios de los cielos, y cuán cerca estoy de alcanzarlo. Seré el más grande árbol de todos los tiempos y la gente siempre me recordará".

Después de unos años de que los árboles oraban para que sus sueños se convirtieran en realidad, un grupo de leñadores vino donde estaban los árboles.

Cuando uno vio al primer árbol dijo: "Este parece un árbol fuerte, creo que podría vender su madera a un carpintero", y comenzó a cortarlo. El árbol estaba muy feliz debido a que sabía que el carpintero podría convertirlo en cofre para tesoros.

El otro leñador dijo mientras observaba al segundo árbol:

"Parece un árbol fuerte, creo que lo podré vender al carpintero del puerto". El segundo árbol se puso muy feliz porque sabía que estaba en camino a convertirse en una poderosa embarcación.

El último leñador se acercó al tercer árbol, este muy asustado, pues sabía que si lo cortaban, su sueño nunca se volvería realidad. El leñador dijo entonces: "No necesito nada especial del árbol que corte, así que tomaré éste", y cortó el tercer árbol.

Cuando el primer árbol llegó donde el carpintero, fue convertido en un cajón de comida para animales, y fue puesto en un pesebre y llenado con paja. Se sintió muy mal pues eso no era por lo que tanto había orado.

El segundo árbol fue cortado y convertido en una pequeña balsa de pesca, ni siquiera lo suficientemente grande para navegar en el mar, y fue puesto en un lago. Y vio como sus sueños de ser una gran embarcación cargando reyes habían llegado a su final.

El tercer árbol fue cortado en largas y pesadas tablas y dejado en la oscuridad de una bodega.

Años más tarde, los árboles olvidaron sus sueños y esperanzas por las que tanto habían orado. Entonces un día un hombre y una mujer llegaron al pesebre. Ella dio a luz un niño, y lo colocó en la paja que había dentro del cajón en que fue transformado el primer árbol. El hombre deseaba haber podido tener una cuna para su bebé, pero este cajón debería serlo. El árbol sintió la importancia de este acontecimiento y supo que había contenido el más grande tesoro de la historia.

Años más tarde, un grupo de hombres entraron en la balsa en la cual habían convertido al segundo árbol.

Uno de ellos estaba cansado y se durmió en la barca. Mientras ellos estaban en el agua una gran tormenta se desató y el árbol pensó que no sería lo suficientemente fuerte para salvar a los hombres. Los hombres despertaron al que dormía, éste se levantó y dijo: "¡Calma! ¡Quédate quieto!" y la tormenta y las olas se detuvieron. En ese momento el segundo árbol se dio cuenta de que había llevado al Rey de Reyes y Señor de Señores.

Finalmente un tiempo después alguien vino y tomó al tercer árbol convertido en tablas. Fue cargado por las calles al mismo tiempo que la gente escupía, insultaba y golpeaba al Hombre que lo cargaba. Se detuvieron en una pequeña colina y el Hombre fue clavado al árbol y levantado para morir en la cima de la colina.

Cuando llegó el domingo, el tercer árbol se dio cuenta que él fue lo suficientemente fuerte para permanecer erguido en la cima de la colina, y estar tan cerca de Dios como nunca, porque Jesús había sido crucificado en él.

La moraleja de esta Historia es:

Cuando parece que las cosas no van de acuerdo a tus planes, debes saber que siempre Dios tiene un plan para uno.

Si pones tu confianza en él, te va a dar grandes regalos a su tiempo.

Recuerda que cada árbol obtuvo lo que pidió, sólo que no en la forma en que pensaba.

No siempre sabemos lo que Dios planea para nosotros, sólo sabemos que:

Sus Caminos no son nuestros caminos, pero sus caminos siempre son los mejores!!!

## **El alfarero**

Una pareja solía viajar a Inglaterra y comprar en una hermosa tienda de antigüedades. A ambos les gustaban las antigüedades y los objetos de arcilla, en especial las tazas de té. Notando una taza excepcional, preguntaron:

"¿Pudiéramos ver esa? Nunca hemos visto una tan hermosa".

Mientras que la señora se las pasaba, de repente la taza de té habló: “Ustedes no entienden”, dijo. “No siempre fui una taza de té. Hubo un tiempo en que solo era un pedazo de arcilla roja. Mi maestro me tomó y me amasó, y me dio palmaditas, una y otra vez, hasta que grité: ¡No hagas eso. No me gusta! Déjame en paz”. Pero él tan solo se sonrió y suavemente me dijo: “¡Todavía no!”

“Fui colocada en una rueda giratoria y de repente comencé a dar vueltas y vueltas y vueltas. ¡Detente! ¡Me estoy mareando! ¡Me voy a enfermar!” Pero el maestro tan solo asintió y dijo: ‘Todavía no’. Me siguió dando vueltas y me hizo agujeros, me dobló y volvió a doblarme a su gusto y entonces... ¡me puso en el horno! Nunca había sentido tanto calor. Grité y golpeé la puerta con fuerza. ¡Ayúdenme! ¡Sáquenme de aquí! Podía verlo a través de la apertura y podía leer sus labios mientras meneaba su cabeza. “Todavía no”.

“Cuando pensaba que no podría soportar otro minuto, se abrió la puerta. Cuidadosamente me sacó y me puso en la mesa y comencé a enfriarme. ¡Oh, eso se sentía tan bien! Esto está mucho mejor de lo que pensé. Pero, tras de enfriarme, me tomó y me pasó la brocha pintándome por todos lados. Pensé que me iba a ahogar. “¡Oh, por favor, detente, detente!” grité. Él sólo movió su cabeza y dijo: “Todavía no”.

“Entonces, de repente, me puso nuevamente en el horno. Sólo que no fue como la primera vez. Esta vez estuvo el doble de caliente y simplemente supe que me iba a sofocar. Rogué, grité, lloré. Estaba convencida de que nunca lo lograría. Estaba lista a rendirme. Justo entonces se abrió la puerta y me sacó de nuevo y me puso en la mesa en donde me enfrié y esperé... y esperé, preguntándome qué era lo próximo que me iba a hacer. Una hora más tarde, me pasó un espejo. Me dijo: “Mírate”. Y lo hice.

Dije: “Esa no soy yo; no puedo ser yo. ¡Soy hermosa!” Suavemente habló: “Quiero que recuerdes. Sé que dolió ser golpeada y rodada, pero si te hubiera dejado sola, te hubieras secado. Sé que te mareaste al dar vueltas en la rueda, pero si lo hubiera detenido, te habrías derrumbado. Sé que te dolió cuando estabas caliente e incómoda en el horno, pero si no te hubiese puesto allí, te hubieras rajado. Sé que los vapores eran malos cuando terminé de pintarte y te puse allí, pero si no lo hubiese hecho, nunca te hubieses endurecido. No hubieras tenido color alguno en tu vida. Si no te hubiera puesto por segunda vez en el horno, no hubieras sobrevivido mucho porque tu dureza no habría durado. Ahora eres lo que tenía en mente cuando comencé a trabajar contigo”.

Reflexión: Dios nos acompaña en nuestro crecimiento. Él es el alfarero y nosotros somos Su arcilla.

## **El cohete de papel**

Había una vez un niño cuya mayor ilusión era tener un cohete y dispararlo hacia la luna, pero tenía tan poco dinero que no podía comprar ninguno. Un día, junto a la acera descubrió la caja de uno de sus cohetes favoritos, pero al abrirla descubrió que sólo contenía un pequeño cohete de papel averiado, resultado de un error en la fábrica.

El niño se apenó mucho, pero pensando que por fin tenía un cohete, comenzó a preparar un escenario para lanzarlo. Durante muchos días recogió papeles de todas las formas y colores, y se dedicó con toda su alma a dibujar, recortar, pegar y colorear todas las estrellas y planetas para crear un espacio de papel. Fue un trabajo difícilísimo, pero el resultado final fue tan magnífico que la pared de su habitación parecía una ventana abierta al espacio sideral.

Desde entonces el niño disfrutaba cada día jugando con su cohete de papel, hasta que un compañero visitó su habitación y al ver aquel espectacular escenario, le propuso cambiárselo por un cohete auténtico que tenía en casa. Aquello casi le volvió loco de alegría, y aceptó el cambio encantado.

Desde entonces, cada día, al jugar con su cohete nuevo, el niño echaba de menos su cohete de papel, con su escenario y sus planetas, porque realmente disfrutaba mucho más jugando con su viejo cohete.

Entonces se dio cuenta de que se sentía mucho mejor cuando jugaba con aquellos juguetes que el mismo había construido con esfuerzo e ilusión.

Y así, aquel niño empezó a construir él mismo todos sus juguetes, y cuando creció, se convirtió en el mejor juguetero del mundo.

Es nuestro esfuerzo, el que nos ayuda a valorar aquello que construimos.

## **La deliciosa música del arpa**

Un rey adoraba tanto la música que buscó por todo el mundo el mejor instrumento que hubiera, hasta que un mago le entregó un arpa. La llevó a palacio, pero cuando tocó el músico real, estaba desafinada; muchos

otros músicos probaron y coincidieron en que no servía para nada y había sido un engaño, así que se deshicieron del arpa tirándolo a la basura. Una niña muy pobre encontró el arpa, y aunque no sabía tocar, decidió intentarlo. Tocaba y tocaba durante todo el día, durante meses y años, siempre desafinando, pero haciéndolo mejor cada vez. Hasta que un día, de repente, el arpa comenzó a entonar las melodías más maravillosas, pues era un arpa mágica que sólo estaba dispuesta a tocar para quien de verdad pusiera interés y esfuerzo. El rey llegó a escuchar la música, y mandó llamar a la niña; cuando vio el arpa, se llenó de alegría, y en aquel momento nombró a la niña como su músico particular, llenando de riquezas a ella y a su familia.

Aquellos que sabían no pudieron, solo el esfuerzo día a día consigue que haya música en las cosas que nos gustan.

### **El discípulo honesto**

Una vez un rabino decidió poner a prueba la honestidad de sus discípulos y los llamó para preguntarles:

¿Qué harían si en el camino se encontraran con una bolsa llena de dinero?

La devolvería a su dueño – dijo un discípulo.

“Ha respondido tan deprisa que me pregunto si lo dice de verdad” – pensó el rabino.

Si nadie me viera, me quedaría con el dinero – dijo otro.

“Su lengua es sincera, pero tiene un corazón malvado”, se dijo el rabino.

Bueno, rabino – exclamó el tercer discípulo- a decir verdad, debo reconocer que me sentiría tentado de tomarlo. Así que rogaría a Dios que me diera la fuerza suficiente para resistir la tentación y obrar correctamente.

“¡Ahá! – pensó el rabino –. He aquí el hombre en quien confiaría”.

### **El zorro y el Oso**

Un buen día un hombre paseaba por el bosque cuando se encontró con un zorro herido. La pobre criatura se había roto las cuatro patas mientras intentaba huir de un cazador y estaba tal malherida que ni siquiera podía moverse para encontrar comida.

El hombre sintió lástima por el animal y decidió acercarse a él. Pero mientras lo hacía vio un gigantesco oso que se asomaba entre los árboles, arrastrando los despojos del animal que acababa de devorar. El oso pareció no interesarle el zorro y de hecho, dejó caer los restos y se dio media vuelta en busca de otro animal que llevarse a la boca. Los desperdicios cayeron junto al zorro, que se lanzó sobre la poca carne que quedaba con enorme ansiedad.

Al día siguiente, el hombre volvió al bosque. Una vez más, el oso había dejado un apetitoso bocado cerca de donde yacía el hambriento zorro y nuevamente el zorro se había abalanzado sobre la comida. El tercer día, al volver al bosque, la escena se repetía. El hombre reflexionó detenidamente sobre lo que había visto.

-Si Dios se preocupa tanto por el zorro - se dijo a sí mismo-, ¿cuánto más se preocupará por mí...? Mi fe no es lo suficientemente fuerte, debo aprender a confiar en Dios con la misma intensidad que el zorro.

Acto seguido, el hombre se arrodilló en el bosque y, con la mirada puesta en el cielo, exclamó:

-Señor, el zorro me ha demostrado lo que es tener fe en ti. A partir de este momento me entrego a ti en cuerpo y alma. Confío en que cuides como el oso asiste al zorro.

Dicho esto, el hombre se tumbó en el suelo a la espera de que Dios se ocupara de él. Transcurrió un día y no sucedió nada. El hombre empezó a tener hambre. Pasó otro día y seguía sin ocurrir nada. El hombre empezó a mosquearse. El tercer día, cuando aún no había ni rastro de Dios, el hombre se enfadó.

- Señor, quieres a ese zorro más que a mí. ¿Por qué no te preocupas de mí con lo mucho que yo confío en ti? ¿Por qué no me alimentas?

Por fin, el hambre obligó al hombre a volver al pueblo. En una de las calles del pueblo, se topó con un niño hambriento. No pudo contenerse y le manifestó a Dios su ira:

-¿Por qué no haces nada para ayudar a este pobre niño?.

- Ya lo he hecho, respondió Dios. Te he creado a ti. Pero has decidido seguir el ejemplo del zorro y no el del caritativo oso.

### **Koonek y Shehuen - Leyenda de la Patagonia**

En un apartado paraje del sur de nuestro país, vivía hace muchísimo tiempo una indígena muy anciana llamada Koonek quien, pese a su avanzada edad, aún tenía el espíritu de una niña y las energías de una joven fornida.

Los inviernos eran tan duros en esa región que un día los integrantes de la tribu decidieron que ese año se trasladarían, hasta la llegada de la primavera, a otras tierras de clima más benigno. Pero, muy decidida, Koonek anunció entonces que no iría con ellos. Amaba demasiado su pequeño mundo. Eran las tierras que la habían visto nacer y serían las tierras que la verían partir cuando le llegara el momento. Por mucho que insistieron, no lograron convencer a Koonek y, con tristeza, emprendieron la partida.

A medida que los días pasaban, Koonek comenzó a acostumbrarse al silencio que rodeaba su campamento.

Pero una mañana un alboroto la despertó.

El sonido provenía de un pichón de pirincho, tan chiquitito que todavía no había aprendido a entonar. El ave sobrevolaba los alrededores gorjeando alegre y desafinadamente hasta que divisó a la mujer y, de inmediato, se calló y la observó con desconfianza. Le habían enseñado que nada bueno podía esperarse de un humano pero, al ver el rostro bondadoso de la anciana, poco a poco fue tomando confianza y dejó que Koonek le acariciara la cabecita y lo tomara entre las manos.

A la mañana siguiente, Koonek nuevamente se despertó con el gorjear desentonado del pichón. Pero en cuanto salió de su tienda, descubrió que lo acompañaba un buen número de pájaros, como si el pequeño hubiera querido presentarle a su familia y a sus amigos.

La bandada se instaló allí. Con el tiempo, de tanto no hablar con nadie y escuchar a las aves, un buen día Koonek empezó a entenderlas como si fueran personas que hablaban en su idioma. Así, Koonek comenzó a mantener largas conversaciones con ellas y supo que el pequeño pichón de pirincho se llamaba Shehuen y era tan travieso que no pasaba un minuto sin que sus padres lo tuvieran que retar.

Shehuen y Koonek se volvieron inseparables y pasaban los días charlando desde el alba hasta el atardecer. Pero el invierno se acercaba y llegó el momento en que Shehuen y los suyos también tuvieron que partir en busca de climas más benignos, así que, con mucha tristeza, Koonek tuvo que despedirse de su nuevo amigo.

En poco tiempo, todo quedó cubierto por gruesas capas de nieve. Desde su tienda, Koonek veía caer los copos sobre los espinosos arbustos que rodeaban su campamento; aquellas plantas eran muy abundantes en la región, pero tan poco útiles que nadie se había molestado en ponerles un nombre.

Tan sola se sintió las semanas siguientes que, cuando una mañana despertó con el sonido familiar del gorjeo de Shehuen, Koonek saltó de la alegría. Pero, al salir de la carpa, su buen ánimo se disipó. Shehuen había vuelto, pero en tan mal estado que no iba a vivir mucho más.

Te extrañaba- le dijo el pichón, casi sin fuerzas-. Pero no creí que el viaje fuera tan largo...

Rápidamente, Koonek lo entró en su carpa y lo abrigó. Pero Shehuen necesitaba comer y la anciana nada tenía que pudiera servir de alimento para un ave.

Desesperada, buscó en los alrededores, pero lo único que halló fueron aquellos inútiles arbustos llenos de espinas.

Lloró largo rato y amargamente sobre ellos pero, cuando levantó la vista, descubrió sorprendida que por cada lágrima que caía, brotaba un fruto morado y jugoso.

Tantos frutos brotaron de los arbustos, que Shehuen y Koonek pudieron comer hasta que los estómagos se les hincharon como globos.

Cuando a los pocos días llegaron sus padres para buscarlo, el pichón estaba tan repuesto y saludable que, del alivio que sintieron por encontrarlo a salvo, no tuvieron ánimos de retarlo por su escapada.

Al comienzo de la primavera, el resto de la tribu regresó y grande fue su sorpresa al encontrar que Koonek no sólo aún estaba allí, sino que hasta parecía rejuvenecida, tan alegre se la veía rodeada por los pájaros que la acompañaban.

Desde aquel entonces, esos espinosos arbustos no dejaron de dar frutos y recibieron el nombre de calafate en honor de Koonek, pues tal es la traducción de su nombre. Dicen que quien viaja hacia allí y prueba de su fruto, o se queda para siempre en esas tierras o, irremediamente, sentirá por el resto de su vida un anhelo irresistible de volver a visitarlas.

## **El carro de leña**

(Yolanda Osuna de Curadini)

Corría el mes de julio. Con mis padres y cinco de mis diez hermanos, vivíamos en Margarita, un pueblecito del norte de la provincia de Santa Fe. No era necesario consultar un almanaque para saber en qué estación del año nos encontrábamos, ya que una espectacular helada ponía en evidencia al invierno más crudo del que yo tenga memoria.

Por la calle angosta se acercaba un carro cargado de leña. Al pescante, dos niños quizás más pequeños que nosotros. Un ejército de polillas había, seguramente, tomado por asalto los raídos ponchitos con los que trataban de abrigarse.

-¡Pobrecitos! –murmuró mi madre; ella era un ser dulce y sensible-. ¡Deben de haber salido al monte de noche- e hizo detener a los chicos. Ellos saltaron alegremente, con sus naricitas rojas, los ojos lagrimeantes

por el frío y las manos entumecidas. En sus caras brillaba la esperanza de hacer tan pronto la primera venta. Ni se les ocurrió que mamá no iba a comprarles un atadito de leña... sino ofrecerles sendos tazones de mate cocido caliente y un pedazo de pan duro.

Miré a mamá con desesperación... ¿cómo nos sacaba esos alimentos a nosotros, que teníamos tan poco, para dárselos a dos niños desconocidos? Ella pareció leer mis pensamientos en la expresión de mi cara, porque se limitó a decir: "No seas egoísta".

Los leñadorcitos devoraron literalmente el mate cocido y el pan duro. Luego, con sus manos ya calientes, tomaron una bolsa y la llenaron de leña, que ofrecieron a mi madre. Sólo una palabra se pronunció, por ambas partes: "Gracias".

Después, y durante varios años, cada vez que regresaban del monte con su carro cargado de leña los dos hermanitos se detenían en nuestra casa. Y llegó a hacerse un hábito agradable el tazón de mate cocido, calentito, que compartíamos con ellos. Como la primera vez, la atención de mi madre siempre era retribuida con una bolsa de leña; cada invierno, en la humilde cocina de mi casa, las brasas encendidas continuaban transmitiéndonos el calor de aquella recíproca generosidad.

Hoy, muy lejos ya de aquellos días, sigo agradeciendo a mi madre que me haya enseñado a compartir lo que tengo. El fuego en el hogar encendido sigue teniendo, para mí, un mensaje de amor que trato de transmitir a mis hijas... en estos días en que hay tantos que necesitan: "debemos compartir, aunque más no sea, un pedazo de pan duro. No es sólo el hecho de dar, sino el dar teniendo en cuenta la circunstancia difícil de quien está recibiendo. Al desprendernos de cosas tan pequeñas y tan perecederas algo muy grande y muy hermoso se nos queda para siempre dentro de nuestro corazón."

## ¿Dónde está la injusticia?

La catequista entró al aula y notó algo extraño. Varios alumnos, de pie, estaban rodeando a otro que estaba sentado escribiendo.

Parecía que estaban hablando entre ellos acerca de algo importante. La catequista saludó y pidió que se sentaran. Unos cuantos, en lugar de sentarse, se acercaron a ella para conversar.

- Es una injusticia –dijo uno de ellos.
- ¿qué cosa es una injusticia? Preguntó la catequista.
- La maestra de tecnología nos dejó una tarea muy larga y muy difícil –dijo otro.
- Sí, es cierto, es una injusticia, yo estuve anoche, hasta tarde, en mi casa investigando y contestando las preguntas –agregó una de las chicas.
- No entiendo cuál es la injusticia. ¿La tarea difícil es la injusticia? –preguntó la catequista.
- No, ¿no ves lo que pasa? –dijo Eder que parecía más enojado-. Nosotros nos rompimos la cabeza para hacer la tarea y Nacho no hizo nada. Y ahora, antes de que llegue la hora de tecnología, la está copiando.
- La injusticia es que a él le van a poner la misma nota que a nosotros. ¡No está bien! Le vamos a decir a la maestra. –dijo Lucía.

La catequista les pidió calma y los invitó a sentarse para que se tranquilizaran un poco y darles una respuesta.

-Yo creo que, en esto que me plantean, hay más de una injusticia, pero vayamos por partes. ¿Ustedes hicieron la tarea por la nota o para saber algo más? Si la hicieron para saber, aprendieron; y, sin embargo, Nacho no sabe nada nuevo porque está copiando rápido y sin pensar. Ahí ya hay una injusticia: ustedes aprendieron y él, no. Ahora, si ustedes sólo hicieron la tarea para sacarse una buena nota, la injusticia es otra, especialmente para sus padres, que los mandan a la escuela para que aprendan y crezcan y ustedes hacen las cosas para obtener una buena nota. También es una injusticia para ustedes que estuvieron hasta tarde haciendo algo que no les sirvió, porque sólo lo hicieron para tener un beneficio. Por último, ¿se lo van a decir a la maestra pensando en hacerle un bien a Nacho o no la intención de que lo castigue y que le desaprobe el trabajo práctico?

Los chicos no supieron bien qué contestar y la catequista nunca se enteró si se lo dijeron o no a la maestra de tecnología.

¿Qué hubiéramos hecho en el caso de estar en una situación similar?

¿Creemos que hubo una injusticia? Si es el caso ¿Cuál?

¿Por qué motivos hacemos las cosas?

## El canto de Lusmore

(Leyenda irlandesa – adaptación)

En un pueblo del sur de Irlanda, vivía en otros tiempos un hombrecito llamado Lusmore. Su alma era tan pura como feo su aspecto, pues, había tenido la mala fortuna de nacer jorobado y maltrecho, y eso provocaba rechazo y desagrado ante cualquiera que se cruzara en su camino. Los más compasivos desviaban la vista. Los más crueles se burlaban sin cesar de su deformidad.

Para desgracia de Lusmore, vivía en el mismo pueblo una joven llamada Roam, de espíritu tan bondadoso como hermosa era su apariencia. Nadie ignoraba que él estaba perdidamente enamorado de ella, tanto suspiraba y se le iluminaban los ojos cuando la veía.

Un mal día, algunos de los aldeanos decidieron jugarle una broma pesada. Dejaron una nota bajo su puerta, con la que le hicieron creer al pobre que la bella Roam lo citaba para verlo a escondidas en el bosque. Al leer el mensaje, Lusmore no cabía en sí de alegría, se acicaló y se preparó y, al llegar la hora, partió raudo hacia el lugar del encuentro.

Esperó y esperó, pero nadie apareció. Para cuando Lusmore descubrió la verdad, los aldeanos se habían reído tanto de él, que a algunos les dolía el estómago. Mucho deambuló por el bosque y mucho lloró Lusmore hasta que se cansó y se sentó en un tronco a cantar para aliviar su pena. Primero en susurro, y luego con una voz cada vez más fuerte y segura, hasta que un ruido de hojas lo interrumpió. Al mirar, descubrió que lo rodeaba un grupo de pequeñas hadas que lo observaban con gran asombro.

Acostumbrado al efecto que causaba en los demás, Lusmore corrió a esconderse.

- ¿Por qué te ocultas? –le preguntaron.

- Soy muy feo –respondió.

- No eres feo –dijo una-. Tienes una voz muy hermosa.

Lusmore, que no estaba acostumbrado a que le dijeran que tenía algo hermoso, no respondió.

- Tan hermosa que podrías cantar en el cumpleaños de la reina Fruncida –comentó otra.

El hombrecito levantó la cabeza.

- ¿La reina Fruncida?

- La llamamos así porque siempre frunce mucho el entrecejo cuando algo no le gusta. Pero tú le vas a gustar mucho –respondió el hada.

- Bueno –accedió Lusmore, asombrado de que alguien deseara su compañía.

Y junto a las hadas marchó hacia el festejo de la reina y allí cantó tan bellamente, que logró que a Fruncida se le alisara el entrecejo. Al terminar, la reina hada se levantó del trono y dijo:

- Mucho me has complacido con tu canto, Lusmore, y quisiera retribuirte. Pide cualquier cosa, lo que más desees, que te lo concederé de inmediato.

No tuvo que pensar demasiado, pues sólo había una cosa que quería más que nada. Tan pronto anunció su deseo, un fuerte cosquilleo le recorrió todo el cuerpo. Su torso se enderezó, su peso se alivió y para cuando terminó, se había convertido en un hermoso caballero por el que cualquier dama podría suspirar.

Volvió entonces a su pueblo y fue tal la impresión que causó su nueva apariencia, que los mismos que antes se habían burlado, ahora se desvivían por gozar de su compañía. A Lusmore el cambio le agradó pero, con el correr de los días, comenzó a entristecerse. Una tarde se marchó sin decir nada y, cuando regresó, lucía tan deforme y contrahecho como era en un principio. Los aldeanos no salían de su asombro.

- ¿Qué te pasó? –preguntó uno.

- Le pedí a la reina Fruncida que deshiciera el encantamiento –respondió.

- ¿Por qué? –se extrañó otro.

Lusmore los miró y dijo con tristeza:

- Antes me trataban mal por mi aspecto. Después me trataron bien por la misma razón. Da igual, entonces, que sea lindo o feo, pues yo no he cambiado y ustedes tampoco.

Y, tomando sus bártulos, agregó:

- Pero no se preocupen. Me iré lejos para no lastimarles los ojos con mi desagradable aspecto.

Emprendía la marcha cuando la voz de Roam lo detuvo.

- A mí no me desagradas nada, Lusmore. Si tú te vas, yo me iré contigo.

- Y yo –acotó un anciano-. Ahora que te conozco, este pueblo sería muy aburrido sin ti.

- Tienes razón –dijo otro-. Yo también me marchó.

Y así siguieron por un buen rato, hasta que descubrieron que si el pueblo entero deseaba marcharse con Lusmore, lo mejor sería que este se quedara.

Así se hizo, y durante mucho tiempo en esa aldea todos pudieron disfrutar de la agradable compañía del pequeño y contrahecho Lusmore. Y, aunque algunos sostienen que finalmente se casó con la bella Roam y vivieron felices por siempre, la versión nunca pudo ser confirmada.

## Los duendes y el zapatero

(Adaptación de un relato de los Hermanos Grimm)

Había una vez un zapatero al que le iba muy mal en su negocio de calzado hecho a mano. Tan mal le iba, que llegó el momento en que su taller únicamente quedaba un trozo de cuero para hacer nada más que un solo par de zapatos. Esa noche lo cortó y lo dejó listo para coserlo a la mañana siguiente. Se acostó junto a su esposa, pensando “Lo único que me queda es la esperanza de venderlo... Veremos qué pasa mañana”. Y se durmió.

Al levantarse al otro día, fue hasta su mesa de trabajo para empezar la tarea. Pero, más que sorprendido, encontró que el par ya había sido cosido y el cuero, recién lustrado, brillaba como un espejo. El zapatero tomó los zapatos, los miró por todas partes, revisó las costuras, la suela, los cordones: estaban maravillosamente bien hechos, ¡una verdadera obra maestra!

Confundido y un poco preocupado, se fue a vender los zapatos. A un cliente le gustaron tanto que los pagó al doble de su precio cuando otro señor también los quiso comprar, y el zapatero con este dinero pudo conseguir cuero para hacer otros dos pares de zapatos.

Aquella noche repitió lo mismo que la anterior: cortó el cuero y lo dejó preparado para coserlo al día siguiente, y al levantarse por la mañana los halló también terminados a la perfección. Ni él ni su esposa pudieron explicarse qué clase de mano mágica y bondadosa trabajaba por las noches para ayudarlos... Nuevamente el hombre marchó a vender los pares. De inmediato aparecieron clientes y con el dinero obtenido pudo comprar cuero para cuatro pares. A la mañana siguiente, otra vez, halló los cuatro pares terminados, y lo mismo le ocurrió otras muchas veces.

Pronto el zapatero se convirtió en un hombre de mucho dinero, casi rico.

Una tarde, cuando ya faltaba poco para la Navidad, la esposa del zapatero le propuso: “Quedémonos despiertos esta noche, y escondidos, para ver si podemos descubrir quiénes son los que nos ayudan de

esta manera". Así lo hicieron: dejaron una luz encendida, se escondieron en un armario, detrás de la ropa que había colgada en él, y esperaron llenos de curiosidad.

A las doce de la noche, después de que las doce campanadas sonaron en el reloj, el matrimonio vio cómo, sigilosamente, entraban en la habitación tres lindos y pequeñísimos duendes que ¡oh!- estaban completamente desnudos a pesar del frío que hacía dentro y fuera de la casa. Los pequeños corrieron inmediatamente hacia donde el zapatero había dejado el cuero cortado, lo tomaron y comenzaron a trabajar sin descansar armando con increíble rapidez una enorme cantidad de zapatos. Antes del amanecer, ya terminado su trabajo, desaparecieron de repente.

Al día siguiente, mientras comentaba con su marido lo que habían visto, la mujer dijo: "Esos duendes nos han dado más que lo que necesitábamos, y nunca nos pidieron nada a cambio; tenemos que hacerles saber de alguna forma nuestra gratitud. Deben de estar pasando muchísimo frío, así desnuditos como andan. Yo voy a coserles ropa y vos haceles unos zapatitos". El hombre se entusiasmó con la idea y ambos pusieron manos a la obra.

Esa noche, cuando los duendes llegaron, en el lugar donde antes el zapatero dejaba los cueros cortados, encontraron calzoncillos, camisetas, pantalones, pulóveres, camperas, medias y tres pares de botas que eran de maravilla. Ahora los sorprendidos eran los duendes que, una vez vestidos, no podían dejar de mirarse al espejo, reír, cantar y bailar. Y casi ya al amanecer, se fueron bailando.

Desde aquel momento ni el zapatero ni su esposa volvieron a ver a los chiquitos. Pero tuvieron una buena vida y no pasaron miseria nunca más.

## **El Rey que aprendió a "Ser Mejor"**

Cuenta una leyenda, que hace cientos de años, había un Rey que lo poseía todo; tierras, castillos, poder... todo lo que un Rey quiere tener. Había luchado mucho por todo lo que tenía pero siempre habían hecho todo por él, sus sirvientes.

El Rey tenía sirvientes para todo. En su castillo había cocineros, jardineros, mucamas, peluqueros y hasta gente que elegía su ropa y lo vestía!

Pero hubo una época en la que cayó una peste sobre el reino y todos los sirvientes del Rey cayeron enfermos.

Desesperado, el Rey, intento conseguir por medio de otros Reyes amigos en otros reinos, gente que pudiera servirle por un determinado tiempo hasta que la peste pasara, pero lamentablemente estos reinos quedaban muy lejos, y para cuando llegaran la peste habría pasado.

Resignado, el Rey de nuestra leyenda, tuvo que empezar a hacer todas sus cosas. Cosas cotidianas a las que no estaba acostumbrado.

Aprendió a levantarse solo por la mañana, a vestirse y elegir su ropa, prepararse su comida, hacer sus diligencias, manejar su carruaje, preparar los caballos, en fin, todo lo que necesitaba, tubo que, poco a poco, ir aprendiéndolas.

La peste afectó su reino por más de un mes.

Curados ya todos sus sirvientes luego de un mes guardando cama, fueron a presentarse todos delante del Rey para comunicarle que estaban nuevamente a su servicio.

La mañana siguiente cuando el señor que lo levantaba todas las mañana fue a despertarlo, se encontró con que el Rey ya estaba sentado al borde de su cama y listo para bajar a prepararse el desayuno. Y así fue durante todo el día. Cada vez que un sirviente acudía a hacer sus habituales tareas, el Rey ya las había realizado perfectamente y solo.

Esa misma tarde, asombrados, todos los sirvientes del Rey se reunieron en la cocina del castillo para comentar la insólita situación que estaban viviendo ese día.

Tal como lo habían hecho esa noche en la que todos cayeron enfermos, esta vez, se reunieron en el despacho del Rey para felicitarlo por su gran mejoría en las cosas de todos los días. El Rey, orgulloso de sí mismo les respondió: "Gracias amigos, por haberme dado tan valiosa lección. En este tiempo he aprendido a valerme por mí mismo y a mejorar cada día más todas mis cosas, actitudes y también mi desempeño. También he aprendido a valorar el trabajo que ustedes realizan día a día, ya que comprendo el esfuerzo que ponen en él. Sigán mi consejo, aprovechen cada día y cada cosa que hacen, para mejorar, ya sean cosas simples y grandes, actitudes o hechos. Gracias por haberme enseñado a ser Siempre Mejor, cada día, un poco mejor."

## **Viva mi amor**

Este era un ángel muy alegre y feliz que se llamaba Gabriel.

Gabriel tenía tan buen carácter que apenas cantaba crecía una flor, con eso les digo todo, y por eso Dios lo había nombrado jardinero de su Casa.

El jardín de Dios es un paraíso: hay arroyitos, flores, mariposas, pajaritos, conejos, ratones, blancos, y siempre es domingo.

Una mañana Gabriel andaba por aquel jardín cantando y detrás de él venían tres mariposas, siete picaflores y un montón de conejitos.. Pero de pronto Gabriel se quedó quieto por la sorpresa:

-¡Miren...! Justo en medio del jardín crece esta planta que yo no planté!. ¿Quién fue?

Todos miraron, y todos dijeron que nadie había sido. Ni más ni menos: ahí estaba esa vara verde, con un pimpollo en la punta...

-Realmente...esto es un misterio misterioso...-murmuró el ángel.

Entonces se oyó la voz de Dios:

-No te asustes Gabriel. Es mi azucena. Yo la planté. Yo la cuido...

-¿Y no querés que te la cuide yo?-preguntó Gabriel

-No, mi ángel. Yo la cuido. Y un día, yo la voy a cortar...

Gabriel se quedó pensativo e iba de nube en nube diciendo:

-¡Que misterio madre mía...! ¿Para que querrá Dios esa azucena?

Pero Dios llamó a Gabriel para decirle:

-Cuando la azucena florezca vos vas a ser el encargado de llevársela a alguien muy especial...

Desde esa vez, Gabriel vio como Dios cuidaba con amor a la azucena. Y la azucena crecía tan blanca que parecía luminosa.

Y por fin llegó el tiempo en que la flor abrió sus pétalos. Por eso Dios cortó la azucena y llamó a Gabriel:

-Allá abajo hay una niña que se llama María.

Yo la elegí entre todas. La vas a reconocer porque ella es tan linda como esta flor. Y ahora arrímate que te voy a decir mi secreto. Escuchá bien...

Después del secreto, Dios entregó la flor a Gabriel diciéndole:

-Dale a María mi bendición especial. Y decile que viva mi amor.

Así fue que Gabriel bajó al mundo. Al ver a María pensó para sus adentros:

-De veras Dios supo elegir. No hay otra como esta niña...

Y de un vuelito Gabriel se presentó a María diciéndole estas palabras:

-¡Te felicito María...! ¡No hay otra con tu gracia...! ¡Dios te bendiga mi reina...!

Y el corazón de María latió muy fuerte. Claro, la pobre se asustó. Es que nunca había visto un ángel. ¡Y menos un ángel tan simpático...!

Por eso Gabriel le dijo:

-No te asustes...No temas que vengo de parte de Dios...

Entonces María no tuvo nunca más miedo. Y sonrió contenta.

Y Gabriel le recitó una poesía que decía así:

“Del árbol nació la rama,  
de la rama nació la flor,  
de la flor nació María,  
y de María el Redentor...”

¿De qué nos habla el cuento? ¿Quién es el personaje del que nos habla? ¿Mamá de quién es? ¿Qué más saben sobre María?

Jesús nos enseñó que todos somos hijos de Dios y eso lo convierte a él en nuestro hermano y al mismo tiempo en los hijos de María que es su mamá.

## **El gran Fergus**

(Adaptación de un cuento popular europeo)

Fergus era el menor de los hijos del rey de un país cuyo nombre hoy ya nadie recuerda. En realidad, era más conocido como pequeño Fergus, no sólo por ser el más chico de la familia sino porque, comparado con sus robustos y corpulentos hermanos, parecía tan petiso y frágil como un niño, a pesar de que era ya un hombre.

Nada había que Fergus deseara más que convertirse en un noble y valiente caballero, igual que sus hermanos. Pero por su tamaño, le resultaba casi imposible aprender todo lo que los otros lograban hacer con facilidad. Los caballos eran muy altos para su corta estura; y las espadas, escudos y lanzas, muy pesados para sus diminutas manos. Sin embargo, no se daba por vencido.

-Lo único que me falta –insistía, mientras se subía a un banquito para poder montar su corcel– es un poco de práctica.

Practicaba mañana, tarde y noche. Y, aunque mejoraba en nada, no desistía, como si no notara que era su pequeñez lo que le impedía adquirir destrezas de los grandes caballeros.

-Ya se le pasará –pensaba el padre.

Pero a Fergus no se le pasaba.

-Un día se lastimará seriamente, y ya no habrá remedio –comentaban sus hermanos, cada vez más preocupados.

Entonces, el Rey decidió pedir ayuda a uno de sus consejeros. Y, entre los dos, idearon un plan para que Pequeño Fergus ese delirante sueño de convertirse en caballero.

El consejero le dijo a Fergus, como al pasar, que el Rey ya había decidido que prueba deberían pasar los hombres que ese año desearan ser ordenados caballeros: vencer al malvado hechicero que vivía en los confines del reino.

-Una prueba muy difícil –dijo el consejero al asustado Fergus–. Sabrás que, para llegar a sus morada, hay que cruzar las Montañas Grises a través de una gruta que las atraviesa de lado a lado. Eso sería fácil, sino fuera por el gigantesco troll que cuida la entrada. Y por el feo dragón que cuida la salida. Y luego... bueno... están esos dos ogros frente al castillo del brujo. Y, de postre, queda la cuestión de enfrentarse a mismísimo brujo, al que nadie hasta ahora ha logrado vencer.

Y dicho esto, el consejero se alejó, sonriendo para sus adentros. Por el miedo que había visto en los ojos del joven, creyó que le había quitado a Fergus las ganas de meterse en ese asunto de la caballería.

Pero se equivocó. Muy temprano, a la mañana siguiente, Fergus partió en secreto pues deseaba ser el primero, entre todos los aspirantes a caballeros, que intentara pasar la prueba.

Caminando se fue y caminando llegó ante las Montañas Grises y ante el enorme troll que custodiaba la entrada de la gruta. Y como no se le ocurría ninguna forma para vencer a semejante monstruo, se lanzó a correr. Y corriendo pasó entre las piernas del monstruo y se metió en la gruta. Corriendo la atravesó y corriendo salió del otro lado, y pasó bajo el dragón sin ser descubierto.

Siguió corriendo hasta llegar ante los dos ogros y pasó junto a ellos sin recibir ningún daño, pues los muy tontos creyeron que si alguien tan pequeño podría ser tan temerario, sería porque era aún más poderoso que el mismísimo brujo al que custodiaban.

De este modo, sin demasiados contratiempos, entró en la morada del brujo. Y lo buscó hasta que lo encontró, profundamente dormido en su habitación.

Muy silenciosamente se acercó a la cama. El brujo abrió un ojo primero y el otro después, y se incorporó de un salto, gritando:

-¡Aaaaah!

-¡Aaaaah! –gritó también Fergus.

- No sé cómo has hecho para entrar aquí, pero sé cómo saldrás –anunció amenazante, mientras extendía las manos hacia él. –¡Hecho polvo!

Y de las puntas de los dedos le brotó un rayo. Fergus, aturdido, levantó la espada, como si pudiera serle de alguna utilidad. Y quiso la buena suerte que el rayo dio contra la hoja de la espada y que, así como venía, se volvieran directamente contra su creador. El brujo quedó tal cual el mismo había anunciado: convertido en una montañita de polvo.

Fergus metió el polvo en un frasco, lo cerró y volvió al palacio. El camino de regreso se le hizo fácil, pues el dragón, los ogros y el troll habían desaparecido sin dejar rastros. Y cuando llegó a su hogar y relató lo sucedido, todos lanzaron gritos de júbilo. ¡Pequeño Fergus había liberado a todos de un gran mal!

Y, aunque Pequeño Fergus siguió siendo el peor espadachín, arquero y jinete del que se tenga memoria, no hubo en ese reino, cuyo nombre ya nadie recuerda, caballero más valiente y decidido que él.

## La caja de Pandora

Cuentan las leyendas griegas que hace muchos, pero muchísimos años, existía la Tierra, más no había ser viviente alguno que habitara su suelo o surcara su espacio. Eran los tiempos en que sólo los inmortales reinaban en el mundo y Zeus, el dios supremo, residía en el Monte Olimpo junto al resto de las divinidades. Se hallaba la Tierra tan desierta, que un día dos titanes, Prometeo y su hermano Epimeteo, recibieron el encargo de poblarla. Crearon así todas las especies del mundo animal y al hombre, único ser al que le fue otorgado el don de pensar y razonar.

Era ese mundo un lugar de felicidad, donde a nadie le faltaba lo necesario para sobrevivir y no existían para el hombre males ni enfermedades que le lastimaran el cuerpo o le doblegaran el espíritu.

Todo marchaba tan bien, que Zeus empezó a sentirse celoso. Si Prometeo había creado una criatura tan perfecta, él sería capaz de crear otra aun más perfecta. De modo que le ordenó al dios Hefesto que forjara un ser de tierra y agua, modelándolo con las formas más armónicas y hermosas que sus manos pudieran lograr. Así lo hizo Hefesto y así fue creada la primera mujer, llamada Pandora, dotada de una gran belleza, inteligencia y bondad.

Rápidamente, fue enviada junto a Prometeo, quien desconfió de las verdaderas intenciones de Zeus y no hizo caso de ella. Mas su hermano Epimeteo cayó tan rendido de amor ante su hermosura y delicadeza, que pronto quiso casarse con Pandora. Las bodas se celebraron con gran pompa y entre todos los

obsequios que recibieron de los dioses hubo uno, en especial, que Zeus le encomendó a Pandora con una advertencia.

-Toma –le dijo, dándole una caja–. Esto será tuyo pero debes saber que ni tú, ni ningún otro mortal, deberán abrirla jamás para descubrir su contenido. Si lo haces, grandes calamidades caerán sobre la Tierra.

El tiempo pasó y, pese a que Pandora era muy feliz con Epimeteo, no podía dejar de pensar en la caja que Zeus había puesto bajo su cuidado. Daba vueltas alrededor de ella, la observaba con detenimiento, se mordía las uñas de la impaciencia por abrirla.

-No lo hagas –le aconsejaba su esposo–. El propio Zeus te ordenó no abrirla; es mejor hacerle caso.

Para Pandora, que además de bella, inteligente y buena, era muy curiosa, un día no aguantó más y apoyó una oreja sobre la tapa para escuchar. Algo se movía en el interior. ¿Se trataría acaso de alguna criatura dotada de poderes especiales? La levantó en las manos y la sacudió. No, no parecía ningún ser vivo.

¿Sería entonces algún objeto mágico? Ni las serias advertencias de Zeus ni los ruegos de Epimeteo lograron apartarla de su objetivo. Cuando finalmente abrió la caja, una sucesión de ráfagas heladas atravesó la habitación y salió por la ventana. Y, de inmediato, en aquel mundo que nada sabía hasta ese momento de pesares y dolores, un hombre lloró acongojado por una súbita tristeza. Y otro se quedó atacado por una repentina enfermedad. Y un tercero comenzó a temblar porque sentía miedo. Y el bondadoso se tornó cruel; el generoso, avaro; y el pacífico, violento. Porque al abrir esa caja que tanto le habían encomendado no abrir, Pandora había liberado todos los males que el hombre no conocía, ni en cuerpo, ni en espíritu.

Apenada por el terrible error que había cometido, la mujer corrió a cerrar la caja. Aún quedaba algo en su interior, que pugnaba por salir. Y aquella, fuera lo que fuere, parecía tener más fuerza que todas las otras que habían surgido antes.

-Da igual ahora que la dejes abierta o cerrada –le dijo Epimeteo–. No podrás hacer más daño del que ya has provocado.

Pandora entonces quitó la tapa, esperando algún espanto aun peor que los ya habían salido de allí. Pero, por su sorpresa, se sintió de inmediato envuelta en una brisa cálida que la reconfortó. La brisa se esparció por el mundo y pronto el hombre triste dejó de llorar, y el temeroso dejó de temblar, y el enfermo dejó de quejarse.

Nunca, a partir de ese momento, abandonarían a la humanidad todos los males que Pandora liberó. Pero tampoco, nunca abandonaría a la humanidad ese último don, el único bien que contenía la caja: la esperanza.

Desde entonces, el hombre enfermo sueña con sanarse; el triste, con recuperar su alegría; y los bondadosos, con que algún día la maldad, el egoísmo y la violencia desaparezcan de la faz de la Tierra.

## El Príncipe Feliz

(Oscar Wilde)

La estatua del Príncipe Feliz se alzaba sobre una alta columna, desde donde se dominaba toda la ciudad. Era dorada y estaba recubierta por finas láminas de oro; sus ojos eran dos brillantes zafiros y en el puño de la espada centelleaba un enorme rubí púrpura. El resplandor del oro y las piedras preciosas hacían que los habitantes de la ciudad admirasen al Príncipe Feliz más que a cualquier otra cosa.

—Es tan bonito como una veleta —comentaba uno de los regidores de la ciudad, a quien le interesaba ganar reputación de hombre de gustos artísticos—; claro que en realidad no es tan práctico —agregaba, porque al mismo tiempo temía que lo consideraran demasiado idealista, lo que por supuesto no era.

—¿Por qué no eres como el Príncipe Feliz —le decía una madre afligida a su pequeño hijo, que lloraba porque quería tener la luna—. El Príncipe Feliz no llora por nada.

—Mucho me consuela el ver que alguien en el mundo sea completamente feliz —murmuraba un hombre infortunado al contemplar la bella estatua.

—De verdad parece que fuese un ángel —comentaban entre ellos los niños del orfanato al salir de la catedral, vestidos con brillantes capas rojas y albos delantalcitos.

—¿Y cómo saben qué aspecto tiene un ángel? —les refutaba el profesor de matemáticas— ¿Cuándo han visto un ángel?

—Los hemos visto, señor. ¡Claro que los hemos visto, en sueños! —le respondían los niños, y el profesor de matemáticas fruncía el ceño y adoptaba su aire más severo. Le parecía muy reprochable que los niños soñaran.

Una noche llegó volando a la ciudad una pequeña golondrina. Sus compañeras habían partido para Egipto seis semanas antes, pero ella se había quedado atrás, porque estaba enamorada de un junco, el más hermoso de todos los juncos de la orilla del río. Lo encontró a comienzos de la primavera, cuando revoloteaba sobre el río detrás de una gran mariposa amarilla, y el talle esbelto del junco la cautivó de tal manera, que se detuvo para meterle conversación.

—¿Puedo amarte? —le preguntó la golondrina, a quien no le gustaba andarse con rodeos.

El junco le hizo una amplia reverencia.

La golondrina entonces revoloteó alrededor, rozando el agua con las alas y trazando surcos de plata en la superficie. Era su manera de demostrar su amor. Y así pasó todo el verano.

—Es un ridículo enamoramiento —comentaban las demás golondrinas—; ese junco es desoladoramente hueco, no tiene un centavo y su familia es terriblemente numerosa—. Efectivamente toda la ribera del río estaba cubierta de juncos.

A la llegada del otoño, las demás golondrinas emprendieron el vuelo, y entonces la enamorada del junco se sintió muy sola y comenzó a cansarse de su amante.

—No dice nunca nada —se dijo—, y debe ser bastante infiel, porque siempre coquetea con la brisa.

Y realmente, cada vez que corría un poco de viento, el junco realizaba sus más graciosas reverencias.

—Además es demasiado sedentario —pensó también la golondrina—; y a mí me gusta viajar. Por eso el que me quiera debería también amar los viajes.

—¿Vas a venirte conmigo? —le preguntó al fin un día. Pero el junco se negó con la cabeza, le tenía mucho apego a su hogar.

— ¡Eso quiere decir que sólo has estado jugando con mis sentimientos! — se quejó la golondrina—. Yo me voy a las pirámides de Egipto. ¡Adiós!

Y diciendo esto, se echó a volar.

Voló durante todo el día y, cuando ya caía la noche, llegó hasta la ciudad.

— ¿Dónde podré dormir? —se preguntó—. Espero que en esta ciudad hay algún albergue donde pueda pernoctar.

En ese mismo instante descubrió la estatua del Príncipe Feliz sobre su columna.

— Voy a refugiarme ahí —se dijo—. El lugar es bonito y bien ventilado.

Y así diciendo, se posó entre los pies del Príncipe Feliz.

— Tengo una alcoba de oro —se dijo suavemente la golondrina mirando alrededor.

En seguida se preparó para dormir. Mas cuando aún no ponía la cabecita debajo de su ala, le cayó encima un grueso goterón.

— ¡Qué cosa más curiosa! —exclamó—. No hay ni una nube en el cielo, las estrellas relucen claras y brillantes, y sin embargo llueve. En realidad este clima del norte de Europa es espantoso. Al junco le encantaba la lluvia, pero era de puro egoísta.

En ese mismo momento cayó otra gota.

— ¿Pero para qué sirve este monumento si ni siquiera puede protegerme de la lluvia? —dijo—. Mejor voy a buscar una buena chimenea.

Y se preparó a levantar nuevamente el vuelo.

Sin embargo, antes de que alcanzara a abrir las alas, una tercera gota le cayó encima, y al mirar hacia arriba la golondrina vio... ¡Ah, lo que vio!

Los ojos del Príncipe Feliz estaban llenos de lágrimas, y las lágrimas le corrían por las áureas mejillas. Y tan bello se veía el rostro del Príncipe a la luz de la luna, que la golondrina se llenó de compasión.

— ¿Quién eres? —preguntó.

— Soy el Príncipe Feliz.

— Pero si eres el Príncipe Feliz, ¿por qué lloras? Casi me has empapado.

— Cuando yo vivía, tenía un corazón humano —contesto la estatua—, pero no sabía lo que eran las lágrimas, porque vivía en la Mansión de la Despreocupación, donde no está permitida la entrada del dolor.

Así, todos los días jugaba en el jardín con mis compañeros, y por las noches bailábamos en el gran salón.

Alrededor del jardín del Palacio se elevaba un muro muy alto, pero nunca me dio curiosidad alguna por conocer lo que había más allá... ¡Era tan hermoso todo lo que me rodeaba! Mis cortesanos me decían el Príncipe Feliz, y de verdad era feliz, si es que el placer es lo mismo que la dicha. Viví así, y así morí. Y

ahora que estoy muerto, me han puesto aquí arriba, tan alto que puedo ver toda la fealdad y toda la miseria de mi ciudad, y, aunque ahora mi corazón es de plomo, lo único que hago es llorar.

— ¿Cómo? —se preguntó para sí la golondrina—, ¿no es oro de ley?

Era un avecita muy bien educada y jamás hacía comentarios en voz alta sobre la gente.

— Allá abajo —siguió hablando la estatua con voz baja y musical—... allá abajo, en una callejuela, hay una casa miserable, pero una de sus ventanas está abierta y dentro de la habitación hay una mujer sentada

detrás de la mesa. Tiene el rostro demacrado y lleno de arrugas, y sus manos, ásperas y rojas, están acribilladas de pinchazos, porque es costurera. En este momento está bordando flores de la pasión en un

traje de seda que vestirá la más hermosa de las damas de la reina en el próximo baile del Palacio. En un

rincón de la habitación, acostado en la cama, está su hijito enfermo. El niño tiene fiebre y pide naranjas.

Pero la mujer sólo puede darle agua del río, y el niño llora. Golondrina, golondrina, pequeña golondrina...

¡hazme un favor! Llévale a la mujer el rubí del puño de mi espada, ¿quieres? Yo no puedo moverme, ¿lo

ves?... tengo los pies clavados en este pedestal.

— Los míos están esperándome en Egipto —contesto la golondrina—. Mis amigas ya deben estar

revoloteando sobre el Nilo, y estarán charlando con los grandes lotos nubios. Y pronto irán a dormir a la

tumba del gran Rey, donde se encuentra el propio faraón, en su ataúd pintado, envuelto en vendas

amarillas, y embalsamado con especias olorosas. Alrededor del cuello lleva una cadena de jade verde, y sus manos son como hojas secas.

— Golondrina, golondrina, pequeña golondrina —dijo el Príncipe—, ¿por qué no te quedas una noche conmigo y eres mi mensajera? ¡El niño tiene tanta sed, y su madre, la costurera, está tan triste!

— Es que no me gustan mucho los niños —contestó— la golondrina—. El verano pasado, cuando estábamos viviendo a orillas del río, había dos muchachos, hijos del molinero, y eran tan mal educados que no se cansaban de tirarme piedras. ¡Claro que no acertaban nunca! Las golondrinas volamos demasiado bien, y además yo pertenezco a una familia célebre por su rapidez; pero, de todas maneras, era una impertinencia y una grosería.

Pero la mirada del Príncipe Feliz era tan triste, que finalmente la golondrina se enterneció.

— Ya está haciendo mucho frío —dijo—, pero me quedaré una noche contigo y seré tu mensajera.

— Gracias, golondrinita —dijo el Príncipe.

La golondrina arrancó entonces el gran rubí de la espada del Príncipe y, teniéndolo en el pico, voló por sobre los tejados. Pasó junto a la torre de la catedral, que tenía ángeles de mármol blanco. Pasó junto al Palacio, donde se oía música de baile y una hermosa muchacha salió al balcón con su pretendiente.

— ¡Qué lindas son las estrellas —dijo el novio— y qué maravilloso es el poder del amor!

— Ojalá que mi traje esté listo para el baile de gala —contestó ella—. Mandé a bordar en la tela unas flores de la pasión. ¡Pero las costureras son tan flojas!

La golondrina voló sobre el río y vio las lámparas colgadas en los mástiles de los barcos. Pasó sobre el barrio de los judíos, donde vio a los viejos mercaderes hacer sus negocios y pesar monedas de oro en balanzas de cobre. Al fin llegó a la pobre casa, y se asomó por la ventana. El niño, en su cama, se agitaba de fiebre, y la madre se había dormido de cansancio. Entonces, la golondrina entró a la habitación y dejó el enorme rubí encima de la mesa, junto al dedal de la costurera. Después revoloteó dulcemente alrededor del niño enfermo, abanicándole la frente con las alas.

— ¡Qué brisa tan deliciosa! —murmuró el niño—. Debo estar mejor.

Y se quedó dormido deslizándose en un sueño maravilloso.

Entonces la golondrina volvió hasta donde el Príncipe Feliz y le contó lo que había hecho.

— ¡Qué raro! —agregó—, pero ahora casi tengo calor; y sin embargo la verdad es que hace muchísimo frío.

—Es porque has hecho una obra de amor —le explicó el Príncipe.

La golondrina se puso a pensar en esas palabras y pronto se quedó dormida. Siempre que pensaba mucho se quedaba dormida.

Al amanecer voló hacia el río para bañarse.

— ¡Qué fenómeno extraordinario! —exclamó un profesor de ornitología que pasaba por el puente—. ¡Una golondrina en pleno invierno!

Y escribió sobre el asunto una larga carta al periódico de la ciudad. Todo el mundo habló del comentario, tal vez porque contenía muchas palabras que no se entendían.

— Esta noche partiré para Egipto —se decía la golondrina y la idea la hacía sentirse muy contenta.

Luego visitó todos los monumentos públicos de la ciudad y descansó largo rato en el campanario de la iglesia. Los gorriones que la veían pasar comentaban entre ellos: "¡Qué extranjera tan distinguida!". Cosa que a la golondrina la hacía feliz.

Cuando salió la luna volvió donde estaba a la estatua del Príncipe.

— ¿Tienes algunos encargos que dar me para Egipto? —le gritó—. Voy a partir ahora.

— Golondrina, golondrina, pequeña golondrina —dijo el Príncipe—, ¿no te quedarías conmigo una noche más?

— Los míos me están esperando en Egipto —contestó la golondrina—. Mañana, mis amigas van a volar seguramente hasta la segunda catarata del Nilo. Allí, entre las cañas, duerme el hipopótamo, y sobre una gran roca de granito se levanta el Dios Memnón. Durante todas las noches, él mira las estrellas toda la noche, y cuando brilla el lucero de la mañana, lanza un grito de alegría. Después se queda en silencio. Al mediodía, los leones bajan a beber a la orilla del río. Tienen los ojos verdes, y sus rugidos son más fuertes que el ruido de la catarata.

— Golondrina, golondrina, pequeña golondrina —dijo el Príncipe—, allá abajo justo al otro lado de la ciudad, hay un muchacho en una buhardilla. Está inclinado sobre una mesa llena de papeles, y a su derecha, en un vaso, unas violetas están marchitándose. Tiene el pelo largo, castaño y rizado, y sus labios son rojos como granos de granada, y tiene los ojos anchos y soñadores. Está empeñado en terminar de escribir una obra para el director del teatro, pero tiene demasiado frío. No hay fuego en la chimenea y el hambre lo tiene extenuado.

— Bueno, me quedaré otra noche aquí contigo —dijo la golondrina que de verdad tenía buen corazón—.

¿Hay que llevarle otro rubí?

— ¡Ay, no tengo más rubíes! —se lamentó el Príncipe—. Sin embargo aún me quedan mis ojos. Son dos rarísimos zafiros, traídos de la India hace mil años. Sácame uno de ellos y llévaselo. Lo venderá a un joyero, comprará pan y leña y podrá terminar de escribir su obra.

— Pero mi Príncipe querido —dijo la golondrina—, eso yo no lo puedo hacer.

Y se puso a llorar.

— Golondrina, golondrina, pequeña golondrina —le rogó el Príncipe—, por favor, haz lo que te pido. Entonces la golondrina arrancó uno de los ojos del Príncipe y voló hasta la buhardilla del escritor. No era difícil entrar allí, porque había un agujero en el techo y por ahí entró la golondrina como una flecha. El joven tenía la cabeza hundida entre las manos, así que no sintió el rumor de las alas, y cuando al fin levantó los ojos, vio el hermoso zafiro encima de las violetas marchitas.

— ¿Será que el público comienza a reconocerme? —se dijo— Porque esta piedra preciosa ha de habérmela enviado algún rico admirador. ¡Ahora podré acabar mi obra!

Y se le notaba muy contento.

Al día siguiente la golondrina voló hacia el puerto, se posó sobre el mástil de una gran nave y se entretuvo mirando los marineros que izaban con maromas unas enormes cajas de la sentina del barco.

— ¡Me voy a Egipto! —les gritó la golondrina. Pero nadie le hizo caso.

Al salir la luna, la golondrina volvió hacia el Príncipe Feliz.

— Vengo a decirte adiós—le dijo.

— Golondrina, golondrina, pequeña golondrina —le dijo el Príncipe—. ¿No te quedarás conmigo otra noche?

—Ya es pleno invierno —respondió la golondrina—, y muy pronto caerá la nieve helada. En Egipto, en cambio, el sol calienta las palmeras verdes y los cocodrilos, medio hundidos en el fango, miran indolentes alrededor. Por estos días mis compañeras están construyendo sus nidos en el templo de Baalbeck, y las palomas rosadas y blancas las miran mientras se arrullan entre sí. Querido Príncipe, tengo que dejarte, pero nunca te olvidaré. La próxima primavera te traeré de Egipto dos piedras bellísimas para reemplazar las que regalaste. El rubí será más rojo que una rosa roja, y el zafiro será azul como el mar profundo.

— Allí abajo en la plaza —dijo el Príncipe Feliz—, hay una niña que vende fósforos y cerillas. Y se le han caído los fósforos en el barro y se han echado a perder. Su padre le va a pegar si no lleva dinero a su casa y por eso ahora está llorando. No tiene zapatos ni medias, y su cabecita va sin sombrero. Arranca mi otro ojo y llévaselo, así su padre no le pegará.

— Pasaré otra noche contigo —dijo la golondrina—, pero no puedo arrancarte el otro ojo. Te vas a quedar ciego.

— Golondrina, golondrina, pequeña golondrina —le rogó el Príncipe—, haz lo que te pido, te lo suplico.

La golondrina entonces extrajo el otro ojo del Príncipe y se echó a volar. Se posó sobre el hombro de la niña y deslizó la joya en sus manos.

— ¡Qué bonito pedazo de vidrio! —exclamó la niña, y corrió riendo hacia su casa.

Después la golondrina regresó hasta donde estaba el Príncipe.

— Ahora que estás ciego —le dijo—, voy a quedarme a tu lado para siempre.

— No, golondrinita —dijo el pobre Príncipe—. Ahora tienes que irte a Egipto.

— Me quedaré a tu lado para siempre —repitió la golondrina, durmiéndose entre los pies de la estatua.

Al otro día ella se posó en el hombro del Príncipe para contarle las cosas que había visto en los extraños países que visitaba durante sus migraciones.

Le describió los ibis rojos, que se posan en largas filas a orillas del Nilo y pescan peces dorados con sus picos; le habló de la esfinge, que es tan vieja como el mundo, y vive en el desierto, y lo sabe todo; le contó de los mercaderes que caminan lentamente al lado de sus camellos y llevan en sus manos rosarios de ámbar; le contó del Rey de las Montañas de la Luna, que es negro como el ébano y adora un gran cristal; le refirió acerca de la gran serpiente verde que duerme en una palmera y veinte sacerdotes la alimentan con pasteles de miel; y le contó también de los pigmeos que navegan sobre un gran lago en anchas hojas lisas y que siempre están en guerra con las mariposas.

— Querida golondrina —dijo el Príncipe—, me cuentas cosas maravillosas, pero es más maravilloso todavía lo que pueden sufrir los hombres. No hay misterio más grande que la miseria. Vuela sobre mi ciudad, y vuelve a contarme todo lo que veas.

Entonces la golondrina voló sobre la gran ciudad, y vio a los ricos que se regocijaban en sus soberbios palacios, mientras los mendigos se sentaban a sus puertas. Voló por las callejuelas sombrías, y vio los rostros pálidos de los niños que mueren de hambre, mientras miran con indiferencia las calles oscuras. Bajo los arcos de un puente había dos muchachos acurrucados, uno en los brazos del otro para darse calor.

— ¡Qué hambre tenemos! —decían.

— ¡Fuera de ahí! les gritó un guardia, y los muchachos tuvieron que levantarse, y alejarse caminando bajo la lluvia.

Entonces la golondrina volvió donde el Príncipe, y le contó lo que había visto.

— Mi estatua está recubierta de oro fino —le indicó el Príncipe—; sácalo lámina por lámina, y llévaselo a los pobres. Los hombres siempre creen que el oro podrá darles la felicidad.

Así, lámina a lámina, la golondrina fue sacando el oro, hasta que el Príncipe quedó oscuro. Y lámina a lámina fue distribuyendo el oro fino entre los pobres, y los rostros de algunos niños se pusieron sonrosados, y riendo jugaron por las calles de la ciudad.

— ¡Ya, ahora tenemos pan! —gritaban.

Llegó la nieve, y después de la nieve llegó el hielo. Las calles brillaban de escarcha y parecían ríos de plata. Los carámbanos, como puñales, colgaban de las casas. Todo el mundo se cubría con pieles y los niños llevaban gorros rojos y patinaban sobre el río.

La pequeña golondrina tenía cada vez más frío pero no quería abandonar al Príncipe, lo quería demasiado. Vivía de las migajas del panadero, y trataba de abrigarse batiendo sus alitas sin cesar.

Una tarde comprendió que iba a morir, pero aún encontró fuerzas para volar hasta el hombro del Príncipe.

— ¡Adiós, mi querido Príncipe! —le murmuró al oído—. ¿Me dejas que te bese la mano?

— Me alegro que por fin te vayas a Egipto, golondrinita —le dijo el Príncipe—. Has pasado aquí demasiado tiempo. Pero no me beses en la mano, bésame en los labios porque te quiero mucho.

— No es a Egipto donde voy —repuso la golondrina—. Voy a la casa de la muerte. La muerte es hermana del sueño, ¿verdad?

El avecita besó al Príncipe Feliz en los labios y cayó muerta a sus pies. En ese mismo instante se escuchó un crujido ronco en el interior de la estatua, fue un ruido singular como si algo se hubiese hecho trizas. El caso es que el corazón de plomo se había partido en dos. Ciertamente hacía un frío terrible.

A la mañana siguiente, el alcalde se paseaba por la plaza con algunos de los regidores de la ciudad. Al pasar junto a la columna levantó los ojos para admirar la estatua.

— ¡Pero qué es esto! —dijo— ¡El Príncipe Feliz parece ahora un desharrapado!

— ¡Completamente desharrapado! —reiteraron los regidores; y subieron todos a examinarlo.

— El rubí de la espada se le ha caído, los ojos desaparecieron y ya no es dorado —dijo el alcalde—. En una palabra se ha transformado en un verdadero mendigo.

— ¡Un verdadero mendigo! —repitieron los regidores.

— Y hay un pájaro muerto entre sus pies —siguió el alcalde—. Será necesario promulgar un decreto municipal que prohíba a los pájaros venirse a morir aquí.

El secretario municipal tomó nota dejando constancia de la idea.

Entonces mandaron a derribar la estatua del Príncipe Feliz.

— Como ya no es hermoso, no sirve para nada —explicó el profesor de Estética de la Universidad.

Entonces fundieron la estatua, y el Alcalde reunió al Municipio para decidir que harían con el metal.

— Podemos —propuso— hacer otra estatua. La mía, por ejemplo.

— Claro, la mía —dijeron los regidores cada uno a su vez.

Y se pusieron a discutir. La última vez que supe de ellos seguían discutiendo.

— ¡Qué cosa más rara! —dijo el encargado de la fundición—. Este corazón de plomo no quiere fundirse; habrá que tirarlo a la basura.

Y lo tiraron al basurero donde también yacía el cuerpo de la golondrina muerta.

— Tráeme las dos cosas más hermosas que encuentres en esa ciudad —dijo Dios a uno de sus ángeles.

Y el ángel le llevó el corazón de plomo y el pájaro muerto.

— Has elegido bien —sonrió Dios—. Porque en mi jardín del Paraíso esta avecilla cantará eternamente, y el Príncipe Feliz me alabará para siempre en mi Aurea Ciudad.

## Concurso de belleza

(Ana María Álvarez)

Cuenta una antigua leyenda, que una vez, se presentaron todas las flores a un importante certamen de belleza, que se realizaba al lado de un lago, llamado Lucero, el cual se hallaba en el centro del corazón del bosque.

A la hora señalada, fueron algunas, las primeras en llegar:

- Una rosa roja púrpura
- Un gladiolo violeta muy bien presentado
- Un hermoso clavel amarillo
- Un gran pensamiento tricolor
- Un fragante jazmín blanco y
- Una preciosa margarita blanca con su centro amarillo.

Como a la media hora de la cita prevista, ya estaban todas las flores expectantes, mirándose unas a otras, tratando cada una de sobresalir por sus cualidades que saltaban a la vista.

Tenían sobrados motivos para sentirse hermosas, lástima que tanta belleza se opacara por lo vanidosas que eran.

Solamente, una violeta, aguardaba humildemente en un rincón.

Una tenía que ser la reina y dos, las princesas.

Así, se presentaron como el gran Jurado: un mono ciego, una lombriz y una lechuza.

\_ ¡Qué jurado de pacotilla!\_ se sorprendió la rosa.

\_ Tienes razón, no está a nuestra altura\_ respondió el clavel.

\_ Esto es ridículo\_ exclamó confundido el gladiolo. Cómo darán un veredicto justo, si el mono ciego, no ve. No va a poder admirar nuestra belleza.

\_ Es cierto- agregó la margarita. Además, esa insignificante lombriz, no podrá apreciar nuestros colores y mucho menos, nuestro aroma.

Claro que todos esos comentarios, no habían pasado desapercibidos por la sigilosa observación de la señora lechuza, que no había perdido palabra alguna. Y guardó sus opiniones en su corazón, para sacarlos a la luz, en el momento oportuno.

Una a una, desfilaron todas las flores, frente a la lechuza. Pero...

\_ ¿Y usted, señora lechuza, qué va a apreciar de nosotras?\_ comentó el jazmín.

La lechuza, sabia por naturaleza, quien había estado atenta a las anteriores expresiones, les contestó:

\_ Yo soy la encargada de valorar la belleza interior. La humildad, el respeto por el otro, y comprobar que los dones de cada una los hayan puesto al servicio, sin menospreciar a nadie.

Por lo tanto, para éste certamen, queda el premio para la violeta, por ser humilde, bella, pequeña, perfumada, sencilla, callada, respetuosa.

\_ Y, ¿cuál es el premio?\_ preguntó el pensamiento.

\_ Bañarse en las aguas del lago\_ dijo la lechuza.

Todas las flores, menos la violeta, empezaron a reír por dicho trofeo.

La violeta, que además era agradecida, se internó en el lago.

En ese momento, la Luna la iluminó de una manera especial y cientos de gotitas de agua, le regalaban su brillo. Fue envuelta en una luz fluorescente y se elevó al cielo transformada en una estrella.

Pero no cualquier estrella. Se convirtió en el Lucero tomando el nombre del lago.

¿Será ésta la historia del Lucero, la estrella más grande que se ve en el cielo, durante el alba, es decir durante el momento en que amanece?

No creo, este es un cuento.

Pero lo cierto del cuento, es cómo sigue.

Las demás flores, que habían sido testigos de este hecho, aprendieron la lección: cuando todas las flores veían brillar el Lucero en el cielo, a la vez que ellas, iban perdiendo perfume, color y juventud, cayéndoseles sus pétalos, esperaban tener otra nueva oportunidad, en la nueva semilla que se anunciaba.

## Historia en el circo

(María Inés Casala y Juan Carlos Pisano)

Hace algunos años, cuando todavía no había televisión \_ aunque ustedes no lo crean, hubo un tiempo en que no había televisión, y la gente sobrevivía igual\_, lo mejor que le podía pasar a los chicos era que un circo llegara a la ciudad o al pueblo donde habitaban. Se armaba un gran revuelo, y la gente salía a la calle para ver la caravana de carretas con los acróbatas, los malabaristas y los animales. Miles de colores llenaban las calles, y se escuchaba mucha música y carcajadas.

Sin embargo, los circos, en general, tienen una vida que no se puede descubrir a través de lo que ocurre en el escenario. Los que trabajan en la compañía comparten muchas horas juntos, y, como suele ocurrir en las familias, aunque se quieren mucho, las peleas surgen bastante a menudo.

En uno de esos circos que iban por los pueblos, había un payaso, llamado Fermín, que había sido abandonado por sus padres y lo habían cuidado desde que era muy chico.

Fermín, en esa suerte de familia inmensa, aprendió a hacer reír, y a practicar algunas acrobacias y malabares. También se ocupaba de los animales, del armado de las carpas y de los materiales que se iban a utilizar.

Desde que se levantaba, antes de que saliera el sol, hasta que se acostaba el último del elenco, dedicaba todo su esfuerzo para que las cosas salieran lo mejor posible.

Fermín no era el payaso más importante del grupo. Recibía las bromas y alguna que otra torta en la cara. Su nombre no aparecía ni siquiera en la presentación, porque su número se anunciaba como "Tito y sus payasos".

Cierta vez, al llegar a una gran ciudad, se enteraron de que ya había otro circo instalado en una de las plazas y, aunque era una localidad con muchos habitantes y podían ofrecer su espectáculo dos y hasta tres circos al mismo tiempo, resultó que ambos tenían exactamente el mismo nombre.

Como el otro circo había llegado primero y era más grande, el que tuvo que cambiar el nombre fue el circo de Fermín.

Para solucionar este problema, se reunieron en el carromato principal. Debían encontrar, rápidamente, un nuevo nombre para el circo.

Al rato, se armó una gran discusión, porque cada uno había hecho una propuesta, y nadie quería ceder. Cada vez discutían en forma más violenta, hasta que entró Fermín con un carrito sobre el que traía unos vasos, bebidas y empanaditas recién hechas.

\_ Les prepararé algo. Como estaban tardando un poco, pensé que iban a tener ganas de tomar algo. ¿Qué les pasa? ¿No se ponen de acuerdo? ¿Por qué no hacen una votación?\_ dijo mientras servía las empanaditas.

Se hizo un gran silencio, y todos lo miraron. El mago tomó un sombrero, escribió un papelito, lo metió adentro y comenzó a pasarlo.

Después se acercó a Fermín y le ayudó a servir la bebida. El sombrero fue pasando de mano en mano, y, una vez que todos hubieron votado, el presentador tomó el sombrero y fue sacando los votos uno por uno. A medida que los leía, los colocaba en una pila para hacer el recuento. Curiosamente, todos los papelitos tenían que ser colocados en el mismo montoncito. Cuando terminó el recuento, en medio de una gran expectativa anunció: \_ Bienvenidos al circo del fabuloso Fermín\_ y el aplauso fue el más grande que se escuchó en el circo, en las últimas temporadas.

Algunas preguntas para hacer con los horneros luego de leer el cuento:

¿Por qué los integrantes del elenco habrán elegido el nombre de Fermín para rebautizar al circo?

¿Cómo cumplía Fermín su trabajo? ¿Qué era lo que lo caracterizaba? ¿Qué valores transmitía Fermín con su tarea?

## El león con su ejército

En cierta ocasión el león, rey de la selva, preocupado porque cada vez había más cazadores que perseguían a las fieras, quiso hacer un ejército.

Pero se dio cuenta que él no solo no podía hacerlo. Y como necesitaba a más animales, se fue a la selva a buscarlos. Paseando se encontró con el elefante.

- Buenos días, rey de la selva –le saludo el enorme animal resoplando con su trompa.

- Buenos días, elefante, ¿quieres formar parte de mi ejército? –le preguntó el león.

- Por supuesto, majestad –le contestó el elefante.

- Mira, tú serás nuestra mayor defensa. Como eres muy fuerte cargarás con todas las cosas que nos hagan falta –decidió el león muy entusiasmado.

Caminando, los dos se encontraron con un gran lobo.

- Buenos días tengas, feroz lobo –le contestó el león–. Estoy reuniendo un valiente ejército. Tu podrías ser un soldado muy veloz. ¿Deseas venir?.

- Desde luego, majestad.

Los tres continuaron hasta que encontraron un mono que, con grandes chillidos, saltaba de árbol en árbol.

- Majestad, ese sería bueno para distraer a nuestros enemigos –dijo el lobo.

- Tienes razón –le dijo el león llamando al mono.

- Os saludo, majestad –le dijo el mono mientras seguía dando saltos.

- Ando buscando soldados que quieran formar parte de mi ejército. ¿Quieres ser uno de ellos? –le dijo el león.

- Con mucho gusto, Señor –contesto el mono, contento.

Encontraron luego una liebre y más tarde un asno tan flaco que apenas podía andar.

- Estos no pueden ser buenos soldados para un ejército –se rió el mono.

- ¿Por qué dices eso? –le preguntó el león.

- Mira, la liebre es muy cobarde. Se esconde cuando ve a alguien. Y el asno es muy lento. Apenas si puede caminar –contesto el mono.

- Pues yo creo que todo el mundo sirve para algo –dijo el león.

Y pidió a la liebre que, por correr tanto, llevara mensajes de un sitio a otro. Al asno le pidió que con su rebuzno, como trompeta, avisara en caso de peligro.

De este modo, dispuestos a ayudarse entre ellos, todos se unieron contentos de formar parte del ejército de su majestad el león.

## El niño súper campeón

Había una vez un niño al que lo que más le gustaba en el mundo era ganar. Le gustaba ganar a lo que fuera: al fútbol, a los cromos, a la consola... a todo. Y como no soportaba perder, se había convertido en un experto con todo tipo de trampas. Así, era capaz de hacer trampas prácticamente en cualquier cosa que jugase sin que se notara, e incluso en los juegos de la consola y jugando solo, se sabía todo tipo de trucos para ganar con total seguridad.

Así que ganaba a tantas cosas que todos lo consideraban un campeón. Eso sí, casi nadie quería jugar con él por la gran diferencia que les sacaba, excepto un pobre niño un poco más pequeño que él, con el que disfrutaba a lo grande dejándole siempre en ridículo.

Pero llegó un momento en que el niño se aburría, y necesitaba más, así que decidió apuntarse al campeonato nacional de juegos de consola, donde encontraría rivales de su talla. Y allí fue, dispuesto a demostrar a todos sus habilidades, pero cuando quiso empezar a utilizar todos esos trucos que sabía de mil juegos, resultó que ninguno de ellos funcionaba. ¡Los jueces habían impedido cualquier tipo de trampa!

Entonces sintió una vergüenza enorme: él era bueno jugando, pero sin sus trucos, fue incapaz de ganar a ninguno de los concursantes. Allí se quedó una vez eliminado, triste y pensativo, hasta que todo terminó y oyó el nombre del campeón: ¡era el niño pequeño a quien siempre ganaba!

Entonces se dio cuenta de que aquel niño había sido mucho más listo: nunca le había importado perder y que le diera grandes palizas, porque lo que realmente hacía era aprender de cada una de aquellas derrotas, y a base de tanto aprender, se había convertido en un verdadero maestro.

A partir de entonces, aquel niño dejó de querer ganar siempre, y pensó que ya no le importaría perder algunas veces para poder aprender y así ganar sólo en los momentos verdaderamente importantes.

## La Araña y el Gusano de seda

(Adaptación de una fábula de Iriarte)

En las ramas de un árbol frondoso se encontraron cierta vez una araña y un gusano de seda. Habían elegido sitios muy vecinos para vivir, así que cada uno podría ver de cerca cómo el otro construía su morada. Pacientemente, el gusano comenzó a fabricar su capullo, obra muy delicada que le exigió mucho esfuerzo y tiempo. La araña, con igual esfuerzo, tardó mucho menos que el gusano. Subía y bajaba por los hilos de su telaraña tejiendo y destejiendo para darle belleza y solidez a su casa. Cuando hubo terminado le preguntó al gusano: -¿Te gusta mi tela? ¡La empecé a la mañana y la terminé al mediodía!- y como distraída, agregó: -Veo que tú no has terminado-. El gusano, un poco ofendido, se dirigió a su vecina en estos términos: -Has hecho un trabajo formidable con tu tela. Es una casa maravillosa. ¡Pero el tiempo que tardaste en hacerla no tiene nada que ver en eso! ¡No juzgo tu trabajo por la velocidad con que lo hiciste sino por la belleza y firmeza que has logrado!-. Pasado un tiempo de esta charla "amistosa" el gusano terminó su capullo. Su vecina fue la primera en felicitarlo calurosamente, sin decirle que había tardado esto o aquello. Sabía medir el valor de una obra por su calidad... ¡no por el tiempo empleado en terminarla!

*¿A vos que te parece?*

¿Qué construían el gusano y la araña? ¿Cómo hacía su trabajo cada uno? ¿De qué estaba orgullosa la araña? ¿Qué le dijo el gusano? ¿Qué cambio notas en la forma de pensar de la araña? ¿Por qué no le dijo nada al gusano acerca del tiempo que había tardado? ¿Cómo medís vos el valor de una obra?

## **El labrador y el Árbol**

Un labrador era dueño de un campo muy fértil, Estaba muy orgulloso de sus tierras y las había sembrado de una punta a la otra con girasol, soja, trigo, y otras plantas que veía crecer lleno de admiración. Sin embargo, no todo era espigas y flores en el campo del labrador. No señor: justo en medio del terreno, a unos metros del cultivo de girasoles, se erguía muy orondo un árbol seco y viejo que ya no daba frutos desde hacía mucho tiempo. Después de pensarlo largo rato, el labrador decidió deshacerse de aquel árbol marchito que no hacía más que ocupar espacio inútilmente y estropear el hermoso espectáculo que ofrecían sus cultivos. Hacha en mano se acercó resuelto a derribar el “horrible mamotreto”, como lo había bautizado. Pero no bien levantó su hacha para asestar un golpe, una bandada de gorriones que anidaba en las ramas puso el “trino” en el cielo. Uno de los pajaritos se acercó al labrador y le dijo: -¡Por favor, no lo derribes! ¡Aquí vivimos y cantamos muy felices! ¡Este árbol es nuestro hogar! Las cigarras, las hormigas y las lombrices que también vivían en el árbol se sumaron a las súplicas de los gorriones. Pero el labrador desoyó todos los ruegos. Creyendo que aquel árbol era tan inútil como feo se dispuso a destruirlo. Al primer hachazo siguió otro y al segundo un tercero tan fuerte que temblaron todos los cultivos. Cuando el labrador se disponía a descargar el cuarto hachazo, un líquido viscoso brotó del tronco lastimado... -¡Miel!-, gritó el labrador, y era cierto. En el hueco del tronco se había formado una colmena. Las abejas habían fabricado tanta miel en sus panales que el líquido se derramó durante un rato largo antes de que el labrador pudiese traer un recipiente para almacenarlo. Desde ese día, el hombre cuidó el árbol seco y vetusto como si fuera una mina de oro, o en otras palabras, una fuente de miel duradera y constante. De ese modo, lo que no habían podido los gorriones con sus ruegos lo consiguieron las abejas con la miel de su colmena.

*A vos, ¿qué te parece?*

¿Por qué el labrador quería derribar el árbol? ¿Qué le dijeron los gorriones y los otros bichitos? ¿Por qué quería derribarlo de todas maneras? ¿Qué descubrió entonces? ¿Por qué no lo derribó cuando descubrió la miel? ¿Qué opinas de las personas que sólo hacen lo que les trae beneficio a ellas y se olvidan de los demás?

## **Un gran secreto**

Un grupo de amigos organizaron una fiesta de fin de año para una empresa. Tenían que ambientar el lugar, buscar músicos para la fiesta, comprar, preparar y servir la comida. Era un gran desafío porque era una de las primeras veces que hacían algo así y, la empresa que los había contratado, era especialista en organizar eventos. Sin embargo todo salió perfecto.

La comida estuvo riquísima, la atención fue perfecta y los que participaron de la fiesta quedaron encanados y comentando que nunca habían disfrutado de un evento tan bien organizado.

Varios días después el gerente de la gran empresa llamó por teléfono para decirles a los organizadores que había sido una experiencia extraordinaria y que tenía que encargarles la realización de otra fiesta, con ellos. Lo más llamativo es que la empresa en cuestión era especialista en preparación de eventos, pero no habían podido descubrir cuál había sido el secreto del éxito de la reunión. Sin embargo el grupo de amigos que trabajó para ofrecer la fiesta sí sabía porque salió todo tan bien.

Es cierto que tenían poca experiencia, pero se dedicaban de lleno a hacerlo y les gustaba de alma lo que hacían.

Pero el verdadero secreto que les permitió brindar una excelente atención y crea un clima fantástico era la unidad y el cariño que se tenían entre los que habían trabajado.

Cada uno además de preocuparse por su tarea, estaba atento a lo que podían necesitar sus compañeros, se fijaban si faltaba algo y tenían puesta la atención en que cada cosa saliera bien. Si alguien se equivocaba había alguien que salía en su ayuda para que no se advirtiera su error.

El secreto era el amor y la unidad que había entre los que trabajaban.

Para pensar y conversar acerca del cuento:

¿Tuviste alguna vez una experiencia similar?

¿Cuál es el resultado cuando se hace algún trabajo o proyecto con gente que queremos y cuando nos toca hacerlo con gente que nos llevamos mal?

¿Qué pasos podemos dar para crecer en unidad para los que nos rodean?

### Motivos para amar

Ada tenía un gran complejo porque tenía algunos kilos de más. Muchas veces, desde que iba a la escuela, se habían burlado de ella y la habían dejado de lado por su aspecto. También su nariz era un poco grande y sus amigas se lo habían ahecho notar en reiteradas oportunidades. Le preguntaban constantemente porque no trataba de adelgazar un poco y le decían que podía aprovechar para operarse la nariz ya que, además de ser grande, estaba torcida. Sin embargo, Ada, por más que se lo propusiera, no conseguía hacer una buena dieta por más de un día. Y de la operación, ni hablar; aunque sus padres estuvieran de acuerdo ella tenía terror a entrar en un quirófano.

Sin embargo, Ada se equivocó. Cierta vez, mientras tomaba unas fotografías en una exposición de esculturas en un museo, se le acercó un hombre joven y se pudo a conversar con ella. Ada era fotógrafa profesional y sabía mucho de arte. Le gustaba hablar de esos temas y la conversación se extendió durante bastante tiempo, el joven la invitó a tomar algo, le pidió el teléfono y la invitó a salir.

El joven era el artista que estaba exponiendo y se enamoró de Ada. Al poco tiempo, el escultor tuvo que hacer un viaje que lo tuvo más de dos meses en el exterior.

Cuando regresó Ada se había operado la nariz y había adelgazado varios kilos. Parecía otra persona y su novio no la reconoció en el aeropuerto. Ada lo llamó y él se dio vuelta y se quedó mirando sin poder decir ni una palabra “¿no te gustó?”, le preguntó ella. Él la abrazó y le dijo que estaba muy linda, pero que él la quería a pesar de sus defectos, él la quería porque era así. No necesitaba para parecerle linda, que se operara o adelgazara. Además le gustaba que disfrutara la comida junto a él. Ada sintió un gran alivio y una gran felicidad de ser como era.

Para pensar y conversar acerca del cuento:

¿Nos preocupa nuestro aspecto exterior?

¿Dejamos de lado a alguien por su físico?

¿Buscamos que nos quieran por la apariencia o por lo que somos?

### De gatos y de ratas...

Marisol está en 4º grado. Desde muy pequeña, incluso antes de comenzar la escuela, se había preocupado por ser mejor, o al menos por parecer mejor.

No soportaba que la retaran, porque ella decía que si hacía algo era porque estaba muy segura de estar haciendo bien. También se ponía de pésimo humor si no la felicitaban o no reconocían cuando así algo bueno. Su mamá ya había hablado mucho con ella pero parecía que Marisol no entendía que debía comportarse de otra forma.

Entonces, una tarde, decidió contarle esta historia “cuando yo era niña, vivíamos en una casa cerca de las vías del tren, con un gran jardín. En una casa muy linda, pero había muchas ratas. Sí, muchas ratas que corrían por la pared que separaba la casa de las vías. La forma de solucionar ese problema fue conseguir dos gatitos que las corrían y las echaban. Lñas ratas, al sentir el olor de los gatos, dejaron de acercarse al jardín. Sin embargo, de vez en cuando, alguna más valiente así el intento de cruzar a la cocina.

Si eso ocurría, uno de los gatitos la corría para provocar que trepan por la pared y se perdieran de vista en los terrenos del ferrocarril. Pero el otro, que era más flaquito y más ágil muchas veces conseguía atraparlas. Cierta tarde, mientras estaba haciendo la tarea y mi mamá me estaba ayudando, entró el gato con una rata muerta en la boca y la puso a los pies de mamá. Mi mamá le hizo una caricia y le dio una golosina. El gatito se fue al patio dejando a su víctima en el suelo de la cocina”.

Mamá, ese gato era un asqueroso. ¿Para qué le llevó la rata a tu mamá? Tampoco entiendo porque lo permitió. Era su deber cazar las ratas, para eso lo tenían.

Un gato no puede entender esto que vos decís. Simplemente, a él le gustaba que lo felicitáramos y que lo premiáramos, por eso ponía su trofeo a nuestros pies.

Para que me contás esa historia – preguntó rápidamente Marisol. Pero, antes de que su mamá le contestara, comprendió solita lo que había querido decir, relatándole esta historia.

Para pensar y conversar acerca del cuento:

¿Qué fue lo que comprendió Marisol?

¿Qué motivos tenemos para hacer las cosas?

¿Sólo las hacemos para que otros nos vean y nos feliciten?

### Lucha sin desfallecer

(extraído de "Cuentos rodados" de M. Menapace. Editorial Patria Grande)

Pasado algún tiempo, nuestra Ranita salió con una amiga a recorrer la ciudad, aprovechando los charcos que dejara una gran lluvia. Ustedes saben que las ranitas sienten una especial alegría luego de los grandes chaparrones, y que esta alegría las induce a salir de sus refugios para recorrer mundo.

Su paseo las llevó más allá de las quintas. Al pasar frente a una chacra de las afueras, se encontraron con un gran edificio que tenía las puertas abiertas. Y llenas de curiosidad se animaron mutuamente a entrar. Era una quesería. En el centro de la gran sala había una enorme tina de leche. Desde el suelo hasta su borde, un tablón permitió a ambas ranitas, trepar hasta la gran ola, en su afán de ver cómo era la leche.

Pero calculando mal el último saltito, se fueron las dos de cabeza dentro de la tina, zambulléndose en la leche. Lamentablemente pasó lo que suele pasar siempre: caer fue una cosa fácil; salir, era el problema. Porque desde la superficie de la leche hasta el borde del recipiente, había como dos cuartas de diferencia, y aquí era imposible ponerse en vertical. El líquido no ofrecía apoyo, ni para erguirse ni para saltar.

Comenzó el pataleo. Pero luego de un rato la amiga se dio por vencida. Constató que todos los esfuerzos eran inútiles, y se tiró al fondo. Lo último que se le escuchó fue: "Glu-glu-glú", que es lo que suelen decir todos los que se dan por vencidos.

Nuestra Ranita en cambio no se rindió. Se dijo que mientras viviera seguiría pataleando. Y pataleó, pataleó y pataleó. Tanta energía y constancia puso en su esfuerzo, que finalmente logró solidificar la nata que había en la leche, y parándose sobre el pan de manteca, hizo pie y salto para afuera.

### La tortuga y la liebre

En el mundo de los animales vivía una liebre muy orgullosa, porque ante todos decía que era la más veloz. Por eso, constantemente se reía de la lenta tortuga.

-¡Miren la tortuga! ¡Eh, tortuga, no corras tanto que te vas a cansar de ir tan de prisa! -decía la liebre riéndose de la tortuga.

Un día, conversando entre ellas, a la tortuga se le ocurrió de pronto hacerle una rara apuesta a la liebre.

-Estoy segura de poder ganarte una carrera -le dijo.

-¿A mí? -preguntó, asombrada, la liebre.

-Pues sí, a ti. Pongamos nuestra apuesta en aquella piedra y veamos quién gana la carrera.

La liebre, muy divertida, aceptó.

Todos los animales se reunieron para presenciar la carrera. Se señaló cuál iba a ser el camino y la llegada. Una vez estuvo listo, comenzó la carrera entre grandes aplausos.

Confiada en su ligereza, la liebre dejó partir a la tortuga y se quedó remoloneando. ¡Vaya si le sobraba el tiempo para ganarle a tan lerda criatura!

Luego, empezó a correr, corría veloz como el viento mientras la tortuga iba despacio, pero, eso sí, sin parar. Enseguida, la liebre se adelantó muchísimo. Se detuvo al lado del camino y se sentó a descansar.

Cuando la tortuga pasó por su lado, la liebre aprovechó para burlarse de ella una vez más. Le dejó ventaja y nuevamente emprendió su veloz marcha.

Varias veces repitió lo mismo, pero, a pesar de sus risas, la tortuga siguió caminando sin detenerse.

Confiada en su velocidad, la liebre se tumbó bajo un árbol y ahí se quedó dormida.

Mientras tanto, pasito a pasito, y tan ligero como pudo, la tortuga siguió su camino hasta llegar a la meta.

Cuando la liebre se despertó, corrió con todas sus fuerzas pero ya era demasiado tarde, la tortuga había ganado la carrera.

Aquel día fue muy triste para la liebre y aprendió una lección que no olvidaría jamás: No hay que burlarse jamás de los demás. También de esto debemos aprender que la pereza y el exceso de confianza pueden hacernos no alcanzar nuestros objetivos.

### El León y el ratón agradecido

El león, el rey de los animales, salió una tarde a dar su paseo habitual por el bosque. Caminó entre los árboles, saludó al tigre y persiguió a algunos ciervos porque ése era su deber como león, rey de los animales. Cuando terminó su recorrido se acostó en la hierba para descansar un rato y, cansado como estaba, se quedó dormido. Un ratón inquieto que andaba por ahí con muchas ganas de jugar, se trepó "a caballito" del león dormido. Aferrado a su melena comenzó a dar suaves golpecitos en el lomo de la fiera, como si estuviera galopando. Pero el juego duró poco... -¡Quién anda ahí! -rugió de pronto el león- ¡Quién osa a despertarme haciéndome cosquillas! ¡Pagarás cara ti insolencia! -y le mostró al ratón sus colmillos temibles y sus garras afiladas. -¡No me mates! -Gritó el ratón- ¡Si me dejás libre, quizás un día pueda devolverte el enorme favor de alguna manera!- El león sonrió pensando que el pequeño ratón jamás podría ayudarlo en nada. Pero tenía tanto sueño que lo dejó partir sin hacerle un rasguño. Por suerte para el ratón, el rey se dio media vuelta y siguió durmiendo como si nada hubiera pasado. Entonces llegaron tres

cazadores. Los hombres aprovecharon el sueño del león para atarlo a un árbol con cuerda muy gruesa. “¡Lo atraparon!, pensó el ratón, que observaba la escena parado en una piedra. ¡Ésta es la mía!”, y con sus dientes pequeños pero fuertes comenzó a roer la cuerda hasta que pudo cortarla. -¿Quién lo hubiera dicho? –Exclamó el león-, ¡Me has librado de mi trampa! Sos chiquito e inofensivo y, sin embargo, ¡pudiste devolverme el gran favor que te hice!

## Fraternidad

Nunca me llevé bien con mi hermano mayor. Quizá por eso me animo a mandar una colaboración para “Mi infancia en el recuerdo”. Muchas veces es más fácil escribir que decir las cosas que a uno le rebalsan del corazón.

“Los chicos compiten por el afecto”, solía decir mi tía, la psicóloga. “La nena está celosa”, observaba mi abuelo. “Parecen perro y gato”, aseguraba mi madre. Lo cierto es que por los celos, competencia o hermandad las peleas con mi hermano mayor eran una constante en la convivencia diaria. Creo que nos dábamos más piñas que besos y más patadas que abrazos. Menos mal que los domingos íbamos a misa y en el “saludo de la paz” nos reconciliábamos para retomar, el lunes, nuestras peleas.

Quizá por tantas riñas yo creía, convencida, que mi hermano no me quería ni siquiera un poquito, es decir, nada. Pero un hecho me demostró que yo estaba absolutamente equivocada.

Se acercaba la fecha de mi cumpleaños número 12 y yo suspiraba por una máquina de fotos. Mis padres ya me habían advertido que fuera eligiendo otro regalo porque ése no podía comprármelo.

En enero de ese año, mi hermano trabajó arreglando los jardines de las casas vecinas. A la mañana partía con el zapín, la cortadora de césped, el rastrillo... Por la tarde volvía con las manos sucias de tierra, agotado... Estaba tan cansada que ni siquiera tenía fuerzas para pelear conmigo. Yo pensaba en qué gastaría mi hermano la plata que tanto esfuerzo le estaba costando ganar, ¿se compraría su anhelado radiograbador? No lo sabía...

El día de mi cumpleaños mis padres me regalaron lo que yo sabía: ropa, que era lo que necesitaba y besos, que nunca me faltaban. Mi madrina, como siempre, acrecentó mi colección de libros. Mi hermano me entregó una caja y me dijo: “Tomá. ¡Feliz cumpleaños!” La abrí, intrigada, expectante. ¡Allí estaba mi anhelada cámara de fotos! Un mes de trabajo con zapín y rastrillo había conseguido el “milagro”. Mi hermano no lo dijo, pero yo supe, de una vez y para siempre, que me quería.

Pasaron 20 años de ese cumple. Ahora tengo una máquina de fotos moderna (como dice mi hija “llena de botonitos”). Pero aún conservo aquella de mis doce años, porque, aunque sé que las máquinas no hablan, a mí ésta parece gritarme: “Te quiero”.

## SHAUN-MOR - El embustero

(Cuento popular celta)

En la lejana isla de Sark vivía un hombre llamado Shaun-mor quien, para decirlo de un modo sencillo, era el mayor fanfarrón y mentiroso de toda la isla y sus alrededores.

Mentía tan bien que los habitantes, incluida su propia esposa, creían que los embustes que contaba eran la más pura verdad. Y si alguno dudaba, se lo callaba.

¿Quién podía atreverse a llamar mentiroso a aquel que había derrotado a los monstruos más horripilantes, los bandoleros más feroces duendes de la región-según sus propias palabras- temían y respetaban por demás, y no solo le hacían toda clase de regalos sino que también le pedían consejos cuando se hallaban en problemas. Tanta era su sabiduría, tanto era su poder.

Por esta causa nadie quería tenerlo de enemigo y todos se desvivían por complacerlo a él, que vivía de la nada. Porque, además de farsante y fanfarrón, Shaun-Mor era un holgazán sin remedio, que no trabajaba y vivía de los otros. Pero un día los duendes de la región se cansaron de sus inventos y decidieron darle un escarmiento.

Se hallaba Shaun-Mor vagando por los alrededores y pensando que nuevo cuento podría fabular cuando, de la nada, se le atravesó un río.

-¡Caramba!-se sorprendió-. ¿Cómo haré para cruzarlo?

-si te me subes a la espalda, yo te llevare-le respondió un águila que pasaba.

Shaun-Mor. Creyendo que el ave deseaba ayudarlo porque sabía de su buena fama, monto sin dudarlo.

Pero. En lugar de pasar al otro lado del río, el ave voló y voló y lo dejó en la Luna.

-pero... ¿Qué haces? ¡Bájame de aquí! –exclamo asustado.

-no creo que alguien como tú, que ha hecho tan grandes proezas, sea incapaz de volver solo-dijo el ave y, sin decir más, se alejó rápidamente.

Tembloroso, Shaun-Mor se sentó a pensar de qué modo podría regresar a la tierra. Pero, de inmediato, una roca se movió de su lugar y una horrible bruja desdentada asomó la cabeza y le pregunto malhumorada:

-¿y tu que haces aquí?

-quiero...quiero regresar a casa... ¿podrías ayudarme, hermosa dama?-balbuceo.

-¿hermosa dama me has llamado?-la bruja emergió un salto con su escoba-.¿acaso te burlas de mí?¿fuera de aquí!

Y lo corrió a escobazos hasta que Shaun-Mor llegó al borde de la luna y la bruja, de un último golpe, lo echó al abismo. Quiso la suerte que, justo en ese momento pasara volando un dragón que detuvo su caída.

-¿eh... de donde saliste tu?-pregunto la bestia echando humo por las narices.

-me... llamo Shaun-Mor y vivo en la isla de Sark.

¿Podrías llevarme a mi casa?-pidió, aferrándose fuertemente al cuello del monstruo.

-¡¿Shaun-Mor, has dicho?! ¡Tú eres el que ha matado a muchos de mis hermanos! – exclamo el dragón con gran enojo.

-¡no! ¡Eso es mentira! ¡Lo invente yo! ¡Te lo juro!

Pero el dragón no le creyó y, furioso, corcoveo hasta que se lo quito de encima. Nuevamente cayó Shaun-Mor, y nuevamente pensó que la suerte lo acompañaba cuando se precipito sobre una gran red tendida entre los árboles.

Mas, cuando quiso bajarse, se encontró rodeado por otros duendes de la isla y de las islas vecinas, quienes rápidamente lo amarraron con fuertes sogas.

-¿ustedes... ustedes no me harán daño, verdad?- pregunto, muy temeroso.

-no, claro que no – respondió irónico uno de los duendes-¿no dices siempre que nosotros somos tus amigos?

-¿y qué te servimos y respetamos como si fueras nuestro amo?- agrego un segundo.

-¿y qué te hacemos regalos y toda clase de favores?- se burlo un tercero.

-quiero...quiero volver a mi casa-balbuceo Shaun-Mor.

-¡ah, ese favor si te lo podemos hacer!- anuncio un cuarto.

Y, de inmediato, lo colocaron en una catapulta y lo lanzaron por los aires. Gritando voló una gran distancia, gritando aterrizo en su jardín y gritando entro en su casa a contarle todo a su mujer quien, cuando Shaun-Mor concluyo, le pregunto muy enojada.

-¿y tu esperas que me trague ese cuento?

Por primera vez en su vida, Shaun-Mor no mentía. Y, por primera vez en su vida, ni su esposa ni el resto de los habitantes le creyeron. Poco después, cansado de las burlas de todos y hambriento porque ya nadie le daba nada, se marchó a los bosques para rogarles a los duendes que dijeran la verdad. Nunca más volvió a la aldea y se cuenta que aun esta allá, con los duendes, que lo tienen trabajando de sol a sol, justo el, que no había hecho otra cosa en su vida más que inventar asombrosas mentiras que todos creían.

Para reflexionar:

A Shaun-Mor no le gustaba trabajar para vivir.

¿Por qué habría de querer ganarse a vida honestamente si mucho más fácil le resultaba aprovecharse de la buena voluntad de quienes lo rodeaban, mediante engaños y mentiras? Sin embargo cayo, finalmente, preso de sus propias falsedades.

Hay, en nuestro mundo, quienes eligen vivir del mismo modo que Shaun-Mor pues solo ansían obtener beneficios con rapidez, sin importarles las consecuencias de sus actos. Pero, afortunadamente, hay muchos o pocos, antes de que de lo ajeno. Este es un camino en apariencia más difícil pero que, a la larga, ofrece mayores recompensas.

## El nuevo traje del Emperador

Hace muchos años había un Emperador tan aficionado a los trajes nuevos, que gastaba todas sus rentas en vestir con la máxima elegancia. No se interesaba por sus soldados ni por el teatro, ni le gustaba salir de paseo por el campo, a menos que fuera para lucir sus trajes nuevos. Tenía un vestido distinto para cada hora del día, y de la misma manera que se dice de un rey: "Está en el Consejo", de nuestro hombre se decía: "El Emperador está en el vestuario".

La ciudad en que vivía el Emperador era muy alegre y bulliciosa. Todos los días llegaban a ella muchísimos extranjeros, y una vez se presentaron dos truhanes que se hacían pasar por tejedores, asegurando que sabían tejer las más maravillosas telas. No solamente los colores y los dibujos eran hermosísimos, sino que las prendas con ellas confeccionadas poseían la milagrosa virtud de ser invisibles a toda persona que no fuera apta para su cargo o que fuera irremediablemente estúpida.

-¡Deben ser vestidos magníficos! -pensó el Emperador-. Si los tuviese, podría averiguar qué funcionarios del reino son ineptos para el cargo que ocupan. Podría distinguir entre los inteligentes y los tontos. Nada, que se pongan enseguida a tejer la tela-. Y mandó abonar a los dos pícaros un buen adelanto en metálico, para que pusieran manos a la obra cuanto antes.

Ellos montaron un telar y simularon que trabajaban; pero no tenían nada en la máquina. A pesar de ello, se hicieron suministrar las sedas más finas y el oro de mejor calidad, que se embolsaron bonitamente, mientras seguían haciendo como que trabajaban en los telares vacíos hasta muy entrada la noche.

«Me gustaría saber si avanzan con la tela»-, pensó el Emperador. Pero había una cuestión que lo tenía un tanto cohibido, a saber, que un hombre que fuera estúpido o inepto para su cargo no podría ver lo que estaban tejiendo. No es que temiera por sí mismo; sobre este punto estaba tranquilo; pero, por si acaso, prefería enviar primero a otro, para cerciorarse de cómo andaban las cosas. Todos los habitantes de la ciudad estaban informados de la particular virtud de aquella tela, y todos estaban impacientes por ver hasta qué punto su vecino era estúpido o incapaz.

«Enviaré a mi viejo ministro a que visite a los tejedores -pensó el Emperador-. Es un hombre honrado y el más indicado para juzgar de las cualidades de la tela, pues tiene talento, y no hay quien desempeñe el cargo como él».

El viejo y digno ministro se presentó, pues, en la sala ocupada por los dos embaucadores, los cuales seguían trabajando en los telares vacíos. «¡Dios nos ampare! -pensó el ministro para sus adentros, abriendo unos ojos como naranjas-. ¡Pero si no veo nada!».

Sin embargo, no soltó palabra. Los dos fulleros le rogaron que se acercase y le preguntaron si no encontraba magníficos el color y el dibujo. Le señalaban el telar vacío, y el pobre hombre seguía con los ojos desencajados, pero sin ver nada, puesto que nada había. «¡Dios santo! -pensó-. ¿Seré tonto acaso? Jamás lo hubiera creído, y nadie tiene que saberlo. ¿Es posible que sea inútil para el cargo? No, desde luego no puedo decir que no he visto la tela».

-¿Qué? ¿No dice Vucencia nada del tejido? -preguntó uno de los tejedores.

-¡Oh, precioso, maravilloso! -respondió el viejo ministro mirando a través de los lentes-. ¡Qué dibujo y qué colores! Desde luego, diré al Emperador que me ha gustado extraordinariamente.

-Nos da una buena alegría -respondieron los dos tejedores, dándole los nombres de los colores y describiéndole el raro dibujo. El viejo tuvo buen cuidado de quedarse las explicaciones en la memoria para poder repetir las al Emperador; y así lo hizo.

Los estafadores pidieron entonces más dinero, seda y oro, ya que lo necesitaban para seguir tejiendo. Todo fue a parar a sus bolsillos, pues ni una hebra se empleó en el telar, y ellos continuaron, como antes, trabajando en las máquinas vacías.

Poco después el Emperador envió a otro funcionario de su confianza a inspeccionar el estado de la tela e informarse de si quedaría pronto lista. Al segundo le ocurrió lo que al primero; miró y miró, pero como en el telar no había nada, nada pudo ver.

-¿Verdad que es una tela bonita? -preguntaron los dos tramposos, señalando y explicando el precioso dibujo que no existía.

«Yo no soy tonto -pensó el hombre-, y el empleo que tengo no lo suelto. Sería muy fastidioso. Es preciso que nadie se dé cuenta». Y se deshizo en alabanzas de la tela que no veía, y ponderó su entusiasmo por aquellos hermosos colores y aquel soberbio dibujo.

-¡Es digno de admiración! -dijo al Emperador.

Todos los moradores de la capital hablaban de la magnífica tela, tanto, que el Emperador quiso verla con sus propios ojos antes de que la sacasen del telar. Seguido de una multitud de personajes escogidos, entre los cuales figuraban los dos probos funcionarios de marras, se encaminó a la casa donde paraban los pícaros, los cuales continuaban tejiendo con todas sus fuerzas, aunque sin hebras ni hilados.

-¿Verdad que es admirable? -preguntaron los dos honrados dignatarios-. Fíjese Vuestra Majestad en estos colores y estos dibujos -y señalaban el telar vacío, creyendo que los demás veían la tela.

«¡Cómo! -pensó el Emperador-. ¡Yo no veo nada! ¡Esto es terrible! ¿Seré tan tonto? ¿Acaso no sirvo para emperador? Sería espantoso».

-¡Oh, sí, es muy bonita! -dijo-. Me gusta, la apruebo-. Y con un gesto de agrado miraba el telar vacío; no quería confesar que no veía nada.

Todos los componentes de su séquito miraban y remiraban, pero ninguno sacaba nada en limpio; no obstante, todo era exclamar, como el Emperador: -¡oh, qué bonito!-, y le aconsejaron que estrenase los vestidos confeccionados con aquella tela en la procesión que debía celebrarse próximamente. -¡Es preciosa, elegantísima, estupenda!- corría de boca en boca, y todo el mundo parecía extasiado con ella. El Emperador concedió una condecoración a cada uno de los dos bribones para que se las prendieran en el ojal, y los nombró tejedores imperiales.

Durante toda la noche que precedió al día de la fiesta, los dos embaucadores estuvieron levantados, con dieciséis lámparas encendidas, para que la gente viese que trabajaban activamente en la confección de los nuevos vestidos del Soberano. Simularon quitar la tela del telar, cortarla con grandes tijeras y coserla con agujas sin hebra; finalmente, dijeron: -¡Por fin, el vestido está listo!

Llegó el Emperador en compañía de sus caballeros principales, y los dos truhanes, levantando los brazos como si sostuviesen algo, dijeron:

-Esto son los pantalones. Ahí está la casaca. -Aquí tienen el manto... Las prendas son ligeras como si fuesen de telaraña; uno creería no llevar nada sobre el cuerpo, mas precisamente esto es lo bueno de la tela.

-¡Sí! -asintieron todos los cortesanos, a pesar de que no veían nada, pues nada había.

-¿Quiere dignarse Vuestra Majestad quitarse el traje que lleva -dijeron los dos bribones- para que podamos vestirle el nuevo delante del espejo?

Quitose el Emperador sus prendas, y los dos simulaban ponerle las diversas piezas del vestido nuevo, que pretendían haber terminado poco antes. Y cogiendo al Emperador por la cintura, hicieron como si le atasen algo, la cola seguramente; y el Monarca todo era dar vueltas ante el espejo.

-¡Dios, y qué bien le sienta, le va estupendamente! -exclamaban todos-. ¡Vaya dibujo y vaya colores! ¡Es un traje precioso!

-El palio bajo el cual irá Vuestra Majestad durante la procesión, aguarda ya en la calle - anunció el maestro de Ceremonias.

-Muy bien, estoy a punto -dijo el Emperador-. ¿Verdad que me sienta bien? - y volviose una vez más de cara al espejo, para que todos creyeran que veía el vestido.

Los ayudas de cámara encargados de sostener la cola bajaron las manos al suelo como para levantarla, y avanzaron con ademán de sostener algo en el aire; por nada del mundo hubieran confesado que no veían nada. Y de este modo echó a andar el Emperador bajo el magnífico palio, mientras el gentío, desde la calle y las ventanas, decía:

-¡Qué preciosos son los vestidos nuevos del Emperador! ¡Qué magnífica cola! ¡Qué hermoso es todo!

Nadie permitía que los demás se diesen cuenta de que nada veía, para no ser tenido por incapaz en su cargo o por estúpido. Ningún traje del Monarca había tenido tanto éxito como aquél.

-¡Pero si no lleva nada! -exclamó de pronto un niño.

-¡Dios bendito, escuchen la voz de la inocencia! -dijo su padre; y todo el mundo se fue repitiendo al oído lo que acababa de decir el pequeño.

-¡No lleva nada; es un chiquillo el que dice que no lleva nada!

-¡Pero si no lleva nada! -gritó, al fin, el pueblo entero.

Aquello inquietó al Emperador, pues barruntaba que el pueblo tenía razón; mas pensó: «Hay que aguantar hasta el fin». Y siguió más altivo que antes; y los ayudas de cámara continuaron sosteniendo la inexistente cola.

## La tienda de mascotas

“EL AMIGO FIEL” era la tienda de mascotas más famosa de la ciudad, no sólo porque era la más grande sino porque albergaba la mayor cantidad y variedad de animalitos.

En ella convivían -por supuesto- perros y gatos, pero también loros, peces, conejitos, hámsters y hasta una lagartija salvaje con muchas ganas de domesticarse.

Si bien Cacho, así se llamaba el dueño de la tienda, cuidaba con mucho esmero y amor a cada animalito, todos sin excepción deseaban con todo su corazón tener un hogar de verdad, pertenecer a una familia.

Cada día al abrir las puertas de la tienda, los animalitos renovaban sus esperanzas de ser comprados por alguien. Incluso los más picarones hacían morisquetas en la vidriera para llamar la atención de la gente que pasaba. Los gatitos se lavaban una y otra vez el pelaje, tanto que a veces les brillaba; la lagartija se paraba bien derechita para causar buena impresión y que vieran que ya estaba lista para pertenecer a un hogar.

No todos los animalitos tenían suerte. Los que más se vendían eran los perros y los gatos; pero curiosamente, también eran los que con más frecuencia eran devueltos a la tienda cuando ya habían crecido bastante. Como Cacho era muy bueno y los quería a todos, a todos los recibía una y otra vez, incluso a perritos vagabundos, flacuchos y hambrientos que caminaban solitos por la ciudad.

Los demás animalitos se sentían tristes por no ser los más vendidos; ellos también querían un hogar. Para un animalito doméstico, cualquiera sea, no hay mejor lugar que un hogar, una casa, una familia que lo cuide y lo ame. No importa si la tienda es linda y su dueño bueno, el animal quiere pertenecer a alguien, tener su familia, como si fuese uno más de nosotros.

—Algo tenemos que hacer —le dijo un conejito a la lagartija salvaje que quería dejar de serlo.

—Y sí, tenés razón, pero ¿qué? —contestó la lagartija—. Yo todavía no termino mi adiestramiento para domesticarme, soy... como decirlo... como un diamante un bruto, ¿viste?

— ¡Qué diamante ni diamante! Hablo en serio. Hay que ponerse de acuerdo con los demás e idear un plan para tener un hogar.

A la noche, cuando Cacho se había ido y la tienda estaba cerrada, todos los animalitos se reunieron para pensar qué harían. Algunos, los más temerosos, no estaban muy convencidos de abandonar la tienda.  
— ¿Y si después no nos quieren? ¿Y si nos devuelven? Acuérdense de lo que le pasó a Bobby, que ya lo trajeron de vuelta tres veces y sólo por su costumbre de comerse las cortinas. Al fin y al cabo, los humanos no saben valorar lo que es tener un paladar exquisito.

— ¡Caramba! —dijeron los hámsters.

—A nosotros ya nos trajeron de vuelta dos veces porque era mucho lío mantener la pecera limpia. ¡Habrase visto!, como si ellos no quisieran tener limpias sus casas —agregaron los pececitos.

—Bueno, bueno —interrumpió Sultán, el perro más viejo de la tienda—. Los que no se quieren ir que no se vayan. Acá se trata de ayudar a quienes quieren vivir en familia.

—Yo reconozco, muchachos —dijo la lagartija salvaje—, que todavía doy un poquito de impresión, pero estoy aprendiendo buenos modales. Además, oí en la tele que empiezo a estar de moda. Por ahí me puede adoptar algún artista famoso, quién sabe.

Después de mucha conversación, este fue el plan con el cual estuvieron todos de acuerdo. Aquellos que no quisieran irse se quedarían en la tienda. Sin duda era mejor vivir en un negocio pero sintiéndose queridos, que en una casa en la cual no fueran bien recibidos. El primer gato que se vendiese escondería en la canastita con la cual Cacho los entregaba a la lagartija, quien prometió comportarse con una señorita. El perrito que también se vendiera haría lo mismo con el hámster. Todos deseaban que ambos fueran del mismo color, así pasaría inadvertido. Los loros esconderían bajo su plumaje a los pequeños canarios, quienes no cantarían para no ser descubiertos.

Así fue que a medida que los perros, loros y gatos se vendían, iban desapareciendo otros animalitos de la tienda.

Preocupado, Cacho buscaba sin cesar los animalitos que le faltaban. Se preguntaba qué habría pasado, si habrían escapado o habrían sido robados. Los que se quedaban ponían cara de “yo no sé qué pasa”. Intentaban disimular silbando, por ejemplo, cosa muy difícil sobre todo para los pececitos que vivían en el agua.

Sultán, viendo la cara de su dueño, pensó que pronto se verían en problemas y que se descubriría en algún momento lo que habían hecho a escondidas. Por otro lado, en cada hogar donde habían comprado las mascotas iban descubriendo que además de la que habían decidido comprar venía otra “de regalo”.

— ¿Será un error —decían— o será una promoción de estas que pagás uno y llevás dos?

La más sorprendida fue la familia que además del gatito que había llevado se encontró con una lagartija que ensayaba una sonrisa y un saludo de cortesía que no entendían demasiado. La mamá de la familia se asustó mucho y quiso devolverla enseguida, pero los niños, quienes siempre entienden más a los animales, veían los ojitos suplicantes de la lagartijita en pleno proceso de adiestramiento y pensaron que nada de malo tendría tener una en la casa. Le pidieron a la mamá que la dejara. La lagartija quería decirles que se portaría bien, que si era necesario ayudaría en los quehaceres domésticos, pero bueno, hablar con los humanos no podía. Mientras tanto, seguía ensayando sonrisas y posturas de señorita educada.

Los que recibieron el perrito soltaron gritos de susto cuando vieron en la canastita lo que ellos al principio pensaron un ratón vulgar. El padre quiso llamar al fumigador de plagas, pero los chicos, una vez más, intercedieron y les mostraron a sus papás que sólo era un hámster simpático e inofensivo, que nada malo habría de tener.

Hasta ahora el plan salía a la perfección. Los que encontraron los canarios junto con el loro, pensaron que era una “yapita” de Don Cacho y los pusieron a todos en una jaulita grande, hermosa y con mucha comida. Además, para no ser devueltos, el loro y los canarios ensayaron canciones, donde los canarios hacían la melodía y el loro le ponía la letra. La familia estaba maravillada de tener un coro propio.

Lo que ocurrió luego fue lo realmente lo más maravilloso. Las personas que habían comprado estas mascotas y sin saberlo habían recibido otras se acercaron a la tienda a agradecer a Don Cacho su gentileza.

Cacho no entendía nada. Pensaba cómo se habían podido “colar” estos animalitos en cada canasta. No quería desilusionar a la gente y agradecía sus cumplidos, pero realmente estaba intrigado. No le molestaba no haber recibido dinero por la lagartija, los canarios y el hámster. Por el contrario, lo ponía feliz saber que sus familias adoptivas estaban contentas con ellos. De todos modos, no entendía nada.

Lo realmente sorprendente fue que en el barrio todas las personas empezaron a ver que si de mascotas se trataba, no sólo se podían tener perros y gatos, sino muchos otros, hasta lagartijas con ganas de ser bien educaditas.

La tienda empezó a tener aún más clientela. La gente pedía todo tipo de animales. Por un lado, Cacho estaba triste, pues se despedía de sus amigos, pero al mismo tiempo estaba feliz porque sabía que iban a estar rodeados del amor de una familia.

Además, se le ocurrió una idea genial, como iba teniendo más lugar en la tienda empezó a recoger, gatos, perros, pajaritos heridos para darles cuidado, cariño y los ofrecía en adopción para que también ellos tuvieran la oportunidad de ser felices junto a una familia.

Tanto cambió todo, que hasta los pececitos perdieron el miedo y deseaban también ellos tener otro hogar. Para llamar la atención, ensayaron saltos ornamentales en la pecera para dar un espectáculo lindo a

quienes se los llevaran y además intentaron aprender a limpiar la agüita para no dar tanto trabajo a sus futuros dueños.

Así fue que gracias a un plan ideado por animalitos que sólo pedían un hogar, amor y cuidados, la gente aprendió que se puede convivir con muchos tipos de animales y que sólo se trata de darles amor y cuidado, lo mismo que necesita cada uno de nosotros, ni más ni menos.

Para terminar, quiero contarles que la lagartija completó su educación, aprendió a sonreír y hasta se puso un moñito en el cuello que le quedaba pintado.

## Alguien te mira

Érase una vez un hombre que decidió colarse en los campos de sus vecinos para robarles un poco de trigo. Si sólo tomo un poco de cada sembrado, nadie se dará cuenta – se dijo –. Pero, cuando reúna todas las espigas, tendré un hermoso montón de trigo para mí.

Así que esperó a que llegara una noche muy oscura, en la que nubes espesas tapaban la luna, y salió sigilosamente de su casa. Se llevó a su hija pequeña con él.

Hija – susurró – vigila bien y hazme una señal si alguien se acerca.

El hombre entró en el primer campo y empezó a cortar espigas, y al poco, su hija gritó:

¡Padre, alguien nos vigila!

El hombre miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Así que juntó el trigo robado y se fue al otro campo.

¡Padre, alguien nos vigila! – gritó otra vez la niña.

El hombre se detuvo y miró en todas direcciones, pero tampoco vio a nadie. Recogió su haz y se deslizó al último sembrado.

¡Padre, alguien nos vigila! – advirtió la niña de nuevo.

El hombre se detuvo, miró a su alrededor y tampoco vio a nadie.

¿Se puede saber por qué no paras de decirme que alguien me vigila? – preguntó enfadado a su hija –. He mirado por todas partes y no he visto a nadie.

Padre – murmuró la niña –. Alguien te vigila desde el cielo.

## Asamblea en la carpintería

Hubo una vez, en un pequeño pueblo de España, una carpintería que no era como las demás: no tenía muchos señores trabajando ni funcionaba todos los días. La causa de su rareza es que hacía un tiempo que en la carpintería, las herramientas habían decidido no trabajar más. José, el carpintero, se había puesto muy triste pero dejó que ellas mismas arreglaran el problema.

Así llegó el día de la Asamblea, estaban reunidos: el martillo, el tornillo, la lija, el metro y el serrucho.

El martillo ejerció la presidencia pero al instante todos los demás integrantes le notificaron que debía dejar el cargo, porque hacía mucho ruido y se pasaba todo el tiempo golpeando a los demás. El martillo aceptó su responsabilidad con un poco de disgusto. Entonces pidió:

- Yo creo que también se debería expulsar al tornillo porque hay que darle muchas vueltas para sirva para algo.

Ante el ataque, el tornillo protestó:

- Si a mí me echan quiero que saquen a la lija. Ella es seca y áspera en el trato con todos nosotros.

La lija calló un segundo, aceptó la opinión y despectivamente gritó:

- Exijo determinadamente que saquen también al metro, porque él se la pasa todo el día midiendo a los demás, se cree el único perfecto.

En eso entro el carpintero; José, quién había decidido llevar a cabo un importante trabajo. Tomo una madera lisa y utilizo el metro, la lija, luego el martillo y por último el tornillo. El resultado fue exitoso, la madera se había transformado en una linda cajita para guardar cosas hermosas. José quedo muy conforme, cansado de tanto trabajo se retiró a la cama.

Fue entonces que tomo la palabra el serrucho:

-Señores, ha quedado demostrado que todos tenemos defectos, pero ustedes los que antes discutían han visto como nuestro señor ha trabajado con cada uno de nosotros. Él pudo usarnos porque cada uno tiene una cualidad que lo diferencia.

Por lo tanto la Asamblea volvió a unirse, encontrando que el martillo era muy fuerte. El tornillo unía; la lija servía para afinar y limar asperezas. En cuanto al metro dijeron que con su precisión y exactitud ayudaba a encajar todas las partes.

De esta forma todos se sintieron orgullosos, y jamás hasta donde se supo de ellos volvieron a recriminarse sus defectos.

## **El Cuarto Rey Mago**

(Autor desconocido)

Cuenta una leyenda rusa que fueron cuatro (4) los Reyes Magos. Luego de haber visto la estrella en el oriente, partieron juntos llevando cada uno sus regalos de oro, incienso y mirra. El cuarto llevaba vino y aceite en gran cantidad, cargado todo en los lomos de sus burritos.

Luego de varios días de camino se internaron en el desierto. Una noche los agarró una tormenta. Todos se bajaron de sus cabalgaduras, y tapándose con sus grandes mantos de colores, trataron de soportar el temporal refugiados detrás de los camellos arrodillados sobre la arena. El cuarto Rey, que no tenía camellos, sino sólo burros, buscó amparo junto a la choza de un pastor metiendo sus animalitos en el corral de pirca. Por la mañana aclaró el tiempo y todos se prepararon para recomenzar la marcha. Pero la tormenta había desparramado todas las ovejitas del buen pastor, junto a cuya choza se había refugiado el cuarto Rey. Y se trataba de un pobre pastor que no tenía ni cabalgadura, ni fuerzas para reunir su majada dispersa.

Nuestro cuarto Rey se encontró frente a un dilema. Si ayudaba al buen hombre a recoger sus ovejas, se retrasaría de la caravana y no podría seguir con sus camaradas. Él no conocía el camino, y la estrella no daba tiempo que perder. Pero por otro lado su buen corazón le decía que no podía dejar así a aquel anciano pastor. ¿Con qué cara se presentaría ante el Rey Mesías si no ayudaba a uno de sus hermanos? Finalmente decidió por quedarse y gastó casi una semana en volver a reunir todo el rebaño disperso.

Cuando finalmente lo logró se dio cuenta de que sus compañeros ya estaban lejos, y que además había tenido que consumir parte de su aceite y de su vino compartiéndolo con el anciano. Pero no se puso triste. Se despidió y poniéndose nuevamente en camino aceleró el tranco de sus burritos para acortar la distancia. Luego de mucho vagar sin rumbo llegó finalmente a un lugar donde vivía una madre con muchos chicos pequeños y que tenía a su esposo muy enfermo. Era el tiempo de la cosecha. Había que levantar la cebada lo antes posible, porque de lo contrario los pájaros o el viento terminarían por llevarse todos los granos ya bien maduros.

Otra vez se encontró frente a una decisión. Si se quedaba a ayudar a aquellos pobres campesinos, sería tanto el tiempo perdido que ya tenía que hacerse la idea de no encontrarse más con su caravana. Pero tampoco podía dejar en esa situación a aquella pobre madre con tantos chicos que necesitaba de aquella cosecha para tener pan el resto del año. No tenía corazón para presentarse ante el Rey Mesías sino hacía lo posible para ayudar a sus hermanos. De esta manera se le fueron varias semanas hasta que logró poner todo el grano a salvo. Y otra vez tuvo que abrir sus alforjas para compartir su vino y aceite.

Mientras tanto la estrella ya se le había perdido. Le quedaba sólo el recuerdo de la dirección, y las huellas medio borrosas de sus compañeros. Siguiéndolas rehizo la marcha, y tuvo que detenerse muchas otras veces para auxiliar a nuevos hermanos necesitados. Así se le fueron casi dos años hasta que finalmente llegó a Belén. Pero el recibimiento que encontró fue muy diferente al que esperaba. Un enorme llanto se elevaba del pueblito, las madres salían a las calles llorando, con sus pequeños entre sus brazos. Acababan de ser asesinados por orden de otro rey. El pobre hombre no entendía nada. Cuando preguntaba por el Rey Mesías, todos lo miraban con angustia y le pedían que se callara. Finalmente alguien le dijo que aquella misma noche lo habían visto huir hacia Egipto.

Quiso emprender inmediatamente su seguimiento, pero no pudo. Aquel pueblito de Belén era una desolación. Había que consolar a todas aquellas madres. Había que enterrar a sus pequeños, curar a sus heridos, vestir a los desnudos. Y se detuvo allí por mucho tiempo gastando su aceite y su vino. Hasta tuvo que regalar algunos de sus burritos, porque la carga ya era mucho menor, y porque aquella pobre gente lo necesitaba más que él. Cuando finalmente se puso en camino hacia Egipto, había pasado mucho tiempo y había gastado mucho de su tesoro. Pero se dijo que seguramente el Rey Mesías sería compasivo con él, porque lo había hecho por sus hermanos.

En el camino hacia el país de las pirámides tuvo que detener muchas otras veces su marcha. Siempre se encontraba con un necesitado de su tiempo, de su vino o de su aceite. Había que dar una mano, o socorrer una necesidad. Aunque tenía temor de volver a llegar tarde, no podía con su buen corazón. Se consolaba diciéndose que con seguridad el Rey Mesías sería comprensivo con él, ya que su demora se debía al haberse detenido para auxiliar a sus hermanos.

Cuando llegó a Egipto se encontró nuevamente con que Jesús ya no estaba ahí. Había regresado a Nazaret, porque en sueños, José había recibido la noticia de que estaba muerto quien buscaba matar al Niño. Este nuevo desencuentro le causó mucha pena a nuestro Rey Mago, pero no se desanimó. Se había

puesto en camino para encontrarse con el Mesías, y estaba dispuesto a continuar con su búsqueda a pesar de sus fracasos. Ya le quedaban menos burros, y menos tesoros, y éstos los fue gastando en el largo camino que tuvo que recorrer, porque siempre las necesidades de los demás lo retenían por largo tiempo en su marcha.

Así pasaron otros 30 años, siguiendo siempre las huellas del que nunca había visto pero que le había hecho gastar su vida en buscarlo.

Finalmente se enteró de que había subido a Jerusalén y que allí tendría que morir. Esta vez estaba decidido a encontrarlo fuera como fuese. Por eso, ensilló el último burro que le quedaba, llevándose la última carguita de vino y aceite, con las dos monedas de plata que era cuanto aún tenía de todos sus tesoros iniciales. Partió de Jericó subiendo también él hacia Jerusalén. Para estar seguro del camino, se lo había preguntado a un sacerdote y a un levita que, más rápidos que él, se le adelantaron en su viaje. Se le hizo de noche. Y en medio de la noche, sintió unos quejidos a la vera del camino. Pensó en seguir también él de largo como lo habían hecho los otros dos. Pero su buen corazón no lo dejó. Detuvo su burrito, se bajó y descubrió que se trataba de un hombre herido y golpeado. Sin pensarlo dos veces sacó el último resto de vino para limpiarle las heridas. Con el aceite que le quedaba untó las lastimaduras y las vendó con su propia ropa hecha jirones. Lo cargó en su animalito y, desviando su rumbo, lo llevó hasta una posada. Allí gastó la noche en cuidarlo. A la mañana siguiente, sacó las dos últimas monedas y se las dio al dueño del albergue diciéndole que pagara los gastos del hombre herido. Allí le dejaba también su burrito por lo que fuera necesario. Lo que se gastara más él lo pagaría al regresar.

Y siguió a pie, solo, viejo y cansado. Cuando llegó a Jerusalén ya casi no le quedaban más fuerzas. Era el mediodía de un Viernes antes de la Gran Fiesta de Pascua. La gente estaba excitada. Todos hablan de lo que acababa de suceder. Algunos regresaban del Gólgota y comentaban que allá estaba Jesús agonizando colgado de una cruz. Nuestro Rey Mago gastando sus últimas fuerzas se dirigió hacia allá casi arrastrándose, como si él también llevara sobre sus hombros una pesada cruz hecha de años de cansancio y caminos.

Al llegar, dirigió su mirada hacia el agonizante, y en tono de súplica le dijo: "Perdóname. Llegué demasiado tarde." Pero desde la cruz se escuchó una voz que decía: "*Hoy estarás conmigo en el Paraíso*".

## El hornero Piucoquén.

Cuando Dios creó al Mundo, también creó los animales, y entre ellos a Piucoquén, un pájaro medio pelirrojo.

Al poco tiempo, mientras paseaba disfrutando todo lo que había creado, se encontró con Piucoquén parado sobre una rama, que estaba pensativo y triste (y bastante desaliñado). Dios, preocupado por verlo así, decidió acercarse y preguntarle qué pasaba.

- Buenos días Piucoquén, pasaba por acá y decidí visitarte, ¿cómo estás?

Piucoquén, que no había notado la presencia, se sobresaltó un poco al escucharlo. Además, se dio cuenta que hacía bastante que no se bañaba, andaba despeinado y con cara de pocos amigos. Enseguida se alisó un poco las plumas de la cabeza y contestó:

- Bien Señor... y muy honrado con tu visita aunque...

- ... preocupado y triste – completó Dios – Por eso, Piucoquencito, quisiera saber tu problema, ¿puedo ayudarte? – le preguntó cariñosamente.

A Piucoquén se le apagó la mirada, bajó la cabeza y contestó a media voz:

- Señor... es... es que yo no tengo casa donde vivir. Imagínate recibir al Señor en estas condiciones!, dijo mirando a su alrededor.

Dios comprendió la tristeza del pájaro y lo acarició suavemente mientras le decía:

- Pero, hijito mío, puedes construirla.

- Es que no soy un buen constructor, mi Señor – contestó Piucoquén al borde de las lágrimas.

- Ten confianza, Piucoquencito, y hazla SIEMPRE MEJOR. Dentro de un tiempo, vendré a visitarte otra vez.

Y recuerda a cada momento lo que te dije!.

Piucoquén se quedó pensando un rato y comenzó a trabajar. Hizo un nido, pero entre que era difícil y estaba solo, terminaba agotado y casi sin esperanzas.

- Es mucho trabajo y estoy solo! – pensaba desalentado.

Milicay, una pajarita que pasaba por ahí, al verlo tan absorto decidió acercársele.

- ¿Qué te pasa? – le preguntó.

Piucoquén comenzó a contarle la historia desde el principio. Necesitaba hablar con alguien porque se sentía muy solo. Entonces recordó: "hazlo siempre mejor!" y pegó un salto: ya comenzaba a entender de qué se trataba. Le pidió a Milicay que lo ayudase para construir juntos la casa y ella aceptó contenta.

Pusieron manos a la obra: había que elegir el material para hacerla, el lugar, el tamaño: todo. Decidieron que harían un nido con paja, ramitas y pelusa, sobre el piso y tamaño... como para recibir a Dios!.

Empezaron a trabajar con mucho entusiasmo y, viendo como avanzaba el trabajo, cantaban de contentos. A

los pocos días estaba terminado: era un nido cómodo y suavcito, muy prolijo y con lugar para Dios (y también para algunos pichones).

Estaban en la mitad de la fiesta de inauguración cuando un ruido fuerte los dejó mudos. Al momento unas pequeñas gotas de agua comenzaron a caer y el viento comenzó a silbar entre las hojas. Las gotas eran cada vez más grandes y pronto el nido quedó rodeado por un charco de agua. Los pájaros tuvieron que refugiarse en el hueco de un árbol. ¡Estaban empapados!. Se miraron y pensaron al mismo tiempo: “háazlo siempre mejor!”.

Faltaban unos minutos para amanecer y ya estaban despiertos. Con mucha paciencia anotaron en un cuadernito todos los detalles del amanecer y empezaron a observar las nubes, el sol, las lluvias, los vientos, hasta las estrellas y la luna!. Mientras trabajaban en esto, se dieron tiempo para conocer y observar todos los misterios de la Creación. Y cuanto más aprendían de ella, más la amaban, respetaban y cuidaban. Hasta comenzaron a ser más ordenados, a cuidar su salud y su aspecto, ya que cada uno también forma parte de ella. Cada día recordaban: siempre mejor!.

Al cabo de unas semanas eran expertos conocedores de toda la naturaleza y alfareros habilidísimos.

Entonces comenzaron nuevamente la casa. Decidieron ubicarla sobre un árbol para evitar inundaciones (todavía no existían los cercos de madera). La construyeron de barro por fuera, con sala y pasillo, toda techada para no mojarse cuando llueve, orientada hacia el este para recibir el sol apenas sale y de forma de evitar el viento. Adentro, hicieron un nido todo suave y acolchonado. Estaban tan alegres, que no podían parar de cantar mientras trabajaban!.

Dios, que los espiaba como quien no quiere la cosa, no veía la hora de ir a visitarlos!. Esperó que la terminasen y que la dejen ordenada y prolija, que se bañen y arreglen las plumas... y bajó!.

Piucoquén y Milicay se quedaron inmóviles durante unos segundos y volaron a recibir al Señor, llenos de alegría. Le mostraron su casa y le hablaron de todo lo que habían aprendido. Dios, que sabe todo, los escuchaba recordando a ese pájaro desaliñado, desganado y triste que había conocido. Luego dijo:

- Haz hecho un trabajo muy bueno, Piucoquén, y veo que seguiste mis palabras. Cada día tratas de ser un poco mejor. He decidido llamar “hornero” a tu familia, ya que tu nido es parecido al horno donde los hombres cocinan el pan. Bendeciré a ustedes y sus hijos y tu descendencia aprenderá fácilmente a hacer una casa igual a esta para protegerlos, durante todos los tiempos.

Ahora el hornero Piucoquén está con Milicay en el cielo, junto a Dios, pero todos los horneros de la Tierra conocen esta historia, lo recuerdan y viven cada día con su lema SIEMPRE MEJOR!.

## La Oración de Piucoquén.

Ya había pasado un tiempo desde que Piucoquén y Milicay terminaron su nido y estaban sumamente contentos y ansiosos esperando a que nacieran sus primeros pichones.

Hasta que llegó ese día tan deseado. El nido estaba de fiesta, todos los amigos de Piucoquén y Milicay fueron a saludarlos y a conocer a sus hermosos hijitos, hasta Dios bajó a visitarlos y darles su bendición, todos cantaban, bailaban y se divertían, era una gran fiesta. Pero en un momento Dios vio que Piucoquén estaba solo a un costado muy pensativo, entonces se acercó y con mucho amor preguntó:

- ¿Qué es lo que te está pasando ahora, que se te ve tan preocupado?, ¿acaso no estás contento por el nacimiento de tus hijos?.

- ¡¡ NO !! – exclamó Piucoquén – no es eso, soy el pájaro más feliz de la Creación. Pero no puedo mentirte, si estoy muy preocupado, pero... (Piucoquén no sabía cómo hacer para contarle a Dios lo que le estaba pasando).

- ¿Pero? ¿puedo ayudarte en algo? – preguntó Dios.

- En realidad me siento muy mal, porque siempre sos vos el que se acuerda de nosotros y viene a visitarnos. Nosotros todo el tiempo sólo estábamos pensando en nuestras cosas y ya nos habíamos olvidado de que todo lo habíamos conseguido gracias a tus consejos. Pero al mismo tiempo, no se me ocurre cómo podríamos comunicarnos con vos.

Estaba Piucoquén tratando de explicar esta situación cuando se acercó Milicay a ver qué pasaba, que Piucoquén tenía tanta cara de preocupado mientras hablaba con Dios. Rápidamente le contaron la preocupación de su compañero y claro, a Milicay se le caían las lágrimas de los ojos de tristeza, y de vergüenza por haber sido tan desagradecidos.

Entonces Dios, que es muy comprensivo, con mucho cariño les dijo:

- Si bien es cierto que me tenían un poco olvidado, yo no he dejado de quererlos ni un solo instante y he estado pendiente de todo cuanto les pasaba. Pero claro, ni yo puedo bajar todos los días, ni ustedes pueden venir a visitarme, pero... ¿saben una cosa?, cada vez que ustedes piensan en mí, yo lo siento y estoy siempre escuchando lo que sienten sus corazones.

Entonces es muy sencillo: simplemente tienen que buscar algún momento para contarme lo que quieren, que aunque no hablemos, yo los estoy escuchando. Recuerden también que está mi hijo Jesús, que me ayuda un montón, cuando estoy muy ocupado.

Los horneritos se pusieron muy contentos de saber que podían, de alguna manera, comunicarse con Dios y se comprometieron a hacerlo más seguido.

La fiesta terminó, todos se fueron yendo y Piucoquén y Milicay descansaron después de tan larga jornada.

Al día siguiente, cuando despertaron, luego de atender a sus pichones, se pusieron a hablar muy seriamente acerca de la charla que habían tenido con Dios. Y decidieron que, a partir de ese mismo día, siempre buscarían un momento tranquilo para charlar con Dios y agradecerle por todas las cosas lindas que vivían. Así pasaron algunos días hasta que pensando un poco mejor, se les ocurrió escribir una oración, pero pidiéndole a Jesús que los ayudara a ser buenos horneros, que viven el lema de ser siempre mejores, que Dios les enseñó y que los ayudó a recordar siempre a su Padre, que tan bueno era con ellos.

Esta oración la repitieron todos los días, se la enseñaron a sus hijos, nietos... y quedó escrita en el corazón de todos los horneros, que hasta el día de hoy la siguen diciendo.

Y hasta llegó hasta nosotros, que con mucha alegría tenemos que darle gracias a Piucoquén y Milicay por habernos dejado una forma tan linda de comunicarnos con Dios, nuestro papá.

## La reunión de las semillas

Había una vez, en un negocio donde vendían plantas y flores, una bolsa de semillas.

Las semillas esperaban que alguien fuera a comprarlas. Mientras esperaban, la vida de las semillas resultaba muy aburrida. Así que de vez en cuando hacían una reunión para conversar y así distraerse un poco. Un día se pusieron a hablar y hablar... Y comenzaron a soñar sobre el futuro.

Una de las semillas dijo:

- ¡Cómo me gustaría que viniera un campesino, y que me comprara hoy mismo y que me sembrara este mismo otoño, con el próximo cambio de Luna!...

Y que llegara un viento muy fuerte que me despegara de la tierra y me llevara lejos. Así viajaría fácilmente y visitaría muchas ciudades, pueblos, colonias, esteros, lagos...

Otra semilla la interrumpió diciendo:

- A mí me gustaría que me sembraran en un jardín lindo como esos donde van chicos a jugar. Me alegrarían sus risas y sus juegos.

Otra semilla dijo:

- A mí en cambio, me gustaría vivir en un tarro que estuviera en la ventana de la casa de una abuelita, así la abuelita me cuidaría y me trataría con cariño...

Otra semilla dio su opinión:

- Yo no quisiera moverme de esta bolsa. Aquí me hallo tranquila, no hago nada, estoy bien y nadie me molesta. Pero si me plantan, me regarán y el agua me molestará. El Sol me calentará y me quemará; el viento me hará mover, y además tendré que esforzarme para que salgan raíces para poder germinar y que salgan hojas y flores y frutos.

En ese momento, intervino otra semilla que hasta entonces había estado muy quieta en un rincón:

- Yo quiero que me planten en una tierra bien preparada que me reciba con cariño. Quiero que venga el cuidador de la huerta y me riegue, y que remueva la tierra a mi lado para ayudarme a salir y crecer. Aunque me cueste algún esfuerzo, echaré raíces y sacaré tallos y brotes. Haciendo un esfuerzo más grande cada día, atravesaré la tierra que me cubre y saldré a la luz, y el Sol me acariciará y me hará crecer... y el viento me obligará a moverme y así tomaré fuerzas y podré crecer y crecer. Yo confío en el cuidador de la huerta, en el Sol, en la tierra, en el viento, en la lluvia, porque todos ellos me ayudarán a crecer y ser fuerte y muy linda...

Cuando sea mayor, daré flores, muchas flores y también frutos. De mis frutos saldrán otras semillas, muchas semillas como yo... que continuarán amando y confiando en quien nos ayuda a crecer.

## Las Ramas

En el campo vivía un padre con sus hijos, era una familia muy pobre y todos trabajaban para poder vivir. Pero el padre estaba un poco enfermo y no tenía nada para dejarles a sus hijos si moría, más que todo lo que les había enseñado. Así fue que un día en el que no se sentía muy bien, llamó a todos sus hijos y les pidió que cada uno trajera una rama. Cuando todos la trajeron, les pidió que cada uno tratase de romperla. Todos, con facilidad pudieron romper sus ramas.

Una vez más el padre les pidió que trajeran una rama y los hijos obedecieron. Al cabo de un rato todos volvieron con su nueva rama, esta vez el padre les pidió que las juntaran todas y armaran un atado. Les

pidió a cada uno que pasase a intentar romper ahora todas las ramas y ni siquiera el hermano mayor, que era el más fuerte pudo con todas ellas.

Entonces el padre les habló así:

"Esto es lo único que puedo dejarles: vean, todos ustedes son como estas ramas, si se mantienen separados serán muy fáciles de romper, pero todos juntos serán invencibles, no habrá nada ni nadie que pueda hacerles mal".

## **País de las cucharas largas**

(extraído del Libro "Cápsulas Motivacionales" de A. Beauregard. Editorial Diana)

"Este pequeño país consta sólo de dos habitaciones llamadas NEGRA y BLANCA. Para recorrerlo, debe avanzar por el pasillo hasta que este se divide y doblar a la derecha si quiere visitar la habitación NEGRA, o a la izquierda si lo que quiere es visitar la habitación BLANCA."

El hombre avanzó por el pasillo y el azar lo izo doblar primero a la derecha. Un nuevo corredor de unos cincuenta metros terminaba en una puerta enorme. Desde los primeros pasos por el pasillo, empezó a escuchar los "ayes" y quejidos que venían de la habitación negra.

Por un momento las exclamaciones de dolor y sufrimiento lo hicieron dudar, pero siguió adelante. Llegó a la puerta, la abrió y entró.

Sentados alrededor de una mesa enorme, había cientos de personas. En el centro de la mesa estaban los manjares más exquisitos que cualquiera podría imaginar y aunque todos tenían una cuchara con la cual alcanzaban el plato central... se estaban muriendo de hambre. El motivo era que las cucharas tenían el doble del largo de su brazo y estaban fijadas a sus manos. De ese modo todos podían servirse, pero nadie podía llevarse el alimento a la boca.

La situación era tan desesperante y los gritos tan desgarradores, que el hombre dio media vuelta y salió casi huyendo del salón.

Volvió al hall central y tomó el pasillo de la izquierda, que iba hacia la habitación blanca. Un corredor igual al otro terminaba en una puerta similar. La única diferencia era que, en el camino, no había quejidos, ni lamentos. Al llegar a la puerta, el explorador giró el pica porte y entró en el cuarto.

Cientos de personas estaban también sentados en una mesa igual a la de la habitación negra. También en el centro había manjares exquisitos. También cada persona tenía una larga cuchara fijada a su mano...

Pero nadie se quejaba ni lamentaba. Nadie estaba muriendo de hambre, porque todos... se daban de comer unos a otros!!!

El hombre sonrió, se do media vuelta y salió de la habitación blanca. Cuando escuchó el "clic" de la puerta que se cerraba se encontró de pronto y misteriosamente, en su propio auto, manejando camino a Paraiso...

## **Paz perfecta**

Anónimo

Había una vez un Rey que ofreció un gran premio a aquel artista que pudiera captar en una pintura la paz perfecta. Muchos artistas lo intentaron.

El rey observó y admiró todas las pinturas, pero solamente hubo dos que a él realmente le gustaron y tuvo que escoger entre ellas. La primera era un lago muy tranquilo. Este lago era un espejo perfecto donde se reflejaban unas plácidas montañas que lo rodeaban. Sobre estas se encontraba un cielo muy azul con tenues nubes blancas. Todos quienes miraron esta pintura

pensaron que esta reflejaba la paz perfecta.

La segunda pintura también tenía montañas. Pero estas eran escabrosas y descubiertas. Sobre ellas había un cielo furioso del cual caía un impetuoso aguacero con rayos y truenos. Montaña abajo parecía retumbar un espumoso torrente de agua. Todo esto no se revelaba para nada pacífico.

Pero cuando el Rey observó cuidadosamente, el miró tras la cascada un delicado arbusto creciendo en una grieta de la roca. En este arbusto se encontraba un nido. Allí, en medio de del rugir del la violenta caída de agua, estaba sentado plácidamente un pajarito en el medio de su nido....

Paz perfecta.

¿Cuál crees que fue la pintura ganadora?

El Rey escogió la segunda. ¿Sabes porqué? "Porque," explicaba el Rey, "Paz no significa estar en un lugar sin ruidos, sin problemas, sin trabajo duro o sin dolor. Paz significa que a pesar de estar en medio de todas estas cosas permanezcamos calmados dentro de nuestro corazón. Este es el verdadero significado de la PAZ."

## La tristeza y la furia

En un reino encantado donde los hombres nunca pueden llegar, o quizás donde los hombres transitan eternamente sin darse cuenta...

En un reino mágico, donde las cosas no tangibles, se vuelven concretas...

Había una vez un estanque maravilloso.

Era una laguna de agua cristalina y pura donde nadaban peces de todos los colores existentes y donde todas las tonalidades del verde se reflejaban permanentemente...

Hasta ese estanque mágico y transparente se acercaron a bañarse haciéndose mutua compañía, la tristeza y la furia. Las dos se quitaron sus vestimentas y desnudas las dos, entraron al estanque.

La furia, apurada (como siempre está la furia), urgida -sin saber por qué- se bañó rápidamente y más rápidamente aún, salió del agua. Pero la furia es ciega, o por lo menos, no distingue claramente la realidad, así que, desnuda y apurada, se puso, al salir, la primera ropa que encontró...

Y sucedió que esa ropa no era la suya, sino la de la tristeza... Y así vestida de tristeza, la furia se fue. Muy calma, y muy serena, dispuesta como siempre a quedarse en el lugar donde está, la tristeza terminó su baño y sin ningún apuro (o mejor dicho sin conciencia del paso del tiempo), con pereza y lentamente, salió del estanque. En la orilla se encontró con que su ropa ya no estaba.

Como todos sabemos, si hay algo que a la tristeza no le gusta, es quedar al desnudo, así que se puso la única ropa que había junto al estanque, la ropa de la furia.

Cuentan que desde entonces, muchas veces uno se encuentra con la furia, ciega, cruel, terrible y enfadada, pero si nos damos el tiempo de mirar bien, encontramos que esta furia que vemos, es sólo un disfraz, y que detrás del disfraz de la furia, en realidad está escondida la tristeza.

## No pierdas valor

Un reconocido orador inicio su seminario sosteniendo un billete de \$20.00 dólares y pregunta a su auditorio: ¿Alguien quiere este billete? -Varias personas levantaron la mano.

Entonces les dijo: -Alguno de ustedes recibirá este billete, pero antes voy a hacer algo. Tomo el billete con su mano y lo oprimió hasta arrugarlo, luego volvió a preguntar si alguien todavía lo quería.

Las manos del auditorio se mantenían arriba.

-Bien- dijo el orador -.¿Y si hago esto? - Tiro el billete al suelo y empezó a pisarlo. Después lo recogió sucio y maltrecho del piso y volvió a preguntar si todavía lo querían.

Las manos continuaban arriba.

- Amigos míos - comento el orador- Han aprendido una valiosa lección: No importa lo que le hice al billete, ustedes todavía lo quieren, porque su valor no disminuyo, pues todavía vale veinte dólares. Muchas veces en nuestras vidas somos derribados, somos maltratados, mordemos el polvo debido a las decisiones que tomamos y a las circunstancias que encontramos en nuestro camino, entonces, nos sentimos como si ya no valiéramos nada.

Pero no importa lo que les haya pasado o pueda pasar, ustedes nunca perderán su valor.

"El secreto de la felicidad no está en hacer siempre lo que se quiere, sino en querer siempre lo que se hace."

## Gusiluz

Un pequeño gusanito caminaba un día en dirección al sol. Muy cerca del camino se encontraba una araña. - ¿Hacia dónde te diriges?, le pregunto.

Sin dejar de caminar, la oruga contesto: -Tuve un sueño anoche; soñé que desde la punta de la gran montaña yo miraba todo el valle. Me gustó lo que vi en mi sueño y he decidido realizarlo.

Sorprendida, la araña dijo, mientras su amigo se alejaba: - ¡Debes estar loco!, Cómo podrás llegar hasta aquel lugar? - ¡Tú una simple oruga! Una piedra será una montaña, un pequeño charco un mar y cualquier tronco será una barrera infranqueable. Pero el gusanito ya estaba lejos y no lo escucho. Sus diminutos pies no dejaron de moverse.

De pronto se oyó la voz de un escarabajo: -¿Hacia dónde te diriges con tanto empeño?-. Sudando ya el gusanito, le dijo jadeante: -Tuve un sueño y deseo realizarlo, subiré a esa montaña y desde ahí contemplaré todo nuestro mundo. El escarabajo no pudo soportar la risa, soltó la carcajada y luego dijo: -Ni yo, con patas tan grandes, intentaría una empresa tan ambiciosa. El se quedó en el suelo tumbado de la risa mientras la oruga continuó su camino, habiendo avanzado ya unos cuantos centímetros. Del mismo modo, el topo, la rana y la flor aconsejaron a nuestro amigo a desistir. ¡No lo lograras jamás! -le dijeron-, pero en su interior

había un impulso que lo obligaba a seguir. Ya agotado, sin fuerzas y a punto de morir, decidió parar a descansar y construir con su último esfuerzo un lugar donde pernoctar. -Estaré mejor, fue lo último que dijo, y murió.

Todos los animales del valle por días fueron a mirar sus restos. Ahí estaba el animal más loco del pueblo. Había construido como su tumba un monumento a la insensatez. Ahí estaba un duro refugio, digno de uno que murió por querer realizar un sueño irrealizable. Una mañana en la que el sol brillaba de una manera especial, todos los animales se congregaron en torno a aquello que se había convertido en una advertencia para los atrevidos. De pronto quedaron atónitos. Aquella concha dura comenzó a quebrarse y con asombro vieron unos ojos y una antena que no podía ser la de la oruga que creían muerta. Poco a poco, como para darles tiempo de reponerse del impacto, fueron saliendo las hermosas alas arco iris de aquel impresionante ser que tenían frente a ellos: una mariposa. No hubo nada que decir, todos sabían lo que haría: se iría volando hasta la gran montaña y realizaría un sueño; el sueño por el que había vivido, por el que había muerto y por el que había vuelto a vivir. Todos se habían equivocado.

Todos tenemos la posibilidad de realizar un sueño, vivamos por él, intentemos alcanzarlo, pongamos la vida en ello y si nos damos cuenta que no podemos, quizá necesitemos hacer un alto en el camino y experimentar un cambio radical en nuestras vidas y entonces, con otro aspecto, con otras posibilidades, lo lograremos.

## **Dos amigos en un pequeño apuro**

Dos amigos jugando llegan a un laboratorio secreto donde encuentran una máquina que por accidente encoge al niño hasta hacerlo del tamaño de una canica. Después de tratar de arreglarlo y no encontrar a nadie, la niña recoge a su amigo y le guarda dentro de su propia mochila para llevarlo a casa. El viaje en la mochila, que estaba muy desordenada, es aterrador, y el niño lo pasa fatal y no deja de llorar con todo moviéndose por todas partes. Cuando su amiga trata de sacarlo de la mochila, al estar tan desordenada no lo encuentra, y después de muchos intentos y muchas lágrimas, decide ir sacando las cosas una a una, dejándolas en su sitio. Gracias a eso al final puede encontrar a su amigo. Ambos aprenden la importancia de tener todo ordenado, incluso dentro de la mochila, y al día siguiente vuelven al laboratorio, donde un simpático inventor hace recuperar al niño su tamaño normal.

## **El alegre barrendero**

Estaban un chico un poco gamberro y sus amigotes pasando el día en un parque de atracciones. Habían ido muy temprano y todo estaba vacío y limpio, cuando vieron al barrendero del parque, cantando y bailando mientras barría. Como todo estaba tan limpio, les hizo mucha gracia verle trabajar tan alegre desde tan pronto, y no dejaron de contar chistes y gastar bromas pesadas. Pero él no se molestaba y seguía barriendo su limpia calle, así que comenzaron a tirar papeles y bolsas al suelo, "para darle trabajo". Cuando llegaron más visitantes, y vieron al chico y sus amigos tirando bolsas y basura al suelo, pensaron que era uno de los juegos del parque, y lo mismo pensaron los siguientes, y los siguientes, y antes de que nadie pudiera darse cuenta, el parque estaba hasta arriba de basuras, y el buen barrendero no daba abasto. A nadie parecía importarle, pero empezó a ocurrir algo extraño. Según pasaba el tiempo, las atracciones del parque se iban vaciando, y cada vez había más personas cabizbajas mirando el suelo, hasta que al final del día, nadie hacía cola en los divertidos juegos del parque, y todo el mundo se dedicaba a mirar al suelo. "Pero bueno", se decían los encargados del parque, "¿qué estará pasando?"

Pues... ¡que todos estaban buscando algo!

Resultó que a lo largo del día, a todo el mundo se le terminó cayendo algo al suelo, pero como estaba lleno de bolsas, papeles y suciedad, en cuanto algo caía.. ¡era casi imposible encontrarlo!

Y como aquello no tenía remedio, tuvieron que ponerse de acuerdo para limpiar el parque entre todos y luego encontrar sus cosas. Pero animados por el barrendero, lo hicieron cantando y bailando, y le pusieron tantas ganas y fue tan divertido, que desde aquel día crearon un juego nuevo en el parque donde todos, armados de escobas y bolsas, se dedicaban a limpiar un rato riendo y bailando.

Una flor al día

Había una vez dos amigos que vivían en un palacio con sus familias, que trabajaban al servicio del rey. Uno de ellos conoció una niña que le gustó tanto que quería que pensó hacerle un regalo. Un día, paseaba con su amigo por el salón principal y vio un gran jarrón con las flores más bonitas que pudiera imaginarse, y decidió coger una para regalársela a la niña, pensando que no se notaría. Lo mismo hizo al día siguiente, y al otro, y al otro... hasta que un día faltaron tantas flores que el rey se dio cuenta y se enfadó tanto que mandó llamar a todo el mundo.

Cuando estaban ante el rey, el niño pensaba que debía decir que había sido él, pero su amigo le decía que se callara, que el rey se enfadaría muchísimo con él. Estaba muerto de miedo, pero cuando el rey llegó

junto a él, decidió contárselo todo. En cuanto dijo que había sido él, el rey se puso rojo de cólera, pero al oír lo que había hecho con las flores, en su cara apareció una gran sonrisa, y dijo "no se me habría ocurrido un uso mejor para mis flores".

Y desde aquel día, el niño y el rey se hicieron muy amigos, y se acercaban juntos a tomar dos de aquellas maravillosas flores, una para la niña, y otra para la reina.

**El bicho más raro del mundo**

En cierta ocasión, sucedió que varios investigadores estaban en la selva tratando de estudiar al bicho más raro del mundo. Nadie lo había visto y sólo se sabía de su existencia por algunos restos y su sonido característico, parecido al ladrido de un perro con dolor de muelas "guuuuuuuuhh...ay!", y todos querían ser los primeros en fotografiarlo y estudiarlo. El "bicho" era un animal nocturno, así que durante el día los científicos se entretenían con otros estudios o hablando unos con otros. De entre todos ellos, llamaba la atención Sir Walter Tickishmickicks: era un señor muy formal y agradable, con un pequeño bigotito y un gran sombrero de explorador, pero que todos los días, antes de merendar, dedicaba una hora sentado en su mesa a colocar todos sus objetos y aparatos con meticulosa precisión: el cuaderno de notas, justo al borde, en el lado derecho de la mesa, un poco más allá de la grabadora y junto a los 5 lápices: negro, rojo, azul, verde y amarillo, siempre en ese mismo orden; la lámpara hacia el final de la mesa, al lado de la cámara fotográfica, en la izquierda... y así todas las cosas, hasta el más pequeño de los detalles. Todos pensaban divertidos que aquel hombrecillo era el mejor ejemplo de la famosa obsesión de los ingleses por el orden. Muchas noches estuvieron en aquella zona los investigadores antes de que apareciera el bicho, y algunos dudaban hasta de su existencia, hasta que finalmente apareció. Fue de repente, mientras todo estaba en silencio, cuando a sólo unos metros de los investigadores escucharon alto y claro su gruñido de perro con dolor de muelas. Duró un instante, porque el revuelo de los investigadores buscando sus cámaras y cuadernos asustó al animal, que huyó rápidamente sin dar tiempo a ser visto o estudiado con detalle.

A la mañana siguiente, todos comprobaron sus hallazgos: algunos habían conseguido grabar su gruñido, otros anotar su forma de moverse y los más afortunados incluso fotografiar una parte de la cola o las patas. Todos se felicitaban por sus logros, pero cuando vieron los trabajos de Sir Walter, no salían de su asombro: ¡él solo había conseguido varias fotos al completo, además de grabar su gruñido y hacer anotaciones a todo color sobre el animal! ¡y todas eran perfectas!

Enseguida corrieron a felicitarle como el mejor de todos ellos, comprendiendo que su manía por el orden era la mejor forma de prepararse para trabajar a oscuras, y que gracias a eso había podido utilizar la grabadora, la cámara, el cuaderno y los lápices en décimas de segundo, sin necesidad de buscar dónde estaban. Por supuesto, los trabajos que hizo sobre el "bicho más raro del mundo" hicieron famosísimo a Sir Walter, quien además de crear una exitosa escuela para investigadores y científicos llamada OPI, "Orden Para Investigar", tuvo el honor de poder dar nombre al animal. Y como todo aquello fue tan divertido y le había gustado tanto, al recordar su característico gruñido, no dudó en llamarlo el animal "Másguay".

## **El Rey desaparecido**

Había una vez un niño que era hijo de los cuidadores de un impresionante castillo antiguo, lleno de cuadros antiguos y armaduras. Un día, el niño observó que de uno de los cuadros principales, uno en el que aparecía uno de los antiguos reyes, sosteniendo el cetro junto a su hijo el príncipe y algunos de sus cortesanos, había desaparecido el rey.

El niño no le dio mucha importancia, y pensó que se había equivocado, pero un rato después pasó de nuevo por allí y observó que el cetro, abandonado por el rey, se había inclinado. Se quedó pensativo e intrigado, y más aún cuando al poco vio que la inclinación del cetro aumentaba, y que a ese ritmo, en unas pocas horas acabaría por golpear en la cabeza al príncipe.

El niño comenzó entonces a buscar al rey del cuadro por todas partes, hasta que finalmente lo encontró en los aseos del castillo, dándose tranquilamente un estupendo baño de espuma en la más grande de las bañeras. El niño quedó sin palabras, y al ver su asombro, el rey le explicó que llevaba años y años colgado en las paredes de aquel castillo, y que aún no le habían limpiado el polvo ni una sola vez, y que estaba ya tan sucio que no podía aguantar ni un rato más sin darse un baño.

Cuando se recuperó de la sorpresa, el niño le explicó respetuosamente lo que estaba a punto de pasar con el cetro y el príncipe, y el rey se apresuró a volver a su sitio, dándole las gracias por el aviso y rogándole que les pidiera a sus padres que limpiaran de vez en cuando los cuadros.

Pero no hizo falta, porque desde aquel día, es el propio niño quien cuida y limpia cada uno de los cuadros y esculturas del castillo, para estar seguro de que ninguno más tiene que escaparse a darse un baño.

**El tesoro de Barba Iris**

Según contaba la leyenda, Barba Iris había sido el pirata de las golosinas más increíble que había existido nunca. Durante años asaltó cientos de tiendas de golosinas y según decían, en algún lugar perdido almacenaba el mayor tesoro que ningún niño podría imaginar. Por eso, cuando Toni y sus amigos

encontraron un extraño y antiguo cofre con lo que parecía ser un mapa de un tesoro para niños, se llenaron de emoción y se prepararon para la gran búsqueda del tesoro de Barba Iris.

Así, siguiendo las pistas, llegaron hasta una cueva oculta junto al lago, donde encontraron otro pequeño cofre. En él encontraron unas pocas golosinas, un gran cartel con la letra D, y otro mapa con más instrucciones para encontrar el tesoro, que les ayudó a superar la decepción inicial de pensar que no se tratara de un gran tesoro. Toni y los demás consiguieron descifrar el mapa, para lo que necesitaron algunos días y leer unos cuantos libros, y así llegaron hasta un gran árbol hueco en medio de un gran bosque, donde volvieron a encontrar un cofre con algunas golosinas, un nuevo mapa, y una hoja con la letra O. Entre muchas aventuras encontraron dos cofres más con sus golosinas, sus mapas y las letras C y B. Pero el último mapa era un tanto extraño. Más que un mapa, parecían unas instrucciones bastante incomprensibles:

"Al tesoro ya has llegado  
pero tendrás que encontrarlo;  
si juntas un buen retrato  
del hijo de tus abuelos,  
y lo pones justo al lado  
de la hija de tus yayos,  
si luego añades las letras  
que cada tesoro ha dado  
se desvelará el secreto  
que lleva tanto guardado.  
Ese que acerca tus sueños  
para poder alcanzarlos."

Mucho tiempo discutieron sobre el significado del enigma, y sólo consiguieron ponerse de acuerdo en que el mensaje hablaba de las fotos de unos padres, pero no alcanzaban a entender el resto. Hasta uno de los numerosos días que discutían sobre el asunto en el salón de casa de Toni, mirando como siempre aquellas cuatro letras. Alex, distraído, miraba la foto de los padres de Toni que había sobre la mesa, y entonces dio un salto:

- ¡¡Lo tengo!!

Todos le miraron con interés, pero en lugar de hablar, Alex se acercó a la mesa. Reordenó las letras y al final acercó la foto de los padres de Toni.

- O... B... D.. C..... ¡obedece a tus padres! - gritaron todos a la vez.

Y aunque no hubo millones de golosinas, todos estaban dispuestos a seguir aquel gran consejo. ¡¡Cómo no iban a hacerlo, si se trataba del mismísimo tesoro del pirata Barba Iris!!

## Un cuento para todos

Hay un viejo cuento con cuatro personajes

Todos, Alguien, Cualquiera y Nadie

Ocurrió que había que hacer un trabajo importante y todos sabían que alguien lo haría.

Cualquiera podría haberlo hecho pero nadie lo hizo.

Alguien se enoja porque le hubiera correspondido a todos.

El resultado fue que todos creían que lo haría cualquiera y nadie se dio cuenta que alguien no lo haría.

Como termino la historia ???.

Alguien reprocho a todos porque en realidad nadie hizo lo que hubiera podido hacer cualquiera.

## La deliciosa música del arpa

Un rey adoraba tanto la música que buscó por todo el mundo el mejor instrumento que hubiera, hasta que un mago le entregó un arpa. La llevó a palacio, pero cuando tocó el músico real, estaba desafinada; muchos otros músicos probaron y coincidieron en que no servía para nada y había sido un engaño, así que se deshicieron del arpa tirándolo a la basura. Una niña muy pobre encontró el arpa, y aunque no sabía tocar, decidió intentarlo. Tocaba y tocaba durante todo el día, durante meses y años, siempre desafinando, pero haciéndolo mejor cada vez. Hasta que un día, de repente, el arpa comenzó a entonar las melodías más maravillosas, pues era un arpa mágica que sólo estaba dispuesta a tocar para quien de verdad pusiera interés y esfuerzo. El rey llegó a escuchar la música, y mandó llamar a la niña; cuando vio el arpa, se llenó de alegría, y en aquel momento nombró a la niña como su músico particular, llenando de riquezas a ella y a su familia.

## La gran visita al último dinosaurio

Un día se descubre un dinosaurio vivo y lo llevan a un zoo al que sólo tienen acceso los científicos, pero además dejarán pasar a un niño, el que demuestre ser más apasionado por los dinosaurios. Dos niños que no viven para otra cosa llegan a la final, y para demostrar su afición, deben llevar todo lo que tengan de dinosaurios en su casa. El primero llena el baúl rápido y de cualquier manera, pero el otro, que es muy ordenado, va colocando todo con cuidado, de forma que al final le caben muchas más cosas que al otro, y termina ganando el premio, y puede visitar al dinosaurio.

## Nadie

Nadie alcanza la meta con un solo intento, ni perfecciona la vida con una sola rectificación ni alcanza la altura con un solo vuelo.

Nadie camina la vida sin haber pisado en falso muchas veces...

Nadie recoge cosechas sin probar muchos sabores, enterrar muchas semillas y abonar mucha tierra.

Nadie mira la vida sin acobardarse en muchas ocasiones, ni se mete en un barco sin temerle a la tormenta, ni llega a puerto sin remar muchas veces.

Nadie siente el amor sin probar sus lágrimas, ni recoge rosas sin sentir espinas.

Nadie hace obras sin martillar sobre un edificio, ni cultiva la amistad sin enunciar a sí mismo/a ...

Nadie llega a la otra orilla sin haber ido haciendo puentes para pasar.

Nadie puede juzgar sin conocer primero su propia debilidad.

Nadie consigue su ideal sin haber pensado muchas veces que perseguía un imposible.

Nadie conoce la oportunidad hasta que ésta pasa por su lado y la deja ir.

Nadie deja de arder con fuego dentro de nadie.

Nadie deja de llegar cuando en verdad se lo propone..

## El albañil

Un albañil ya entrado en años estaba listo para retirarse. Le dijo a su Jefe de sus planes de dejar el negocio de la construcción para llevar una vida más placentera con su esposa y disfrutar de su familia.

Iba a extrañar su cheque semanal, pero necesitaba retirarse. Ellos superarían esta etapa de alguna manera, como habían salido ya de otras.

El Jefe sentía ver que su mejor empleado dejaba la compañía y le pidió que si podría construir una sola casa mas, como un favor personal. El albañil accedió, pero se veía fácilmente que no estaba poniendo el corazón en su trabajo como siempre lo había hecho en todos sus trabajos anteriores.

Utilizaba materiales de inferior calidad para "ahorrarle costos a la compañía", vendió en menor precio su mano de obra y el trabajo era deficiente, en pocas palabras, era un trabajo mal hecho.

Era una desafortunada manera de terminar su carrera.

Cuando el albañil terminó su trabajo y su Jefe fue a inspeccionar la casa, el Jefe le extendió al carpintero, las llaves de la puerta principal. "Esta es tu casa," - dijo, "es mi regalo para ti."

Qué tragedia! Qué pena! Si solamente el albañil hubiera sabido que estaba construyendo su propia casa, la hubiera hecho de manera totalmente diferente. Ahora tendría que vivir en la casa que construyó "no muy bien" que digamos! Así pasa con nosotros, ¿no creen?

Construimos nuestras vidas de manera distraída, reaccionando cuando deberíamos actuar, dispuestos a poner en ello menos que lo mejor. En puntos importantes, no ponemos lo mejor de nosotros en nuestro trabajo. Entonces con pena vemos la situación que hemos creado y encontramos que estamos viviendo en la casa que hemos construido. Si lo hubiéramos sabido antes, la habríamos hecho diferente.

Aprovechando que Dios pagaría mano de obra, materiales al precio que nosotros quisiéramos. Piensen como si fueran el albañil. Piensen en su casa. Cada día clavamos un clavo, levantamos una pared o edificamos un techo. Construyan con sabiduría. Es la única vida que podrán construir. Inclusive si solo la viven por un día mas, ese día merece ser vivido con gracia y dignidad. La placa en la pared dice: "La Vida Es Un Proyecto de Hagalo-Usted-Mismo".

Quien podría decirlo mas claramente? Su vida ahora, es el resultado de sus actitudes y elecciones del pasado. Su vida mañana será el resultado de sus actitudes y elecciones hechas HOY!

## Eres una joya única

(Extraído de un cuento sefardí)

-Vengo, maestro, porque me siento tan poca cosa que no tengo fuerzas para hacer nada. Me dicen que no sirvo, que no hago nada bien, que soy torpe y bastante tonto. ¿Cómo puedo mejorar? ¿Qué puedo hacer para que me valoren más?

El maestro, sin mirarlo, le dijo:

-Cuánto lo siento muchacho, no puedo ayudarte, debo resolver primero mi propio problema. Quizás después...- y haciendo una pausa agregó Si quisieras ayudarme tú a mí, yo podría resolver este tema con más rapidez y después tal vez te pueda ayudar.

-E...encantado, maestro -titubeó el joven pero sintió que otra vez era desvalorizado y sus necesidades postergadas.

-Bien-asintió el maestro. Se quitó un anillo que llevaba en el dedo pequeño de la mano izquierda y dándoselo al muchacho, agregó- toma el caballo que está allí afuera y cabalga hasta el mercado. Debo vender este anillo porque tengo que pagar una deuda. Es necesario que obtengas por él la mayor suma posible, pero no aceptes menos de una moneda de oro. Vete ya y regresa con esa moneda lo más rápido que puedas.

El joven tomó el anillo y partió.

Apenas llegó, empezó a ofrecer el anillo a los mercaderes. Estos lo miraban con algún interés, hasta que el joven decía lo que pretendía por el anillo.

Cuando el joven mencionaba la moneda de oro, algunos reían, otros le daban vuelta la cara y sólo un viejito fue tan amable como para tomarse la molestia de explicarle que una moneda de oro era muy valiosa para entregarla a cambio de un anillo. En afán de ayudar, alguien le ofreció una moneda de plata y un cacharro de cobre, pero el joven tenía instrucciones de no aceptar menos de una moneda de oro, y rechazó la oferta. Después de ofrecer su joya a toda persona que se cruzaba en el mercado -más de cien personas- y abatido por su fracaso, monto su caballo y regresó.

Cuánto hubiera deseado el joven tener él mismo esa moneda de oro. Podría entonces habérsela entregado al maestro para liberarlo de su preocupación y recibir entonces su consejo y ayuda.

Entró en la habitación.

-Maestro -dijo- lo siento, no es posible conseguir lo que me pediste. Quizás pudiera conseguir dos o tres monedas de plata, pero no creo que yo pueda engañar a nadie respecto del verdadero valor del anillo.

-Que importante lo que dijiste, joven amigo -contestó sonriente el maestro-. Debemos saber primero el verdadero valor del anillo. Vuelve a montar y vete al joyero. ¿Quién mejor que él, para saberlo? Dile que quisieras vender el anillo y pregúntale cuanto te da por él. Pero no importa lo que te ofrezca, no se lo vendas. Vuelve aquí con mi anillo.

El joven volvió a cabalgar.

El joyero examinó el anillo a la luz del candil, lo miró con su lupa, lo pesó y luego le dijo:

-Dile al maestro, muchacho, que si lo quiere vender ya, no puedo darle más que 58 monedas de oro por su anillo.

-58 monedas??!-exclamó el joven.

-Sí -replicó el joyero- Yo sé que con tiempo podríamos obtener por él cerca de 70 monedas, pero no sé... si la venta es urgente...

El Joven corrió emocionado a casa del maestro a contarle lo sucedido.

-Siéntate -dijo el maestro después de escucharlo-. Tú eres como este anillo: una joya, valiosa y única. Y como tal, sólo puede evaluarte verdaderamente un experto. ¿Qué haces por la vida pretendiendo que cualquiera descubra tu verdadero valor?

Y diciendo esto, volvió a ponerse el anillo en el dedo pequeño de su mano izquierda.

## El buda de barro

La estatua del Buda de barro alcanzaba casi tres metros de altura. Durante generaciones había sido considerada sagrada por los habitantes del lugar.

Un día, debido al crecimiento de la ciudad, decidieron trasladarla a un sitio más apropiado. Esta delicada tarea le fue encomendada a un reconocido monje, quien, después de planificar detenidamente, comenzó su misión.

Fue tan mala su fortuna que, al mover la estatua, ésta se deslizó y cayó, agrietándose en varias partes.

Compungidos, el monje y su equipo decidieron pasar la noche meditando sobre las alternativas.

Fueron unas horas largas, oscuras y lluviosas. El monje, en vez de desesperarse, se enfocó en encontrar una salida. De repente, al observar la escultura resquebrajada, cayó en cuenta que la luz de su vela se reflejaba a través de las grietas de la estatua.

Pensó que eran las gotas de lluvia. Se acercó a la grieta y observó que detrás del barro había algo, pero no estaba seguro qué. Lo consultó con sus colegas y decidió tomar un riesgo que parecía una locura:

Pidió un martillo y comenzó a romper el barro, descubriendo que debajo se escondía un Buda de oro sólido de casi tres metros de altura. Durante siglos este hermoso tesoro había sido cubierto por el ordinario barro.

Los historiadores hallaron pruebas que demostraban que, en una época, el pueblo iba a ser atacado por bandidos. Los pobladores, para proteger su tesoro, lo cubrieron con barro para que pareciera común y ordinario.

El pueblo fue atacado y saqueado, pero el Buda fue ignorado por los bandidos. Después, los sobrevivientes pensaron que era mejor seguir ocultándolo detrás del barro. Con el tiempo, la gente comenzó a pensar que el Buda de Oro era una leyenda o un invento de los viejos.

Hasta que, finalmente, todos olvidaron el verdadero tesoro porque pensaron que algo tan hermoso no podía ser cierto.

Tus tesoros son tu capacidad de dar, disfrutar, agradecer, reír; de perdonar, de soñar en grande, de pasar por encima de las pequeñeces y de valorar en ti mismo y en otros lo que verdaderamente es importante. Arriégate a ver tu vida a través del barro y te darás cuenta de que eres un tesoro rodeado de riquezas.

## **Sin Amo, Sin Casa, Sin Nombre**

(<http://www.angelfire.com/ne/Bernardino2/>)

Esta es la historia de un perrito que no tenía, amo y naturalmente no tenía casa, y por supuesto no tenía nombre. Cuando yo lo conocí, que ya para entonces tenía las tres cosas, le dije que me extrañaba mucho que se hubiera quedado sin casa, si seguramente tuvo varios hermanitos y se notaba que, aunque quizá nunca llegaría a merecer un premio en un concurso canino, no era tan corriente, sino que procedía de buenos padres. Me contestó que probablemente, como estaba tan chiquito cuando se perdió o lo abandonaron, no recordaba las circunstancias en que se había quedado en la calle. Bueno, su historia comienza cuando, aunque todavía cachorro, ya podía correr y recorrer las a calles de la ciudad donde entonces vivía. Era muy triste vida la suya, verdadera vida de perros, porque casi nunca encontraba comida: unas veces se las disputaban otros perros más fuertes que él y otras veces algún muchacho malcriado lo perseguía a pedradas o puntapiés. Su instinto le decía que en los mercados era donde más probabilidades habían de encontrar que comer, pero ahí había también más competencia de perros y afluencia de muchachos ociosos y crueles. Por fin, un día decidió a abandonar la ciudad y se dirigió al bosque vecino. Llevaba una media hora de corretear a lo largo de un sendero del bosque, cuando llegó a la orilla de un laguito. Allí estaba sentado en una piedra un enanito llorando amargamente y quejándose en voz alta: ¡Ay, ay, ay, mi pobre Bombi se va ahogar; ay, ay, qué desgracia, me voy a quedar sin mi queridísima Bombi! Al oír esto, se le acercó el perrito y le preguntó: ¿Qué te sucede, por qué estás llorando? Y el enanito, sin dejar de llorar, le contestó: Mira allá en medio del lago está mi esposa Bombi subida en una hojota de nenúfar; ella no sabe nadar ni yo tampoco, se va ahogar. Y el perrito le preguntó: ¿Por qué está haciendo subida en la hoja de nenúfar? Tu esposa, aunque también sea enanita como tú, ya es gente grande y no debería haberse subido a la hoja de nenúfar. Eso ordinariamente no lo hacen en los cuentos más que las ranas. Bueno, dijo el enanito, creyó ella que la hoja no se iba a mover y quiso saber (a las mujeres les gusta comprobar que no están sobradas de peso) si no es más pesada que una rana. Y ya ves, de repente la hojota, con Bombi subida en ella, se desprendió de la orilla, y se ha ido alejando; como no sabemos nadar, ni ella se atrevió a arrojar a tratar de llegar a donde yo estoy, ni tampoco me atrevo a ir por ella. Bueno, le dijo el perrito, ya no te apures, eso tiene remedio: yo voy a irme nadando hasta dónde está tu Bombi y te la traigo ¿De veras?, -dijo entre sollozos el enanito- yo te lo agradeceré muchísimo y te pagaré todo lo que me pidas si me devuelves sana y sana a Bombi. Y dicho y hecho, se lanzó al agua el perrito y se fue nadando (al estilo perruno) por supuesto, no se crean ustedes que sabía crol (crawl), y al llegar a donde estaba la enanita, con los dientes cogió por un extremo la hoja de nenúfar, y nadando, nadando, manoteando, manoteando, la llevó empujando hasta la orilla del laguito; el enanito le dio la mano a Bombi para que saltara de la hoja y saltó Bombi y se puso en tierra firme sin siquiera mojarse los pies. Mientras el perrito se sacudía para secarse (lo hizo a buena distancia de los enanitos para no salpicarlos), éstos se abrazaban y se besaban sin descansar, comentando encantados la forma como se había resuelto su problema que podría haber terminado en tragedia. Luego que se abrazaron y besaron todo lo que les pareció conveniente, llamaron al perrito, y Bombo (así se llamaba el enanito) se puso a acariciarlo y a darle las gracias con gran entusiasmo y le recordó que le había prometido pagarle todo lo que le pidiera y que deseaba cumplir desde luego su promesa. Pos mira qué manera tan satisfactoria de ser recompensado sería para mí que tu esposa y tú se convirtieran en mis amos; eso es lo que ando buscando desde hace muchos días: conseguir un amo, y parece que ya se me hizo. Por supuesto, -dijeron al unísono los dos enanitos, - también nosotros teníamos desde hace mucho tiempo ganas de tener un perrito, y tú nos pareces muy bueno y muy simpático y estamos seguros de que vas a sernos muy fiel; de manera que ya sabes que desde este momento te adoptamos. Qué felicidad, -exclamó el perrito-, nunca imaginé que iba a conseguir tan pronto unos amos tan bondadosos como ustedes; les prometo ser un perro obediente. Y aquí termina la primera parte de este cuento: ya el perrito tiene amo. Ahora ya tenemos en camino de su casa a Bombo, Bombi y su perrito. Dentro del bosque vivía una colonia entera de enanitos, unas cincuenta familias. La casa de Bombo era subterránea, como todas las demás casas de la colonia y como son en todo el mundo de los cuentos las

casa de los duendecillos. La entrada a la casa era un agujero en el tronco de un árbol. Entraron por ese agujero el par de enanitos e invitaron al perrito a que los siguiera. Y aquí empezaron nuevas dificultades: a pesar de que el perrito era todavía un cachorrito, no cupo por el agujero; imagínense ustedes cuando crezca lo que tiene que crecer. Ya recordarán mis queridos lectores que los enanitos de mis cuentos tienen de estatura quince centímetros o seis pulgadas; bueno, más o menos, siempre hay unos más altos y otros más chaparros que los demás. Ni a Bombo ni a Bombi ni al perrito se les ocurrió en ese momento la solución de tan peliagudo problema. Entonces convocaron a asamblea general de la colonia de enanitos para que alguien sugiriera la mejor forma de resolverlo. Cuando se completó el quórum y se declaró debidamente iniciada la sesión, todos estuvieron de acuerdo en que no resultaba nada conveniente hacer más grande el agujero del árbol, por qué entonces habría también manera de que se metiera algún otro animal poco amigable o demasiado listo, empezando por algún conejo recién cazado; perdón me equivoqué de ortografía, quise decir casado (con ese); que quisiera ahorrarse el trabajo de fabricar su madriguera para su luna de miel. Tras de haberse discutido el asunto y haber soportado discursos largos y aburridos de algunos enanitos presumidos que querían lucirse, se llegó a la opinión general de que debería hacerse al perrito una casa junto al agujero del árbol. Pero como los duendecillos siempre han vivido bajo tierra, no saben hacer casas de madera ni de mampostería, y una casa de asbesto cemento, como las que venden para los perros en las tiendas de departamentos, sería un verdadero adfesio antiestético en medio del bosque. Por fin uno de los enanitos se le prendió el foco y tuvo una idea luminosa: había visto en un campo no muy lejos, una calabaza gigantesca, de cerca de un metro de diámetro, que resultaría perfecta para que vaciada y luego barnizada por dentro y por fuera, sirviera de habitación al perrito. Todos aprobaron la idea y se dirigieron a donde estaba la famosa calabaza; la encontraron, le hicieron por un lado el agujero del tamaño suficiente para que pudiera entrar el perrito, todos fueron a sus casas y trajeron unas cubetas de plástico que habían comprado unos días antes, en una oferta especial de los Grandes Almacenes Tienen todo, cada quien llenó su cubeta con relleno de la calabaza para luego hacer dulce; cuando quedó vacía invitaron al perrito a que se metiera y comprobaron que iba a quedar muy cómodamente instalado. Pero no habían tomado en cuenta un pequeño detalle: la calabaza convertida en casa para perro estaba a media legua de la casa de Bombo y a esa distancia no iba a ser útil, para que el perrito estuviera cuidando la casa de sus amos. No se dieron por vencidos: otro de los enanitos propuso que se usaran troncos de arbusto del largo y grueso convenientes para que sirvieran de rodillos y poniéndose debajo de la calabaza la pudieran empujar o arrastrar hasta llevarla junto a la entrada de la casa de Bombo. Cómo eran el número suficiente de enanitos y todos trabajaron con mucho entusiasmo, en menos de dos horas ya tenían la dichosa calabaza en el lugar conveniente a un lado del agujero del árbol. Con ladrillos le hicieron una base para que no se fuera a humedecer y podrir el fondo de la calabaza, la montaron en esa base y la barnizaron por fuera y por dentro para hacerla impermeable, le pusieron la cama de paja seca en el piso. Después de que una comisión de dos enanitos inspeccionó debidamente la obra terminada y rindió un informe favorable, se volvió a invitar solemnemente al perrito a que se instalara y él declaró que todo había resultado a la perfección. Bombo y Bombi dieron las gracias a toda la concurrencia y la obsequiaron con galletitas y refrescos hechos por Bombi, que era muy lista para esos asuntos. Y aquí termina la segunda parte de este cuento; ya el perrito también tiene casa. Espero que no se han aburrido los lectores con estas dos partes y seguirán dispuestos a leer u oír la tercera parte, en que se tratará de algo tan importante como es el de darle nombre a nuestro perrito. Así es que ya tenemos al perrito encantado por haber conseguido tan felizmente unos amos inmejorables y una casa como la puede tener ni el mejor perro del mundo. De día se la pasa dormitando metido en su cómoda calabaza o correteando en persecución de las mariposas del bosque; de noche está siempre vigilando muy celosamente la casa de sus amos. Todos los enanitos de la colonia están complacidos de la presencia del perrito por que de paso cuida también a todos y avisa con sus ladridos de la proximidad de cualquier extraño, hombre o animal, que pudiera significar un peligro para los enanitos. Todos lo quieren mucho y al pasar lo acarician y él les contesta con meneos amistosos del rabo, con brinco y hasta con una que otra lamida. Ya habían pasado varios días de esa vida tranquila y sin incidentes hasta que uno de los enanitos (en todas partes hay gentes que se meten en lo que no les viene) amonestó a Bombo por haber descuidado de hacer lo primero que debe de hacer el dueño del perro: ponerle un nombre a su gusto. Tiene toda la razón ese metiche, pensó Bombo, ha habido negligencia de mi parte; mi perrito necesita tener desde luego un nombre bonito y apropiado. Consultó el asunto con su Bombi; pero no se pudieron poner de acuerdo. Bombo quería de nombre César, Nerón, Napoleón y Bombi se oponía porque decía que esos nombres aparte de estar choteados, son apropiados para perros grandotes y su perrito no iba a crecer tanto para que le quedara bien el nombre de esos. Y cuando Bombi sugería que se le pusiera Pirrín, Chatito, Primor, Chinito y cosas así, Bombo protestaba diciendo que esos son nombres para gatos u otro animal insignificante y no para un perro tan valiente. No hubo más remedio que volver a convocar a la asamblea general de la colonia de enanitos, para tratar un negocio de tanta importancia y trascendencia. Reunida la asamblea resultó peor la cosa, porque cada quien reclamaba a gritos que los demás aceptaran el nombre disparatado que él se le ocurría. Por fin uno de los enanitos propuso que se abriera un concurso y él ofreció como premio un traje nuevo de enanito que él había comprado en la barata del Día del Compadre de los famosos Grandes Almacenes Tienten todo. Era un primoroso traje completo incluyendo desde gorro puntiagudo hasta zapatillas de punta retorcida para arriba,

todas las piezas de dos colores, una con el lado derecho verde y el izquierdo amarillo, otras con la mitad derecha amarilla y la izquierda verde, en fin, un verdadero traje de lujo para duendecillo. Todos los enanitos se sentaron en círculo alrededor de una canasta, a la que cada uno echó un papelito muy bien doblado en el que habían puesto su nombre y el nombre que él proponía para el perrito. Bombo revolvió muy bien todos los papelitos y dijo que los iría sacando al azar; si el nombre que venía en el papel no merecía la aprobación de la asamblea, sería destruido ese papel sin mencionar el nombre del autor, para no avergonzarlo. Fue una idea conveniente, por que la mayoría de los nombres eran tontos, absurdos, inadecuados. Imagínense que algunos pusieron nombres como mango, martillo, pistola, pato, etc., y otros chinchín, priqueto, profuncio, cuasimodo, etc. Total, que ya iban más de veinte nombres y ninguno servía ni gustaba. Por fin salió un nombre que a todos agradó, empezando por el perrito que al oírlo prorrumpió en ladridos de satisfacción. El nombre premiado fue: Valientín. Todos felicitaron al autor, que inmediatamente recibió el traje y fue a cambiárselo y se presentó ante la asamblea con una flamante indumentaria. Bombo se dirigió al perrito y le dijo muy solemnemente: Desde este momento eres Valientín; a ver, Valientín, ven a dar las gracias. Y Valientín dio la vuelta al ruedo ante toda la concurrencia luciendo su nombre con enérgicos ladridos y entusiastas meneos de rabo. Y ya ven ustedes como este afortunado Valientín, antes un infortunado perrito, sin amo, sin casa, sin nombre, tiene ahora todo lo que anhelaba: bondadosos amos, comodísima casa y sonoro y apropiado nombre. Para terminar, hay que hacer constar que Bombo se acordó del dicho "Después del niño ahogado tapan el pozo", y para que no pudiera volver a suceder lo que le sucedió cuando Bombi se le ocurrió treparse a la hoja de nenúfar, consultó la sección amarilla y tomaron Bombi y él, clases de natación y ya ahora en algún día de sol y en alguna noche de luna, atraviesan nadando muy contentos, en compañía de Valientín, el famoso laguito. A que ninguno de mis lectores ha visto a un duendecillo en traje de baño, ni menos a una duendecilla en bikini.

### Había dos piedritas azul-celeste...

Había dos piedritas azules que reposaban sobre el lecho de un transparente y frío arroyo de montaña... No había otras como ellas en kilómetros de trayectoria. No se destacaban por su tamaño relativamente pequeño, ni por su forma como de avellana, pero llamaba la atención su azul resplandeciente y profundo, como si un retacito de cielo hubiera quedado aprisionado en ellas.

Se sentían orgullosas en el medio del arenal y los millares de piedras de toda forma, tamaño y color que había cerca de ellas. Cuando el sol sumergía sus rayos en el agua y las acariciaba parecía que el cielo mismo se complacía como quien se mira en su propio retrato de niño.

Estaban más que satisfechas por la belleza que tenían y no les faltaba razón. lo lamentable es que no hacían más que contarlo a todo el mundo mientras el agua las llevaba de un lado al otro del lecho del río y lo que es peor despreciaban a las demás por considerarlas de inferior calidad.

*Nosotras somos de sangre azul – decían – Hemos venido del cielo – No somos como ustedes, manténganse a distancia...* La verdad es que eran unas "pesadas"...

Otra cosa que hacían era imaginarse que alguien las descubriera y entonces sí que cambiaría la historia.

*-dejaremos el lecho de ese arroyo sin nombre para pasar a lucirnos entre las piedras preciosas en la vitrina principal de algún joyero, se decían-*

*-Estaremos con perlas formando parte del collar de una bella dama*

*-O en un anillo sobre el fino dedo de una señorita*

*-O en la corona de algún importante monarca*

*-O en el alfiler de corbata del Presidente de algún país*

*Nos espera una vida lujosa y de fama, apareciendo en las fotografías de los diarios más importantes...*

*Viajaremos mucho por todo el mundo desde Tierra del Fuego al polo Norte, por África y la India, o tal vez la China hasta Katmandú...*

Una buena mañana, mientras desayunaban con agua fresca y se entretenían en estas fantasías una mano se introdujo decididamente en el agua y las arrebató del lecho del río.

*¡¡¡ Comenzó nuestra vida!!!* fue el grito que al unísono brotó de ambas piedras.

Y aterrizaron en una caja junto a otras piedras de todos los colores que el hombre había coleccionado.

*¡Pronto dejaremos este lugar!* se dijeron entre sí, seguras de su destacada belleza.

Pero la cosa duró bastante más de lo previsto. La bolsa fue volcada en una mesa y luego alguien con ojo muy atento fue seleccionando las piedras y ubicándolas por colores en tantas otras pequeñas cajitas. Pero antes fueron zarandeadas de un lado para otro y llevadas de una caja a otra hasta que por fin quedaron solitas en una caja para ellas exclusivamente.

Ya comenzaban a desalentarse por la tardanza...incluso el ambiente no tenía nada de un local de venta de piedras preciosas, por el contrario tenía todo el aspecto de un taller de un artesano y había mucho polvo de cemento por todas partes.

¡¡¡Por fin llegó el día!!!- dijo una a la otra cuando sintió que la tomaban dos fuertes dedos y su asombro fue mayor cuando sintió que quedaba aprisionada con un poco de cemento en una pared, bastante cerca de su compañera, tanto que podían hablarse... De tanto tiempo que habían pasado fuera del agua esa tarde se pescaron un fuerte resfrío al estar aprisionadas en la pared húmeda, pero a medida que pasaban los días la cosa mejoraba, hasta que llegó alguien que las limpió con un trapito y las frotó para que relucieran al sol. Mientras esto sucedía no hacían más que quejarse: *¡Más espacio! ¡Con suavidad!- repetían – que somos piedras preciosas...manga de ignorantes...asesinos de piedras preciosas!...* Pero la mayor desesperación era sentirse aprisionadas en el cemento cada vez más duro. La desilusión se sumaba a la amargura de sentirse tan poco valoradas.

y fue pasando el tiempo...las semanas, los meses, los años... Las dos piedritas estaban cada vez más furiosas y llenas de rabia no pensaban más que encontrar la posibilidad de escaparse de allí y huir... Pero no era fácil zafarse de las mordazas del cemento que las tenía prisioneras en esa pared, era un carcelero incorruptible. Pero las dos piedritas no se desalentaban a pesar de todo.

Un día de lluvia muy fuerte que se coló por la cerradura de una ventana ya oxidada, pasó con un hilo de agua muy cerquita de allí y cada vez que llovía entraba en diálogo con las piedritas, hasta que ellas conquistaron su amistad, a tal punto que consiguieron que cambiara el rumbo y que se acercara a ellas de manera que cada vez que pasaba se podían dar una ducha y mostrar su azul celeste resplandeciente. Hasta les daba la impresión que la gente que pasaba por el lugar las miraba con mayor interés.

Una tarde lluviosa, una de ellas se animó a pedirle un favor: que no sólo pasara por encima, sino que se escurriera por los costados y lograr de ese modo despegarse del muro que las aprisionaba.

El agua no se hizo rogar y en ese momento comenzó su tarea... A ella le gustaba filtrarse por las paredes y despegar las piedritas que la formaban...era su mayor diversión.

De modo que no pasó mucho tiempo para que las dos piedritas se sintieran como los dientes de leche que se van aflojando con la lengua... hasta que con un pequeño esfuerzo...una noche fría y húmeda:

TAC...TAC... las dos piedritas se zafaron y cayeron al piso dando un par de vueltas carnero.

**¡¡Somos libres, somos libres!!**

Exclamaron y muy contentas a pesar del cansancio del esfuerzo y del golpe se durmieron allí mismo.

## El árbol protestón

No era realmente hermoso. Tenía el tronco lleno de arrugas y las ramas le salían por todos lados sin una forma ordenada y como brazos raquíticos de las que pendían unas manzanitas ácidas que ninguno quería comer.

Pero lo peor de todo era su mal humor. Estaba todo el día quejándose.

Lo que más fastidio le daba era una enredadera que creció al lado suyo y se apoyaba en su tronco, lo aguantaba con una resignación mal disimulada.

Había ya llegado la primavera y el árbol comenzó a murmurar la enredadera: *verás como hoy comienza a llover y tal vez todo el día de mañana. Después vendrá el viento y me romperá alguna rama... Pero el viento de la primavera, es apenas una brisa fresca-* le respondió la hiedra.

El árbol ni siquiera había escuchado esas palabras y siguió diciendo *Y después tengo que soportar a todos esos pájaros que vienen a hacer sus nidos entre mis ramas y tendré que aguantarme el bochinche de los pichones y toda la mugre que me dejan encima... van a destruir o se van a comer todos mis brotes.*

Y así continuaba quejándose el árbol un día y otro, una semana y la siguiente... Que vendrían las vacas a rascarse sobre su tronco, que las liebres morderían su corteza, que el pasto le robaría su alimento... ¡Para la enredadera ya se había convertido en un suplicio escuchar tantos lamentos!

Por eso decidió poner fin a tantos comentarios pesimistas y negativos de aquel árbol protestón.

Tienen que saber que el mejor amigo de la hiedra era un viejo búho con el que pasaba todas las noches charlando largo rato después de la cena. una noche se animó y le hizo la siguiente pregunta:

-Amigo búho, le dijo la hiedra al ave – ¿qué puedo hacer para que el árbol deje de lamentarse?

El búho entornó los ojos y luego los abrió cuanto grandes son para decirle lo que se le había ocurrido:

*Al árbol lo que le falta es una buena razón para vivir. Por eso vive lamentándose permanentemente. ¿Y dónde encontrar esa razón?-* Preguntó ella.

*Por lo común se encuentra muy cerca de uno, a menudo bajo la propia nariz-* respondió el búho.

A la primavera le siguió el verano. Para entonces la hiedra se había vestido con su mejor ropaje verde, como otros años. Y como de costumbre se le juntó la planta de Violetas que también se enredó a su cuerpo y la recompensó con sus perfumadas flores. Las abejas comenzaron a frecuentarla y a tomar su néctar y llevarse su polen.

Un buen día la hiedra tomando coraje le preguntó al árbol: *¿Qué es lo que menos te gusta de tu vida?*

Después de un prolongado silencio el árbol contestó: *Lo que más me disgusta es que yo no gusto a nadie, porque soy feo. Mis flores duran apenas unos días, mis hojas son feas y mis manzanas agrias...*

*-¡Pero esto puede remediarse fácilmente! le respondió la hiedra. Puedes pedirle a la Violeta que cubra tu tronco y tus ramas y que te llene de hojas y flores...lo problemático es que la violeta no tiene muchas ganas porque dice que te lamentás siempre...y vivís protestando.*

El árbol quedó pensando un rato. Luego le dijo a la hiedra: *Si yo le prometo protestar menos, ¿podrías convencer a la violeta de que venga a cubrirme? – Si te comprometes a cumplir este propósito por un año entero, pienso que no se negará...* respondió ella.

Y así sucedió por toda la duración del año.

El árbol no se lamentó ni siquiera cuando llegó la sequía ni cuando llegó una helada inesperada y fuera de época, hasta soportó que las liebres le mordieran las raíces.

Al siguiente año, brotó un retoño de violeta, y se arrimó tímidamente al árbol hasta enroscarse en su tronco y subió hasta las primeras ramas. Cuando llegó el verano vinieron también las flores y con ellas el perfume que las caracteriza...Desde ese día el árbol no se quejó más, ni una sola vez. Se había convertido en el árbol más hermoso y perfumado de toda la campiña.

*No he sentido lamentarse más al árbol,* le dijo el búho a la hiedra, un mediodía de invierno. *Debe haber encontrado un buen motivo para vivir. ¿Cuál será?*

*Averígualo tu mismo,* le respondió la hiedra.

Así lo hizo el búho. Empezó vuelo hacia la copa del árbol y le preguntó: *Cuál era el sentido de la vida que había encontrado...* A lo que el árbol respondió: *No puedo responderte ahora, discúlpame. Estoy empeñado en proteger a violeta, de la fuerza del viento frío de invierno.*

*Pero está marrón y arrugada...hasta parece muerta!*-dijo el búho.

*Así se ve ahora, pero cuando llegue la primavera todo será diferente, me cubrirá con sus hojas y con su primavera, entonces brotará más hermosa y grande que el año pasado,* respondió el árbol.

El viejo búho le guiñó un ojo a la hiedra y ella le estrechó complacida la mano.

### **La flor vanidosa**

Había una vez un jardín lleno de flores. Todas las mañanas se abrían para ver el sol que saludaba a todas. Pero un día una decidió crecer más, y se estiró sobre las otras, tapándoles el sol. La gente que pasaba dejó de admirar el jardín para ver sólo la flor, y decían: "Esta flor está muy linda, pero qué lástima el resto del jardín que no puede crecer..."